

U.A.

AD AUTONOMIA DE NUESTRO  
INCENTIVO GENERAL DE BIENESTAR

MEROUVEL

EL LOCO  
DE QUIMPER

RAED

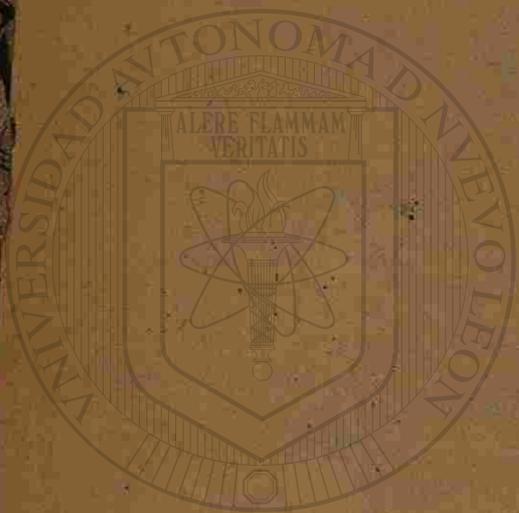
PQ2625

.E53

F68



1020027060



EL LOGO DE QUIMPER.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 15671  
Núm. Autor 30572  
Núm. Adq. 8  
Procedencia -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha 69  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

# EL LOCO DE QUIMPER

(FEMME DE CHAMBRE)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL.»



MADRID  
«EL COSMOS EDITORIAL.»

Arco de Santa María, 4. 1.º jo.

85644

30572

843  
M.  
PQ2628  
E53  
P68



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
MADRID.— Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

# EL LOCO DE QUIMPER

(FEMME DE CHAMBRE.)

I

Todo el mundo conoce al barón Claudio Chatel, el hermoso Claudio, como le llaman sus íntimos, epíteto que por cierto le desagrada sobremanera.

El barón es el más sencillo y el menos pretencioso de los parisienses del boulevard.

Cuando decimos que todo el mundo le conoce, queremos decir que le conoce toda esa multitud brillante que se inscribe de oficio en el «todo Paris», forma parte de los grandes círculos, tiene palco en la ópera, prosocinó en el teatro Francés, asiste á las cabalgatas del *bois* por la mañana antes de almorzar y posee hotel en los grandes barrios, castillo ó quinta en provincias y villa en algun puerto de mar y que tiene sémbras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CALLE...  
...MÉXICO

rentas, en tierras ó en buenos valores, al abrigo de toda especulación.

El barón Chatel tiene todo esto que acabamos de decir.

Su hotel, ó mejor dicho, su casa de la avenida Gabriel, en la cual no ocupa más que el piso principal, es un inmueble de primer orden; su quinta de Mornes, cerca de Rambouillet, es célebre por sus cazatas y su villa de Hennequeville, en la carretera de Trouville á Honfleur con su frondoso y florido parque, pasa por ser un modelo en su género.

Además, para el barón todo ha sido fortuna desde que vino al mundo. Heredero á los veinticinco años de toda una dinastía de armadores del Havre, entró bien joven en posesión de una fortuna considerable que desde luego administró prudente é inteligentemente.

Cuatro años despues con raia matrimonio son una joven de notable belleza, tan rica como él y como él medio burguesa, medio aristócrata.

Nobleza del primer imperio.

La baronesa se llama, de su nombre de soltera, Angela Imbert.

Su padre, el baron Imbert, ex prefecto que ~~muerto~~ joven, se habia retirado á la vida privada, el cuatro de setiembre del año terrible.

Esta unióon debia ser perfectamente feliz, ó mejor dicho, perfectamente tranquila, sin sacudidas y sin querellas, con esa decepción que causa todo aquello que, creyéndose fe-  
cundo, resulta ser de todo punto estéril.

A los cuarenta y cinco años, el hermoso Claudio no sabia á quien dejar, lo más tarde posible, sus trescientos mil francos de renta.

No tenia hijos y, segun todas las probabilidades, no debia tenerlos jamás.

Aquella magnífica casa vacía le oprimia el corazón.

Desde hacia algunos años, sus amarguras se reflejaban en las confidencias con sus íntimos.

Sin dejar de amar á la baronesa, ó al menos de rodearla de todo género de delicadas atenciones y de asiduos cuidados, se puede decir que abrigaba en el fondo de su corazón cierta rabia contra ella, por esta desgracia de que la acusaba con razón ó sin ella.

En cuanto á la baronesa, siempre bella, ~~como~~ esas estatuas de mármol ó de acero

por las cuales pasa el tiempo sin alterarlas, ocupada en seguir los caprichos de la moda y en esas mil intrigas que surgen y desaparecen diariamente en los salones, seductora como en los hermosos años de su juventud, muy buscada á causa de su agradable trato, de su elegancia y de su inatacable posición, no tenía ni aun tiempo de pensar, en el torbellino que la arrastraba, en los disgustos que pudiera causar y sufrir.

Sentía verdadera pasión por el teatro, la música, el baile, las partidas de campo, en una palabra, por todo aquello en que se pueda brillar y distraerse al propio tiempo; pero es justo añadir que á pesar de su excesiva pasión por el mundo, sus pompas y vanidades, su reputación estaba incólume como su belleza.

Alta y esbelta, con cabellos castaños y epidermis de extrema delicadeza, hermosos ojos oscuros, muy expresivos, fresca y lindísima boca, soberbiamente amueblada, poseía, como vulgarmente se dice, todo género de armas para rasgar su partida de casamiento; pero las rechazaba y no amaba más que á su marido, con un amor, ó mejor di-

cho, con una afección tranquila, sin ardor y sin calor, semejante á esos fuegos mezuquinos cuya llama se vé y cerca de los cuales se tira de frío.

El barón era digno de mejor suerte. Hombre delicado, generoso y sensible, no había encontrado en el matrimonio más que una parte de lo que en él deseaba encontrar, y, sin embargo, á excepción de raras y discretas alusiones ó sus íntimos, jamás había salido de sus labios una frase de censura.

No hay primavera sin lluvias ni matrimonio sin nubes.

A no dudarlo, alguna que otra nube se había interpuesto entre ámbos esposos; pero tan ligeras habían sido, que nadie las había notado y que se habían disipado rápidamente.

Preciso es no callar nada.

Si por acaso alguna vez el hermoso Claudio había engañado á la baronesa, en circunstancias especiales y por virtud del axioma de que á cierto número de kilómetros de su casa, el marido recobra sus derechos de soltero, ella no lo había sospechado siquiera, y estas infidelidades no habían sido para ella

más que ocasión de multiplicados cuidados, cariños y atenciones de parte del delincente.

En lo físico, el barón Chatel es un buen mozo, está admirablemente conservado y representa mucha menos edad de la que tiene. Bien formado, sin que su robustez sea excesiva, representa á las mil maravillas uno de esos elegantes y perfectos tipos de los oficiales de caballería.

Sus oscuros cabellos, ya algo grises, dan á su cara una nueva frescura y elegancia.

Sus ojos negros y vivos tienen una gran dulzura y el timbre de su voz es naturalmente acariciador.

Como habilidad particular, es músico, pero músico agradable, sin pretensiones del gran arte, y coleccionista de cuadros, retirado.

Toca, no frunzais las cejas—toca el piano; y tendriais, por rebelde que fuerais á las gracias de ese instrumento, desacreditado por los que le martirizan, un verdadero placer en oírle, si el no cerrara con mucho cuidado las puertas, temiendo molestar á los que pudieran escucharle.

Es además muy inteligente en materia de arte y muy pocos de esos que se tienen por peritos de profesion, pudieran rivalizar con él por la seguridad de sus juicios.

Recorre las exposiciones y los estudios de maestros distinguidos.

Ese es uno de sus pasatiempos, y su placer más caro, en todas las acepciones de la palabra.

Inútil es decir que las habitaciones que él ocupa en su hotel de la avenida Gabriel, están amueblado con una elegancia extrema y completamente artística.

Sus recepciones son muy concurridas, pero casi siempre es la baronesa quien las preside, porque el barón pasa una gran parte del tiempo en el círculo en donde no cuenta más que amigos.

Su club predilecto es el más próximo á su hotel, el ex imperial, conocido desde su fusión con los Mirlitones y su gran ensanche, con el trivial y ordinario sobrenombre del *Epatant*. Puede decirse que allí es sobretodo donde se recrea, que allí es en donde vive en realidad, rodeado de un corto número de íntimos, una de esas agrupaciones que se forman en las

reuniones numerosas para poder fraternizar todos los que á ella pertenecen.

Su grupo se compone de cuatro ó cinco compañeros, cuyos caracteres simpatizan y que no pasarían medio día sin sentarse alrededor de una mesa de *ecarté* ó de *whist* ó en algún rincón comentando las historias del día, fumando un cigarro y preguntándose cómo matarán las horas, tan largas cuando se mira hacia adelante, tan cortas cuando se mira hacia atrás.

En aquella pequeña reunión tan selecta, no se cuentan más que gentes irreprochables, según la sociedad, de reputación intacta, de talento distinguido, *gentlements* hasta las puntas de las uñas y ricos á porfía, lo cual hace que la probidad sea singularmente fácil.

El verano último, una admirable tarde del mes de julio, tres de los miembros de aquella agrupación tan superiormente compuesta, se encontraban en la terraza del *Epatant*, á la sombra de los grandes árboles cuyas ramas llegan hasta dar sombra á la acera de la avenida Gabriel.

Sentados negligentemente en mecedoras, con las piernas cruzadas y el cigarro en la

boca, hablaban de cosas indiferentes viendo pasar los coches que subían ó bajaban del bosque.

Estos tres individuos eran Pablo Aubagny, un ocioso de pereza inveterada, rico, amable y galante; el marqués Ludovico de Fresneuse, los dos solteros impenitentes, verdaderos zánganos del amor, y Juan Desvaux, el pintor de retratos que está en vías de hacer una gran fortuna con su paleta.

Eran las cinco.

—¿Cómo se retrasará hoy Claudio, cuando es siempre el primero que llega?—dijo de Aubagny.

—Eso estaba pensando, porque hace días que me tiene inquieto—observó el marqués de Fresneuse, el amigo más íntimo de Chatel, su compañero de infancia y de colegio.

—¿Por qué causa?

—¿Vosotros no veis nada?

—¿Qué es lo que podemos ver?—preguntó Desvaux.

—¿No habéis notado lo que se vá desmejorando desde hace poco tiempo?

El doctor Mortimer, una celebridad de la ciencia, se aproximaba arrastrando una mecedora.

—¿De quién habláis?—preguntó.

—De Chatel.

—¿Qué decíais de él?

—Que tiene no sé qué: ¡un poco de locura, una pena, un aburrimiento, algo, en fin!

—A fe mía es verdad—afirmó el doctor, arrellanándose cómodamente en la mecedora. Cambia... adelgaza á ojos vistas.

—Tal vez su salud...—insinuó el pintor.

—¡Bah!—dijo el doctor.—No estais en lo cierto, amigo Desvaux. El barón goza de perfecta salud. A mi parecer, es la cabeza la que está interesada, ó tal vez...

Se tocó el pecho del lado del corazón, y añadió:

—Esto... la viscera de los devaneos amorosos... y de otros devaneos.

Fresneuse protestó.

—No lo creais. ¡Claudio enamorado! No es tan tonto.

—¡Eh! ¡eh!—repuso el doctor—fijáos... ¿Qué edad tiene vuestro amigo Chatel? ¿Lo sabeis con exactitud?

El marqués, después de calcular un momento, respondió:

—La misma que yo... cuarenta y cinco años y algunos meses.

El doctor Mortimer ha pasado de los sesenta, y su experiencia es grande.

Los médicos se parecen á los confesores. Conocen su historia y la de los demás.

Oprimió sus gruesos labios y movió su calva cabeza.

—¡Edad crítica!—murmuró.

—Lo cierto es—repuso Fresneuse—que Claudio no es ya el mismo. ¿Por qué? Ni aun lo sospecho.

El pintor dió su parecer.

—Es preciso preguntárselo en interés suyo. Él tan alegre, tan animado, está tan triste como un día de difuntos.

—¡Eso es raro!

Cada uno dió lo que le parecía acerca de las causas de la variación de su amigo.

El barón había cambiado y no en su favor. Había enflaquecido; su rostro, hasta entonces respetado por los ultrajes del tiempo, se llenaba de arrugas.

Y sin embargo no se conocía causa alguna para que esto sucediera.

Se trató de descubrir alguna.

— Pérdida de intereses tal vez.

— No juega más que con nosotros.

— Más bien, tiene suerte.

— El no pone los pies en la Bolsa.

— Tiene muchísima razón!

— De su matrimonio, nada hay que decir!

Todo marcha en su casa sobre ruedas.

Jamás la menor cuestión; ni la menor sombra de desavenencia.

El doctor, dijo:

— El termómetro de Chatel ni sube ni baja.

Desde hace veinte años que le conozco, quince grados sobre cero. Nunca más, jamás menos, temperatura media, habitación de enfermo.

Pero un punto sobre el cual todos estaban de acuerdo, era la metamorfosis sufrida por su amigo.

Era visible, lamentable.

El barón tenía un kister moral, esta fué la expresión del doctor; se derrumbaba.

— Yo creo — dijo el pintor, — que debemos arriesgarnos á preguntarle. Despues de todo

es un favor el que tratamos de hacerle interesándonos por él.

Se le debía hablar, ¿pero quién le hablará?

El marqués aceptó las funciones de *speaker*.

Tenía suficiente confianza con Chatel para preguntarle. Si el barón rehusaba contestar él habria cumplido con su misión.

Justamente en aquél momento apareció por los jardines de la embajada de Inglaterra la persona de quien hablaban.

— Mirad — dijo el pintor, — ahí viene, dá lástima verle.

La palabra no podía ser más justa.

El hermoso Cláudio se acercaba con lentitud, con el indeciso y negligente paso del enfermo de Millevoye.

Sus cejas, más oscuras que sus cabellos, se unían en una arruga vertical de la frente; sus labios, oprimidos, parecían introducirse el uno en el otro, tal era la presión. Caminaba con la cabeza inclinada hacia el asfalto de la acera y su mirada no se fijaba en nadie.

Traía en la mano izquierda una carta, que guardó en el bolsillo de su gabán al llegar al jardín del círculo.

Una vez allí, saludó á sus amigos con una mirada sombría, desesperada.

Cuando después de haber dado vuelta á la calle Boissy de Anglas, llegó cerca de ellos se asustaron de su palidez, casi de su lividez.

Y estrechándole la mano, el marqués de Fresneuse, su íntimo, le dijo, como había prometido:

—Vamos á ver, Cláudio, tú nos asustas, en verdad. Somos tus amigos, no lo dudas. ¿Qué tienes?

El barón irguió la cabeza como si saliera de un sueño; un calofrío visible, por decirlo así, recorrió todo su cuerpo.

El doctor Mortimer le presentó una silla. Se sentó ó mejor dicho, se dejó caer en ella.

Estaba abatido.

—Querido,—repuso el marqués,—han debido zumbarte los oídos en el camino.

—¿Hablábais de mí?

—Precisamente.

—¿A propósito de qué?

—De que nos asustas.

—¿Por qué causa?...

—¡Por tu semblante, pardiez! Ocurren cosas que no son naturales.

—Es verdad.

—Como sabes... suele decirse que únicamente las mujeres son curiosas; pero yo conozco hombres que las ganan en esto. En fin, nos interesamos por tí, como tú te interesas por nosotros. He aquí la verdad. No eres el mismo... Tu sufres.

—Convengo en ello... ¿Y quereis saber la causa?...

—Si quieres decírnosla, porque nos inquietas, nosotros no la encontramos. No te falta nada para ser feliz. Tienes todo... salud, juventud suficiente para amar la vida; una fortuna más que conveniente... experiencia para hacer uso de ella... un interior encantador... y pareces un desgraciado que se va á suicidar, palabra de honor!

Fresneuse consultó á sus amigos con una mirada circular.

Estos se inclinaron.

Una expresión de amargura se dibujó en los labios del barón.

—Vosotros quereis saber la causa de esta transformación que notais en mí—les dijo— y yo deseo contároslo todo.

—¡Bah!

—Sí, y esto no es de ayer; pero lo que me retiene, es que me avergüenzo de lo que he hecho y de mi cobardía.

—¿Tú, cobarde?... ¡Vamos!

—Sí, y más cobarde que vosotros podeis pensar.

—Eso es imposible.

—¡Hay más de una manera de ser cobarde!

—No os veo en ese caso, querido—dijo Desvaux.

—Con las mujeres, por ejemplo,—añadió el barón.

Hubo un momento de silencio.

El pintor, después de reflexionar, se mostró grave y dijo:

—Tiene razón Claudio... Con ellas todo es posible.

—Pues bien, estoy solo en casa,—repuso Chatel.—La baronesa marchó anteayer á Marnes, en donde tenemos que hacer algunas obras de reparación. Debe pasar allí algunos días! ¿Quereis comer conmigo?

—¿En dónde?—preguntó el doctor Mortimer.

—En la avenida Gabriel, sencillamente.

En cuanto doy algunas órdenes...

—¿Nos contarás la historia?—dijo Freneuse.

—Os la contaré á los postres, cuando me haya calentado un poco la cabeza.

—¿Tienes necesidad de eso para referirnosla?

—Ciertamente.

—¿Es algún drama?

—Muy sencillo; pero de todos modos lo es. Y no todos los días ocurren dramas como el que os contaré.

El barón se mordió los labios y una lágrima veló por un instante sus negros ojos.

Hizo un gesto de cólera, la arrancó por decirlo así, con las yemas de los dedos, y se levantó bruscamente.

—¿Queda convenido?—dijo.

—Queda convenido, queda entendido—dijo Desvaux, cantando a media voz para animar un poco la situación.

—Entonces, á las siete y media, si quereis.

—Bueno.

Chatel salió por donde había venido.

Dos minutos después le vieron sus amigos volver á pasar por la acera, debajo de la te-

raza, encorvado, pensativo y con la mirada irritada.

Cuando estuvo enfrente de la embajada de Inglaterra y se creyó al abrigo de toda vigilancia indiscreta, se detuvo, sacó del bolsillo del gabán el papel que había guardado al acercarse al círculo, y lo leyó de nuevo con avidez.

Desvaux, que se había inclinado sobre el balaustre de la terraza y cuyos ojos eran muy penetrantes, le vió reproducir el gesto de arrancarse la lágrima, doblar la carta y continuar su camino á paso largo hacia su casa.

Después desapareció el baron en la vuelta del Eliseo.

Cuando el pintor se volvió hacia sus amigos, el marqués de Fresneuse le preguntó:

—¿Que hay?

El pintor extendió los brazos con aire de incertidumbre.

—A fé mia —dijo— que hay algo raro, pero tendremos la clave del misterio.

—¡Historia de mujer!

—¡Historia de mujer, sin duda!

—¿Quién es ella?

—¡Ah! eso...

Se echaron á discurrir. No conocían ninguna relación al baron.

—¡Paciencia! No tardaremos mucho tiempo en saberlo—dijo el doctor Mortimer.

—Si, jugaremos una partida de *ecarté* para abrir el apetito—propuso Fresneuse.

—Aceptado—digeron los otros.

Los cuatro amigos dejaron sus asientos, y atravesando la explanada se perdieron en los salones del círculo.

Eran las nueve de la noche.

La comida terminaba en el comedor del barón de Chatel.

Hay comedores más suntuosos, pero no los hay más agradables.

El aire y la luz penetran en él por el inmenso hueco de un ancho balcón que dá sobre los Campos Elíseos.

No hay necesidad de adornarle con plantas. ¿No tiene delante de él las canastillas cuidadas por el municipio, la perspectiva de las verdes praderas y de los grandes árboles de que están salpicadas?

Es un lugar único y delicioso.

La palabra no carece de razón, sobre todo en los hermosos meses de verano, en los cuales esos jardines se encuentran en todo su esplendor.

En el interior del comedor no hay excesivos adornos; un techo de viguetas de encina con un ligero filete de oro en las estrias; todo alrededor, por encima de los artesonados, una tapicería de moda con pájaros fantásticos, zancudos y grullas de vivos colores, en un paisaje fresco como si acabase de ser pintado; aparadores llenos de vajillas antiguas de plata y de caprichosas porcelanas; sillas cómodas, y bajo la lámpara de suspensión, el fino mantel resplandeciente con sus platos de Sevres, su servicio de café y sus doradas botellas, en el pintoresco desorden de una mesa que se va á abandonar.

Nadie se había atrevido á abordar el asunto que servía de pretexto á aquella reunión íntima.

La presencia de los criados contenía las confidencias.

A una señal del barón desaparecieron del comedor.

Clandio había recobrado la calma, al menos en apariencia.

Durante la comida se había mostrado tal como era de ordinario, hablador, lleno de alegría y de buen humor; pero con una espe-

cie de excitación nerviosa y de fiebre, disimulada gracias á grandes esfuerzos; pero que no se ocultaba á sus amigos, y, en particular, al doctor Mortimer.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó á sus huéspedes.

—Como queráis—contestaron éstos.

Allí se estaba bien.

Las copas, que estaban medio llenas, resplandeciendo con las luces; las tazas de café, de una porcelana fina como muselina; las botellas de licores color ámbar rosa, blancos de color de paja, dulcificaban las miradas de los convidados.

—Quedémonos aquí—dijo el barón.—Esto me recordará mi vida de soltero.

Se mordió los labios.

¿Era que una pena le afligía el corazón?

—La vida de soltero tiene su parte buena—dijo el doctor.—Sin embargo, algunas veces me pesa no haber tratado de casarme.

El marqués de Fresneuse era soltero como Pablo de Aubagny.

Los dos se rien.

—Es un pesar que no he sentido aún,—dijo el marqués.

Juan Desvaux hizo lo que el barón de Châtel. Se mordió los labios.

Se casó por amor al arte con una joven que se lo debía todo, y joven, rico, lleno de talento, y casi célebre, se vió abandonado por un banquero feo, viejo y de despreciable aspecto, que no tenía en su favor más que los millones.

El pintor intenta consolarse y aturdirse; pero, en el fondo, está siempre brotando sangre la herida.

—Venga la historia,—reclamó de Aubagny.

—En seguida,—dijo el barón.

Se levantó, dió vuelta al comedor, se aseguró de que las puertas estaban bien cerradas y de que los criados en la cocina se disponían á comer, y volviendo á su sitio se sentó.

—Voy á confiaros esta absurda y lúgubre aventura—dijo,—pero con la condición de que habéis de guardar el mayor secreto.

Su rostro se oscureció súbitamente.

Se mordió el bigote, llenó un vaso hasta los bordes, de fino Champagne, y añadió:

—¡Después de todo, decidlo si queréis! ¡Mi vida está perdida!...

—¿Te chaceas?—dijo Fresneuse.

—Y tengo el firme propósito de retirarme de la sociedad.

—¡Bah!

—Como tengo el honor de deciroslo.

—¿Tan grande es el mal?

—Irreparable.

—¿No tiene remedio?

—No conozco ninguno.

El doctor Mortimer intervino diciendo:

—Únicamente la muerte es la que no lo tiene.

El barón dejó salir de sus labios estas frases, que helaron á sus amigos:

—De muerte es de lo que se trata, doble tal vez.

Los cuatro convidados se miraron.

Pablo de Aubagny se sirvió una copa de Chartreuse.

—¡Berr!—dijo;—nos asustais, amigo mío.

—¿Es cierto que la baronesa se encuentra buena en Marnes?—preguntó Fresneuse, presa de una duda.

—Angela debe estar allí, buena como un encanto, á menos que el tren en que iba haya descarrilado sin que se sepa.

Y en seguida añadió, mientras que el marqués decía para sí: «Decididamente me vuelvo estúpido. ¡Dudar de Claudio!»

—¿Os acordais de una pequeña bretona que habeis debido ver aquí?...

—¿No está ya?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos cinco meses.

—¿Una rubia?—dijo el pintor.

—Sí.

—¿De cabellos rojos?

—Precisamente.

—¿De ojos verdes como el mar de su país?

—Poco más ó menos.

—Sí, me acuerdo de ella—dijo Desvaux,—ya lo creo. Bosquejé su retrato una noche en la sala de fumar, en donde nos servía el café.

Sacó su *cartet* del bolsillo y enseñó un croquis al barón.

—¿Es esta, eh?

El barón lanzó un profundo suspiro.

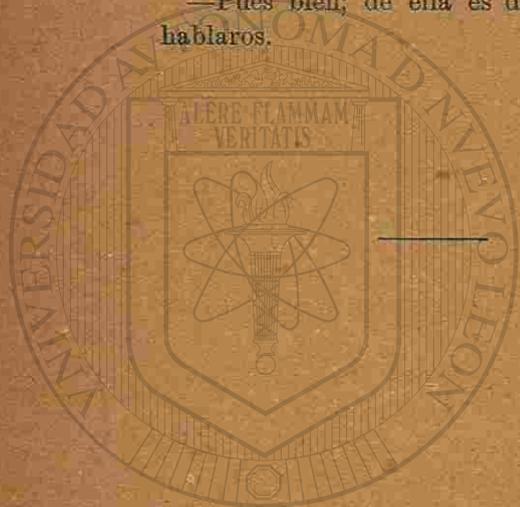
—La misma—afirmó.

—Un tipo extraño, muy admirable cuando se la observaba con un poco de atención, dijo el pintor.

—Insignificante para los que no hacían más que pasar á su lado,—observó Claudio.

—Tal vez.

—Pues bien; de ella es de quien voy á hablaros.



## III

Hubo un ligero movimiento de decepción en el auditorio. El interés disminuía, pero al mismo tiempo se serenaron las frentes. Se interrumpió un instante el silencio que se había establecido.

Las frases del barón habían disminuido el temor.

A Dios gracias no se trataba de una persona de la alta sociedad, sino de una de esas muchachas que pasan desapercibidas en la turba de las desheredadas y cuyos dolores ó alegrías son indiferentes á los demás, á los felices del día, á los favorecidos de la fortuna, á aquellos á quienes el dinero asegura ese bien precioso, la libertad; á los amos, en fin.

Y además, había otras razones.

Los convidados del baron de Chatel le profesaban un afecto sincero, tan sincero

como puede profesarse en este siglo de egoísmo en el que en general nadie se ocupa más que de sí mismo.

Aquella pequeña bretona, en la que en realidad nadie más que el pintor se había fijado, no debía ser causa de un disgusto serio para el anfitrión, y el drama, si drama había, era con seguridad demasiado insignificante para que le preocupara por mucho tiempo.

Los concurrentes escuchaban sin embargo con atención, y por nada hubieran cortado las conversaciones particulares, el relato del barón.

Pero el doctor, que se había creado una buena fama de admirador del bello sexo, repuso, registrando su memoria:

—¿No tenía esa muchacha un nombre raro?

—Se llamaba Ana-María.

—No recuerdo haber oído llamarla así.

—¿Anita, tal vez?—preguntó Claudio.

—Justamente—dijo el doctor.

—Ese es el diminutivo de Ana.

—¡Ah!

El barón continuó:

—Con seguridad que no os fijásteis nunca en ella, doctor, porque os gustan las jamonas altas, robustas, morenas, y Ana-María era un tipo completamente opuesto: era muy jóven, bajita, pálida, rubia, con el pelo de un rubio de oro; como dice muy bien Desvaux, poco notable en suma, puesto que estuvo más de un año en mi casa sin escitar en mí, que la veía á cada momento, la menor curiosidad. Apenas si la había mirado alguna que otra vez al pasar á su lado, y nada me llamaba la atención en ella.

—¿Qué cargo desempeñaba?

—Era segunda doncella una especie de subordinada de Virginia. ¿Conoceis á Virginia?

—Ya lo creo—exclamó el doctor.—Una buena hembra, guapa chica hace todavía cuatro ó cinco años, y que no tenía frios los ojos. Aquí para entre nosotros, querido, yo creo que no os quería mucho.

—Demasiado me lo ha probado.

—¿Cómo?

—Vais á verlo. Virginia podía detestarme, pero yo la pagaba en la misma moneda; jamás me ha agradado. En cambio mi mujer la quiere como á las niñas de sus ojos.

Cree sin duda, que sin Virginia dejaría de girar la tierra. Parece que es muy inteligente y que sabe hacer de todo, vestidos, ropa blanca, y en caso necesario sombreros, sabe peinar... en fin, entiende de todo. Aunque me lo hubiera propuesto me hubiera sido difícil dar una queja de ella. Imposible cogerla en una falta. Es extremadamente cuidadosa. Hasta principios de este año la había visto desvivirse por agradarme, colmarme de atenciones, melosa y azucarada como un jarabe. Mi aversión hacia ella era pues solamente instintiva, sin fundamento, sobre todo sin pruebas. Virginia es de Rennes. Vino á París muy joven y ha trabajado como costurera en los obradores. En ellos aprendió el oficio. Al servicio de mi mujer desde hace doce años, ha sabido hacerse querer, por sus cuidados, su habilidad y sus lisonjas. Por lo demás, yo no me ocupaba de ella.

—Tal vez sea ese el error que has cometido—observó el marqués de Fresneuse.

—El año pasado había ido la baronesa, como hoy, á Marnes, á la antigua posesión de su padre, la que la dejó administrar á su antojo. Debíamos ir á instalarnos allí pocos

días más tarde y la baronesa había llevado casi todo nuestro personal. No quedaban aquí más que un pinche, Jacobo, mi cochero, y la pequeña bretona, la única que habían dejado aquí no sé por qué. Mi ayuda de cámara Fermín, acababa de perder á un tío suyo y me había pedido un permiso de quince días para ir á Normandía á arreglar sus asuntos. Yo almorzaba de ordinario en el círculo, pero aquel día tuve unas visitas que me entretuvieron hasta muy tarde y me quedé á almorzar en casa.

La bretona fué quien me sirvió.

Me fijé en ella y la examiné con atención por vez primera.

Estaba muy elegante con su traje negro, ajustado como un guante, su delantal blanco atado á su flexible talle y su bonita cofia sujeta con mucha gracia á su dorada cabellera, que en realidad era de lo más bello que se puede ver en su género.

El pintor apoyó esta afirmación con un movimiento de cabeza.

—Era á mediados de abril,—continuó Chatel.—Sería próximamente la una y me encontraba sólo con ella en el comedor, justa-

mente aquí en donde estamos en este momento.

Yo estaba de mal humor, sin causa que lo justificara. Después de todo, no tenía porqué estar triste ó aburrido.

Al mismo tiempo que comía, leía por distracción un periódico que tenía extendido delante de mí sobre la mesa.

El tiempo estaba hermoso.

Estaban arreglando los jardines, por las ventanas que estaban abiertas, penetraban los buenos olores de las plantas y el sol inundaba el comedor.

No sé como, recorriendo las columnas del periódico, me fijé en un suelto que hablaba del incendio de tres casas en una aldea del Finisterre.

Se trataba de casuchas de pescadores situadas á la orilla del mar.

La aldea se llamaba Triogat, sobre los peñascos de la bahía de Audierne.

Naturalmente, nada estaba asegurado.

El periódico no citaba el hecho más que para ensalzar la generosidad de cierta condesa de azar, muy bulliciosa, que se entretiene en hacer sonar las trompetas de la fama

en provecho suyo y posee un castillo á poca distancia del lugar del siniestro.

Se había apresurado, decía el periódico, á encargarse de que reconstruyeran á sus expensas las casuchas devoradas por el fuego.

Era cuestión de algunos cientos de francos y el periódico prodigaba tantas alabanzas á su protegida, como si hubiera consagrado hasta la última moneda de su fortuna, mal ganada, á obras piadosas.

Pensando en esto habia casi olvidado á mi criadita, cuando oí que me decía:

—¿Toma café el señor baron?

Era la única palabra que me había dirigido.

El metal de su voz me produjo un efecto singular.

Me pareció que temblaba ligeramente.

Aquella voz era muy armoniosa é hizo vibrar en mí yo no sé que cuerda.

Dejé el periódico y levanté la cabeza.

Nuestras miradas se encontraron.

Ella se puso colorada como una grana y bajó los ojos, pero yo había tenido tiempo de verse los.

Eran de un azul verdoso, muy oscuro.

—¿Os asusto?—la dije.

—¡Oh! no señor, me contestó.

—¿Porqué os poneis entonces tan colorada?

—¡Sois muy tímida!

Esto era tonto, pero yo decía al azar, lo que me venía á la imaginación sin dar á mis palabras la menor importancia.

No se como ocurrió que la miré las manos.

Eran bonitas, un poco curtidas, pero de elegante forma y estaban unidas á los brazos por finas muñecas.

—Deberais cuidar esas bonitas manos, la dije; eso no es difícil.

Iba á añadir.

—Seriais una encantadora mujercita.

Pero una reflexión me detuvo.

No tenía intención de dirigirla galanteos ni de entablar con ella una familiaridad demasiado libre.

A la verdad me ocurría una idea que jamás había venido á mi imaginación.

Era: que estaba encantadora.

Es imposible soñar una alhaja más completa. Su fino talle, su ancho pecho, sus desarrolladas caderas, sus pies pequeños, calzados con zapatos escotados, ó más bien con

zapatillas tan exiguas como las de *Cendrillon*, hubieran podido rivalizar con los de cualquiera joven aristócrata.

Pero lo que tenía de más notable eran una cabellera de incomparable belleza y una dentadura admirable por su brillo y regularidad.

El cutis era saturado y el color un poco pálido, con una apariencia de sufrimiento, ó más bien de melancolía, pero de ese tono que da á las parisienses tanta gracia y las hace parecerse á las plantas de invernadero.

Sin duda lo que le había dicho de sus manos la hizo creer que yo las juzgaba despreciables, porque se volvió, y vi una lágrima detenida en sus largas pestañas.

Creí comprender la causa: se engañaba, porque no me había ocurrido semejante idea.

Traté de consolarla y la dije, procurando mostrarme amable.

—¿Sois bretona, Anita?

—Sí, señor—me contestó.

—¿De qué parte?

—Del Finisterre, del lado de la bahía de Audinier.

—¡Pues acaba de ocurrir una desgracia en vuestro país!

—¿Qué desgracia, señor?

—Un incendio.

—La Bretaña es grande—replicó,—y de Rennes á Quiberon ó á Tréogat se gastaría bien un par de zapatos si se hiciese el camino á pie.

—¿Conocéis Tréogat?—la pregunté.

—Muy bien.

—¿Es vuestro pueblo tal vez?

—No; pero tengo amigos que viven allí, y el nuestro no dista cuatro tiros de fusil.

—¿Cómo se llama?

—Pleneuf. El rector de Treogat lo es también de Pleneuf. No hay más que una iglesia para los dos pueblos.

—¿Son ricos allí?

—¡Ricos!... ¡El señor barón quiere burlarse! En nuestro país no hay más que miseria para todos...

—¿Teneis aún padre?

Se puso grave.

—Mi padre era pescador—dijo.—Los pescadores no tienen suerte en nuestro país. La pesca no escasea, pero se vende mal, y ade-

más el mar es malo. Mi padre salió una noche del mes de noviembre con su barca. No le hemos vuelto á ver. Yo tenía entonces cinco años. Mi madre fué quien nos educó á mi hermana y á mí.

—¿Vive vuestra madre?

Anita movió la cabeza haciendo un signo negativo.

—Sufría mucho—repuso.—Nunca nos lo decía. Una noche fué por última vez á las rocas, al sitio donde tantas veces se había sentado esperando á mi padre. El viento soplabá con violencia, no se podía estar en pie, y al pie de las rocas se oía el mar desencadenado que arrastraba piedras grandes como casas, haciendo un ruido de trueno. La pendiente de las rocas es muy grande. Mi madre no volvió á casa. Al día siguiente en la marea baja se encontró su cuerpo destrozado. El viento la había arrastrado. Tenía yo trece años.

—¿Y vuestra hermana?

—Mi hermana Ivona tenía cuatro años más que yo. Vino á París antes que yo, pero echaba mucho de menos el país. Una fiebre de mal género se apoderó de ella y la llevaron al hospital de la Caridad. No la volví á

30572

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA DE FÍSICA Y QUÍMICA

"ALFONSO ESTE" ®

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ver. Cuando llegué, hace tres años, mi primer cuidado fué buscar su tumba, pero no la encontré.

Dijo estas palabras con una extrema sencillez; pero al concluir de pronunciarlas su pecho se hinchó y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

## IV

Esta emoción me llegó al corazón.

Era natural y sincera.

Anita se alejó ruborizada. La llamé.

— Siento mucho — la dije — haber despertado esos recuerdos. Ignoraba que hubiérais tenido tantas penas.

— He tenido muchas, es verdad... — me dijo.

Y trató de sonreír.

— Sin contar las que tendré aún, — añadió.

— ¿De dónde vendrán? Vuestros malos días han concluido.

Movió la cabeza con aire de incredulidad.

— Para nosotros no concluyen nunca — dijo.

— ¡Si viérais cuán desgraciados somos allí!

— ¿Por qué? ¿sois pobre?

— ¡Ay de mí! mucho más de lo que os podeis figurar. En Treogat y Pléneuf todos son pescadores. No se pasa un día sin que oigáis hablar de una nueva desgracia. Cuando el

ver. Cuando llegué, hace tres años, mi primer cuidado fué buscar su tumba, pero no la encontré.

Dijo estas palabras con una extrema sencillez; pero al concluir de pronunciarlas su pecho se hinchó y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

## IV

Esta emoción me llegó al corazón.

Era natural y sincera.

Anita se alejó ruborizada. La llamé.

— Siento mucho — la dije — haber despertado esos recuerdos. Ignoraba que hubiérais tenido tantas penas.

— He tenido muchas, es verdad... — me dijo.

Y trató de sonreír.

— Sin contar las que tendré aún, — añadió.

— ¿De dónde vendrán? Vuestros malos días han concluido.

Movió la cabeza con aire de incredulidad.

— Para nosotros no concluyen nunca — dijo.

— ¡Si viérais cuán desgraciados somos allí!

— ¿Por qué? ¿sois pobre?

— ¡Ay de mí! mucho más de lo que os podeis figurar. En Treogat y Pléneuf todos son pescadores. No se pasa un día sin que oigáis hablar de una nueva desgracia. Cuando el

padre desaparece, la madre y los hijos ya no tienen á nadie que les proteja. ¡Y ya comprenderéis que una viuda... ¿Qué quereis que haga? Así es que en el cementerio no se ven más que pequeñas tumbas. Pues bien, los que mueren son más favorecidos que los que quedan. A los doce años, los muchachos se van al mar con los demás; las muchachas entran á servir en las quintas ó en la población, y pronto vienen á París para concluir como mi pobre hermana, en un hospital, después de haber adquirido una enfermedad en esas cocinas sin aire, quemadas por sus hornillos, mientras que por otra parte, se hielan en sus buhardillas. Ese es su destino.

—¿Vos no tenéis por qué quejaros? Ana María.

—¡Oh! no, señor.

—¿Estais bien aquí?

—Demasiado bien, porque el día que salga de vuestra casa me costará trabajo acostumbrarme á estar en otra parte.

—Por qué?

—No puedo desempeñar una buena colocación. He tenido suerte en encontrar á Virginia. Ella es quien me ha tomado, porque es

bretona como yo. Apenas sé leer y escribir... En nuestra infancia se ocupan poco de nosotros y las escuelas están lejos... Corriendo descalzos por la playa y pescando chirlas en las rocas, no se aprende mucho. ¡Es un desgraciado país el nuestro!

—Estoy seguro de que lo echareis de menos alguna vez...

Dejó errar en el infinito la mirada de sus grandes y lánguidos ojos.

—¡Oh! sí,—murmuró.

—Habeis dejado allí tal vez alguno á quien amais.

—El señor barón sabe que no tengo ninguna familia ya.

—No es de vuestra familia de quien yo quiero hablar.

—¿De quién pues?—preguntó poniéndose colorada.

Poco á poco me iba dejando aprisionar por el encanto de aquella ingenuidad que no era fingida.

Me complacía hablar con aquella muchacha, á quien algunos minutos ántes no concedía ninguna atención; y hubiera sentido que se hubiera marchado.

Esperaba mi contestación.

—De algún vecino—la dije—de un pescador... de un marino... de un amigo con el cual os hayáis criado y que no dejará de quereros. ¿No es así como pasan las cosas de ordinario?

Guardó silencio, pero vi que su pecho enchía la tela de su ajustado corpiño.

—Teneis un vestido que os sienta muy bien,—la dije.

—Virginia es quien lo ha hecho, señor.

—¿Es buena para vos?

—Muy buena. Me enseña lo que puede. Por desgracia yo no soy dispuesta y aprovecho poco sus lecciones.

—¿Y los demás criados?

—No tengo por qué quejarme de nadie, señor barón, y si tuviera algún deseo...

—¿Sería?...

Levantó hacia mí sus muy expresivos ojos y respondió:

—El de quedarme aquí.

Saqué un cigarro del bolsillo.

La pedí fuego.

Fué á la chimenea, cogió una caja de ce-

rillas, encendió una y me la presentó haciendo un gracioso gesto.

Estaba muy cerca de mí en una actitud modesta, pero muy elegante.

Por azar, se me escapó el cigarro de la mano y cayó en la alfombra.

Se inclinó para cogerlo.

Fué cuestión de un momento; pero durante aquellos fugitivos segundos, entreví sus cabellos, rodeados á la nuca con un arte, que debía con seguridad á Virginia.

Formaban, dispensadme, la expresión, un paquete enorme, que se hubieran necesitado las dos manos para abarcarlo y de un matiz seductor. No creo haberlos visto jamás más bellos.

El cuello era de una forma adorable y de una deslumbradora blancura.

Al levantarse, se la entreabrió el vestido y vi uno de los extremos de una carta que guardaba en el pecho y cuyo sobre conservaba aun el sello de correos con que había viajado.

—¿Son noticias de vuestro país?—la pregunté sonriendo.

Me miró sin comprenderme.

La indiqué con el dedo el sobre cuya punta salía del corpiño.

—¡Ah! ya no me acordaba de ella... balbució. El señor baron lo ha adivinado, pero no quiero que el señor baron pueda suponer cosas...

No la dejé concluir; procuré tranquilizarla.

—Vuestros secretos son solo vuestros, hija mía, y yo no os los pregunto. En todo caso no sería extraño que hubiéseis dejado allí buenos recuerdos y que alguno os esperara... hasta que hayais ganado algún dinero.

—¡Dinero!

—Sin duda... para formaros un dote.

Se mordió los labios y la oí suspirar.

Ana María seguía presentándome la cerilla que estaba á punto de apagarse.

Encendí el cigarro y me dejé caer en la butaca.

Se dispuso á quitar la mesa, empezó á llevarse los platos y las botellas.

Yo la observaba con el rabillo del ojo.

Salió varias veces, ligera como un pájaro, deslizándose sobre la alfombra con graciosos movimientos, prolongando la tarea que hu-

biera podido terminar en poco tiempo y volviendo sin cesar con una especie de indecisión.

Aquel ir y venir no me molestaba.

Al contrario.

Cuanto más la examinaba más me encantaban la gracia de sus formas, la increíble pureza de su perfil, la elegancia de sus movimientos.

Es imposible soñar una mujercita mejor formada, con una mirada mas hechicera, más dulce y más casta, y una frente mejor delineada.

La dentadura, sobre todo, me deslumbraba.

Conozco duquesas y damas de la alta sociedad que hubieran dado de buena gana, por tenerla tan preciosa, las rentas de algunos años.

Me preguntaba yo la causa de su vacilación, cuando de pronto, tomando una resolución enérgica, se acercó á mí después de haber puesto la cubierta de la mesa, y me dijo:

—Si me atreviera, pediría un favor al señor barón.

—¿Cuál?

—He dicho al señor barón que soy muy ignorante. No he leído bien esta carta y no me atrevo á dársela á nadie para que la lea.

—¿Por qué?

—Porque tal vez se rieran de mí... Y además, dice cosas que no he comprendido.

—¿Ah!...

—Yo sé que mis pobres asuntos no pueden interesar al señor barón; pero como hace un momento me hablaba de Treogat, en esta carta encontraré detalles del país... y verá...

Vaciló. Yo la animé diciéndola:

—¿Qué es lo que verá, Ana-María?

—Que si he abandonado mi pueblo no ha sido por haberme conducido mal en él.

Sacó con timidez la carta del corpiño y me la presentó.

—¿De modo que — la pregunté — quereis que yo conozca vuestros secretos?

—No lo son, señor baron.

—¿Cómo?

—Es una historia que todo el mundo sabe de memoria, desde Treogat á Audierne y más allá.

—¿Ha sido ella la causa de que abandonáseis la Bretaña?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—No estaba ya segura allí.

—Me sorprendéis, Anita.

—Lea, señor baron.

En el fondo yo estaba muy impresionado por mi nueva amistad, porque era para mí una verdadera revelación, un encuentro extraordinario, un descubrimiento que acababa de hacer en mi propia casa.

Me parecía completamente inexplicable que hubiera podido vivir un año cerca de aquella criatura sin conocerlo y sin unirme á ella, al menos por una especie de protectora amistad.

Miré un instante la carta antes de decidirme á abrirla.

Estaba dirigida: «A Mlle. Ana-María Le Guer, en casa del señor barón Chatel, avenida Gabriel», y tenía el sello de Plougastel, Finisterre.

La letra era de un anciano, esto se conocía á primera vista.

Me acuerdo hasta de los menores detalles de aquella primera escena, como si hubiera pasado ayer.

Anita estaba en pié delante de mí, esperando á oír la lectura de aquella carta que la preocupaba.

Imité lo que ella había hecho momentos antes.

Tomé tiempo.

Ella había prolongado su servicio en el comedor todo cuanto había podido; yo hacía uso de todos los subterfugios para conservar la á mi lado, no porque ella me inspirara ningún deseo—no soy fácil de inflamar,—sino porque experimentaba un verdadero placer en verla, en estudiarla como alguna cosa desconocida y nueva que no recordaba haber encontrado en mi vida.

Sentía una turbación y una emoción como si hubiera presentado que aquella entrevista traería serias consecuencias para el porvenir.

¿Y sin embargo, en suma, había nada más sencillo y menos inquietante?

Yo hablaba tranquilamente con una criada joven, casi una niña, porque no tenía más de veinte años y no los representaba.

Ella me iniciaba en su pasado, por azar, porque no sabía leer bien, y aquella carta tenía cierto interés para ella, tal vez por-

que temía poner en sus secretos á compañeras prontas siempre á burlarse, y que, en fin, el miedo de hacerse sospechosa de alguna intriga, la inspiraba el deseo de disculparse ante mí.

—Decidme: ¿de dónde viene esta carta?—la dije.

—De Treogat, señor barón.

—¿Quién os la escribe?

—El señor rector.

—¿Es de edad?

—Debe tener setenta años los menos.

—¿Es buena persona?

—¡Oh! sí señor, y allí son muy felices en tenerle.

—Si leo la carta es únicamente por complaceros, porque no quisiera ser indiscreto.

El barón se levantó.

Fué á su gabinete de trabajo y á los pocos momentos volvió con un papel doblado en la mano.

—Esta es la carta—dijo.—Como se la leí á la pobre Ana-María, voy á leéros la á vosotros, porque ella os explicará una situación que debéis conocer á causa de las terribles consecuencias que tuvo más tarde y que yo

estaba muy lejos de sospechar entonces.

«*Treogat, 10 de abril de 1889.*»

»Mi querida hija:

»Francisca Cloarec ha recibido la carta que hicisteis que la escribiera.»

Me interrumpi.

—¿No podríais escribir vos misma vuestras cartas?—dije á la bretona.

Bajóla cabeza.

—¡Ay de mí! no señor.

—¿Os sería imposible hacerlo?

—Imposible no, pero tardaría mucho tiempo.

—¿Entonces de quién os habeis valido.

—De Virginia.

Este nombre, como os he dicho, me crispaba los nervios.

No tenía ninguna prueba evidente de su odio hacia mí, pero no quería yo á esa muchacha y estaba casi seguro de que ella me pagaba en la misma moneda.

Puedo confiaroslo todo porque sabeis muy bien que no soy un fatuo ni un imbécil que estéposeído de mi persona, yo había sorprendido, ya hacía mucho tiempo, miradas dema-

siado benévolas que por prudencia afecté no ver.

Esos son descuidos que las mujeres perdonan pocas veces y no olvidan jamás.

—¿De modo que Virginia conoce vuestra historia?—repuse yo.

—Parte solamente.

—Me atrevo á aconsejaros que seais muy reservada con ella.

Ana-María pareció admirada, pero se inclinó.

Continué la lectura.

«Cuando la trajo el cartero, la pobre mujer fué en seguida á mi casa, muy contenta de tener noticias de su Anita.»

Me detuve otra vez.

—¿Quién es esta Francisca Cloarec?—pregunté á Ana-María.

—Es mi madrina, una viuda, una amiga de mi madre, una prima lejana... Perdió á su marido hace mucho tiempo. Era un pescador intrépido. Se ahogó un día al intentar salvar á un jóven de Paris que habia ido de Quimper á Treogat y se bañaba al pié de los peñascos. Aquel jóven era rico segun parece. Desde su muerte y la de Cloarec, sus padres

pasan á mi madrina una pensión de doscientos francos y la han comprado una casita situada sobre las rocas, precisamente sobre aquellas á cuyo pie ocurrió el accidente y á unos cuatrocientos pasos de la casa del señor rector.

—¿Doscientos francos de pensión?—dije.

—Sí, señor.

—¿Es bastante para la vida?

—Sí, señor. Con su casa puede vivir. Francisca y el señor cura son los más ricos del pueblo. En nuestro país se dice: el señor rector.

—¿Qué edad tiene Francisca?

—Unos cincuenta años.

—¿No se ocupa en nada?

—Sí, señor; pesca langostinos y chirlas en la playa á la marea baja.

—¿Y esa viuda es vuestra madrina?

—Sí, señor. No tengo más que á ella. No conozco á nadie en el mundo que se interese por mí, excepto Francisca y el rector. No sé qué hubiera sido de nosotras cuando perdimos á nuestra madre si no hubiera sido por ella.

—¿Hace mucho tiempo que no la veis?

Ana María se sonrió con cierta malicia.

—El señor barón no se enteró—dijo;—pero el año pasado, cuando volvimos de Trouville á fines de agosto, me concedió la señora un permiso de quince días. Entonces fui al país. Y fué á casa de mi madrina adonde fui á parar, á esa casita situada sobre las rocas.

—¿Os gustaba estar allí?

—Mucho, señor. ¿Cómo no le ha de gustar á uno estar en su país? Pero no pude quedarme allí.

—¿Porque necesitábais venir?

Anita oprimió los labios, y moviendo la cabeza, me dijo:

—No, señor, por otra razón.

—¿Qué razón?

Una gran confusión y una especie de púdica violencia se dibujó en su rostro.

—Continúe el señor barón la lectura de la carta, y verá—balbució.

—Te da mil gracias por los treinta francos que las has enviado; pero no la gusta que tú te hayas privado de ellos por ella. Dice que no la falta nada, á Dios gracias; que con su pequeña provisión de leña para el invierno y el producto de su campo, del cual piensa re-

coger una buena cosecha de patatas, tiene cuanto necesita, y que es más rica que tú, lo que tal vez sea verdad.

»Además, tiene buena salud, y el trabajo no la arredra. Está entre buenos vecinos, y entre nosotros ya se sabe que es preciso que nos ayudemos unos á otros.

»Te encargo, pues, que conserves tu dinero. Economiza, para el porvenir y acuérdate de tu hermana.

»¡Quién sabe si alguna enfermedad te hará perder tu colocación!

»Si esto sucede, ¡pobre hija mía! no pierdas un minuto, toma el tren y vente á casa de tu madrina.

»¡Se te cuidará, y al menos no estarás abandonada á manos extrañas!

»Francisca se alegra mucho de lo que la dices de tu salud, y de la suerte que tienes en estar en una casa rica y honrada.

»Es una gran suerte, hija mía, y tu pobre hermana no la tuvo. Estuvo siempre mal colocada, en casas de poca importancia, en donde trabajaba mucho y ganaba poco, y además expuesta á miserias que la produjeron la pena de que murió.

»Me había confiado sus cuitas.

»Pobres criaturas; os sucede lo mismo que á vuestros hermanos los marineros, que están siempre en el agua amenazados de grandes peligros.

»Estáis perdidas en una ciudad peor que el mar y en donde hay más abismos que en la bahía de los Trepasés, que es tan peligrosa.

»Cumple bien con tu deber, hija mía, y procura evitar los malos pasos.

»Trabaja con fé y reúne una fortanita para volver después al país, á ménos que encuentres un joven honrado que comprenda lo que vales y que te ame como mereces ser amada.

»Por ahora, á pesar del placer que tendríamos en verte, no te aconsejo que vengas á Treogat.»

Este parrafito escitó mi curiosidad.

Miré á Ana María.

Se había puesto de pronto pálida y retorció entre sus dedos, un poco crispados, las cintas de su delantal.

«Tu madrina te quiere como si fueras su hija, y sin embargo, estaba deseando que te marcharas á París.

»Tú sabes por qué.

»Ese desgraciado de Daniel Plouer, á quien compadezco más bien que acrimino está á punto de perder la razón.

»Desde que le despreciastes por irte á París, se ha vuelto salvaje como un lobo; abandona sus bienes y su barca permanece amarrada semanas enteras, pudriéndose en nuestro puertecito.

»Daniel era, sin embargo, el mejor marinerero de la costa, y su padre le había reunido un buen lote de tierra.

»Hubierais podido ser felices tal vez y vivir con desahogo y trabajando los dos.

»Tu no quisistes.

»Eres libre.

»Pero eso ha sido una gran desgracia para el pobre muchacho.

»Ya no trabaja sus campos, ni pesca.

»Su casa, que era la más limpia de la aldea, está tan mal cuidada que ha caído al jardín un pedazo de pared.

»Desde hace tres años anda errante como

un salvaje y pasa una gran parte del tiempo sentado en la roca de Trebourden que domina la casa de tu madrina.

»Contempla la pobre estancia como si esperara verte á través de las paredes.

»Se teme que haya perdido la cabeza

»Sin embargo, su locura no es peligrosa hasta ahora, pero puede llegar á serlo.

»Si Francisca no te instó más el año pasado para que te quedaras, fué por que había oído al desgraciado Daniel proferir algunas amenazas contra tí.

»Su estado no ha mejorado.

»Al contrario.

»Estas son las noticias que puedo darte del país, mi pobre Anita.

»No te aflijas. Pueden cambiar.

»Daniel viene algunas veces al presbiterio; procuro disuadirle y curarle de esa funesta pasión.

»Cuando no va á la taberna, se muestra bastante tranquilo; pero la embriaguez le mata y bebe para aturdirse.

»¡En fin, esperemos!

»Jocelyn Carhel, el aduanero, encontró esta mañana á tu madrina.

- »La encargó que te diera recuerdos.
- »Es un honrado y buen muchacho.
- »Le han propuesto varias jóvenes del país; pero responde que no quiere casarse.
- »Este es otro que de buena gana se hubiera casado contigo, si tú hubieras querido.
- »Pero eras un poco orgullosa, y soñabas con ese París que os atrae á todas, por desgracia.
- »Que ese orgullo te sostenga y te impida cometer acciones de que no tardarías en arrepentirte.
- »Termino esta carta, que se ha hecho demasiado larga, por el placer de hablar contigo.
- »¡A mi edad se puede hablar á las jóvenes!
- »Te he visto nacer; te enseñé el Catecismo y te di la primera Comunión.
- »Conozco tu corazón.
- »¡Eres una buena muchacha!
- »Procura ser juiciosa y consérvate tan pura como el agua de nuestra bahía de Audierne, la mar de esmeralda, tan clara, que se ven en el fondo las verdes algas y los peces que bullen.

- »Adiós, mi querida hija, adiós.
- »Cuando pienso en vosotras, os compadezco.
- »Estáis como los cristianos arrojados á las fieras.
- »Defiéndete, y cree que, en tu estado de pobreza y de soledad, una buena conciencia es la que puede sostenerte, y la esperanza de otra vida, en la cual pagará cada uno según sus obras.
- »Te abrazo, mi pobre Anita, con la ternura de un anciano para su querido hijo, y te amo como un padre.

*Tu anciano rector,*

JUAN MARÍA PLOUDSEN.»

## V

La lectura de esta carta me había impresionado mucho. Veía en ella una novela, bien sencilla, de la cual era Ana María la heroína, una pasión feróz que á decir verdad no me costaba trabajo comprender desde que había oído el sonido de su voz, respirado el perfume de su juventud y fijado mis ojos en sus grandes ojos, verdes como el mar y profundos como él.

Imaginaba todo un drama íntimo, una de esas aventuras que en ciertas provincias que son tan pintorescas como fieles han permanecido sus antiguas costumbres, imprimen una gracia poética á los sitios en donde se desarrollan.

Me complacía en examinar con disimulo, procurando no asustar á aquella joven, á quien no podía negar un penetrante encanto y pensaba en los amores que ella había ins-

pirado ya, sin sospechar que podía hacer nacer otros aún.

—¡Muy bien!— la dije—esta carta está bastante clara y yo la comprendo perfectamente. La comprendo sobre todo al miraros. Aníta.

—¿Por qué?

—Os quieren en vuestro pueblo, y es muy natural. Veamos, me interesais vivamente; permitidme interrogaros... Si soy demasiado curioso, no me contesteis.

—¡Oh! señor,—dijo ruborizándose.

—Quedásteis huérfana siendo aún muy niña y entónces os recojó y os cuidó esa Francisca. ¿Qué hacíais en Treogat?

—Lo que hacen los niños en la costa: pescábamos langostinos, arreglábamos redes. Algunas veces íbamos á la escuela... pero pocas.

—¿Ganaríais poco?

—Algunos sueldos, pero cuando mi hermana Ivona se vino á Paris, nos ayudaba cuanto podía. Mi madrina la reñía diciéndole que obraría mejor guardando su dinero... que podría necesitarlo algún día.

—¿Queríais á vuestra hermana?

—¡Oh! sí señor.

—¿Era tan linda como vos?

—Yo no sé como soy. Mi hermana Ivona no se parecía á mí. Era morena y más alta.

—Han debido deciros muchas veces que sois hermosa.

Se puso seria.

—Muchas veces nó; además yo hablo poco, no soy risueña por naturaleza, porque pienso en mi país y en mis padres, que han muerto. Pienso también en el porvenir y me asusto. Cuando llegué á París me costó mucho trabajo encontrar colocación. Las señoras no me querían. Un día, una de ellas, que tenía un aspecto muy brusco, me dijo: «Hija mía, aunque me pagarais por admitiros en mi casa, no os admitiría, y compadezco á las señoras casadas que os tomen á su servicio.»

Creí que tenía malos informes respecto á mí y me eché á llorar. Las hermanas de la Cruz me recibieron en su casa y me buscaron colocación. Entré á servir en casa de una condesa anciana. Sin ella me hubiera visto obligada á volverme al país. Murió la señora condesa y fui muy feliz en encontrar á Vir-

ginia, que me protegió y me colocó en vnestra casa.

—¿Cómo conocisteis á Virginia?

—Por casualidad, señor. Iba algunas veces á casa de mi ama cuando tenía de doncella á una de sus amigas. Ella me ha dado buenos consejos y me ha demostrado profesar-me buena amistad.

Ana-Maria suspiró.

—¿En dónde estaría yo ahora si no hubiera sido por ella!

—¿Por qué os negásteis á casaros con el pescador que os pedía en matrimonio?

—¿Daniel Plouer?

—Sí, Daniel Plouer. El rector dice que es rico.

—Rico como se es rico en nuestro país; es decir, que posee una casa, algunas tierras y su barca...

—¿Es mucho?

—Sin duda.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años. Es muy violento y colérico. Desde que tuve quince años, le encontraba siempre en mi camino. No le era difícil encontrarme. En la playa cuando iba

á pescar; en el pueblo cuando volvía de mi trabajo, porque yo trabajaba en casa de los vecinos, Daniel me esperaba y me decía cosas que no me agradaban. Algunas veces intentó besarme á la fuerza, y un día no me libre de él sino gritando como una loca, con lo cual conseguí que acudieran los aduaneros y me librarán de él.

Al día siguiente me pidió en matrimonio á mi madrina.

El rector me instaba para que aceptara.

Me decía:

«Casándote con Daniel te quedarás en el país y no serás tan desgraciada como las otras. Ese joven te ama y harás lo que quieras en tu casa.»

Pero yo le temía de tal modo, que por nada del mundo hubiera accedido á ser su mujer.

Contesté que lo pensaría y pocos días después, comprendiendo que yo no aceptaría, se enfureció y colmó á mi madrina de amenazas que no dirigió á ella sino á mí.

Entonces me aconsejaron que me marchara.

Justamente mi pobre hermana había cai-

do enferma. Cuando llegué á París había muerto.

Desde entonces no he vuelto al país más que una vez.

—¿Visteis á ese Daniel?

—Sí, señor.

—¿No os dijo nada?

—El día de mi llegada le encontré cerca de la iglesia. Me detuvo y cogió por el brazo. Era por la mañana. Estaba tranquilo. Pasó el rector, y Daniel me lo mostró diciéndome: «Si hubieras querido, Anita, el señor Ploudsen nos hubiera casado; pero eres ambiciosa: necesitas uno de esos señores ricos de París.»

Traté de calmarle hablándole con dulzura. Pero se irritó, me llenó de injurias y, cogiéndome por una de las muñecas, me oprimió de manera tal, que no tuve más remedio que gritar como el día de la playa.

Acudieron los vecinos y pude escapar; pero de lejos me amenazaba con los puños, diciéndome:

«Estate tranquila; esto no ha concluído; nos volveremos á encontrar.»

Después no me alejaba del pueblo más que

para ir á casa de mi madrina, é iba siempre acompañada por alguien.

—¿Quién os acompañaba?

—El rector algunas veces; otras veces los aduaneros, sobre todo Jocelyn Carhel.

—¿Os ama también ese?

Una vaga sonrisa erró por los labios de la bretona, la sonrisa que se concede á las imágenes indecisas y lejanas.

—¡Pobre muchacho! —murmuró. — Tal vez.

—¿Es un hombre honrado?

—A buen seguro, señor.

La cojió la mano y la atraje hacia mí.

Me pareció que se había estremecido al simple contacto de mis dedos.

—Sed franca, Ana-María, repuse, ese no os desagrada.

—¿En qué lo conocéis?

—En el sonido de vuestra voz cuando habláis de él, en ese no sé qué conmovido y tierno que humedece vuestros ojos. ¿Cómo es ese Carhel?

—Tiene el aspecto de un soldado; es de estatura regular, y rubio.

—¿Cuánto gana?

—Poco; quinientos ó seiscientos francos, apenas.

—¿Se puede vivir con ese steldo?

—Preciso es; además en nuestro país nada está caro y el mar suministra recursos.

Hinchó las alas de sus narices como para aspirar los lejanos olores de su Bretaña.

—¿Ese Carhel se casaría con vos si quiérais?

—Así me lo han dicho.

—¿El?

—¡Oh, no! Jamás ha dejado escapar una palabra respecto á ese asunto al hablar conmigo. Cuando se paseaba conmigo no hablaba nada, no desplegaba los labios.

—¿Quién entónces...?

—Francisca, mi madrina, el señor rector...

—¿Y por qué no se atrevía á hablaros él mismo?

—Es muy tímido sin duda.

—¡Sin embargo, vos no sois tan imponente, Ana María!

—¿No es verdad que no, señor?

Ganada por la familiaridad con que la preguntaba, se había animado poco á poco.

Ya se atrevía á mirarme y yo leía en sus

grandes ojos una especie de alegría interior que la costaba trabajo contener y cuya causa se me ocultaba.

Yo creía en efecto que Ana María amaba á Carhel, y unos celos nacientes mordían mi corazón.

En pocos instantes me había conquistado.

La dije con alguna tristeza:

—Si ese aduanero es honrado; si le conocéis bien; si os ofrece tantas garantías para el porvenir; si en fin no os desagrada, ¿por qué no habeis de consentir en casaros con él?

Se contrajo su rostro; frunció las cejas y respondió con brevedad.

—No quiero casarme.

—Ese es, sin embargo, el deseo de todas las jóvenes.

Se encogió de hombros sonriendo.

—Antes, tal vez hubiera aceptado.

—Antes, decís, Ana-María?...

—Sí.

—¿Y ahora?...

—He cambiado de parecer.

—Pero ¿qué será de vos más tarde?

—No lo sé.

—Es preciso pensar en el porvenir.

Ana-María hizo un gesto de resignación.

—Sea lo que Dios quiera—dijo.

## VI

Cuando volví á encontrarme solo, estaba en un estado de ánimo singular, en el cual dominaba el descontento.

Ana-María había desaparecido de pronto después de sus última palabras.

Estas eran para mí un enigma. En el fondo me interesaba Ana-María más de lo que yo hubiera deseado.

Escucháudo, y sobre todo mirándola, había dejado pasar la hora de una cita que tenía con nuestros asociados de las caballerizas de carrera.

Jamás me había ocurrido una cosa semejante.

Yo soy de una puntualidad cronométrica en los asuntos, como sabeis.

Me sentí muy vejado, y una especie de cólera contra mí mismo y contra ella me dominó.

Me preguntaba cómo era que había pasado dos horas hablando con aquella muchacha. Aquellas dos horas habían huido como una sombra, debo confesarlo.

A fin de que no me volviera á ocurrir, llamé al cochero y al pinche y les dí la orden de que marcharan al día siguiente para Marnes á reunirse á la baronesa, y que llevaran con ellos á Ana-María.

Mi cochero me quiere mucho, al menos así lo creo, y se atrevió á hacer una tímida observación.

—¿Queda solo el señor?

—Sí.

—Tal vez fuera mejor...

—No, marchad. El portero me bastará...

Annuncié á la baronesa que estaría en Marnes á los tres ó cuatro días lo más tarde.

Pero no me apresuré á ir.

Inventé pretextos para retrasar mi partida y no hice mas que cortas apariciones en Marnes. En efecto, quedé en París hasta últimos de mayo, procurando distraerme.

La verdad es que á pesar de los esfuerzos que por conseguirlo hacía, á pesar de las distracciones que procuraba buscar, la imagen

de Ana-Maria no se separaba de mi imaginación.

La veía siempre con su gorrito blanco sobre sus hermosos cabellos rubios, con su fino talle, su soberbio cutis y su delantal blanco también, destacándose sobre su ajustado vestido negro.

El alejamiento es un buen remedio para esta clase de enfermedades.

Al cabo de quince días la imagen de Ana-Maria no era tan distinta para mí. Poco á poco perdió poder, pero como no se borrara con la prontitud que yo deseaba me ocurrió recurrir á un medio heróico. Este medio era rogar á Virginia que buscara una colocación á su paisana y que tomara otra doncella.

Digo un remedio heróico y puedo añadir que comprendía la necesidad de hacerlo así.

Pero encontré buenas razones para no poner en práctica este sabio proyecto.

En primer lugar no sabia que pretexto dar á este capricho, y en segundo me parecía injusto y cruel. ¿Qué culpa tenía la pobre criatura de lo que ocurría?

¿De qué tenía que reprendérsela?

¿A dónde iría si yo la arrojaba de mi casa?

¿Cuando la hubiera echado á la calle, no encontraría, hermosa como era, algún depravado que la recogiera y abusara de su miseria?

Sabido es como terminan de ordinario esas aventuras.

¡Yo sería causa de sus desgracias!

Despedirla era tal vez un acto de prudencia, pero francamente no estaba en mi carácter; me parecía superior á mis fuerzas y contrario á la idea que tengo de la generosidad y del honor.

En Marnes no pasamos más de dos meses en la primavera y en el verano. Es más bien el otoño el que pasamos allá á causa de las cacerías que conocéis y que son verdaderamente deliciosas.

Cuando llegué allí estaba el parque en todo su esplendor.

Marnes es una de las residencias más agradables de los alrededores de París, en donde los hay tan admirables.

El castillo es relativamente modesto, pero sus inmediaciones y el parque con sus doscientas hectáreas cercadas y las seiscientas de tierra y de bosques, que le rodean, son verdaderamente soberbios.

El baron Imbert era hombre de gusto. Supo arreglar su propiedad de manera que no falte allí nada, bajo el punto de vista confortable.

—Bien lo sabemos, afirmó el doctor Mortimer. Hemos pasado en ella excelentes días.

—Durante algun tiempo,—prosiguió Chatel, apenas vi á la Bretona

Parecía poner cuidado en no encontrarse conmigo, por mi parte no hice ningun esfuerzo por encontrarme con ella.

A veces la veia, por la mañana, en las ventanas de las habitaciones, ocupada en sus tareas, ó pasar por los corredores, siempre coqueta, pero un poco triste, segun me parecía, cuando la casualidad me ponía de improviso en frente de ella.

Me figuraba que la causaba una especie de susto y esto me contrariaba.

En tres semanas, no cambiamos más de diez palabras y estas muy insignificantes.

Vosotros conocéis á la baronesa.

Con ella es un aturdimiento completo, que á veces fatiga.

No pisa, vuela; no habla, arroja trozos de frases corriendo; no está con uno, se la en-

cuentra al paso, como un conejo en un claro.

Está sin cesar de excursiones, de visitas, de recepciones, en obras de vestidos, de sombreros, en elección de telas y en correspondencia con todos los almacenes de París.

La encontraba pocas veces más que á la bretona...

—Sin embargo, por la noche...—dijo Fresneuse con malicia.

—Por la noche, duerme.

—¿Siempre?

Chatel se encogió de hombros con aire contrariado. No tenía ganas de bromas.

—Pero en cambio,—repuso el barón,—Virginia estaba siempre en mi camino.

Un día, me dijo:

—¿No ha quedado contento el señor barón del servicio de Ana Maria?

Aquella pregunta me sorprendió.

—¿Por qué decís eso?—la pregunté.

—¿Porque el señor la envió tan pronto!...

Ella está llena de pena y un tanto avergonzada; cree que no ha complacido al señor barón.

—¿Por qué cree eso?

Corté aquella conversacion con un mo-

vimiento de mal humor, añadiendo bruscamente:

—No sé lo que quereis decir.

Y me fuí al parque.

Puesto que lo conoceis no necesito describiroslo.

Eran las cinco de la tarde del día 30 de junio.

Esta fecha estará siempre impresa en mi memoria.

Los criados andaban cada uno por su lado ocupados en sus labores.

Los hortelanos trabajan en la huerta.

Los guardas hacían su servicio en el bosque.

Esperábamos gente á comer, de seguro no os acordareis, pero os esperábamos á los cuatro en el tren de las siete.

Había mandado á mi cochero que fuera á buscaros á Rambouillet con el *break*, y Angela, siguiendo su costumbre, había partido en su victoria para Montfort, á hostigar á unos amigos en su escondite, á los de Plezsis.

—Conocido,—dijo,—de Aubagny. ¡Portolillos en plena luna de miel!

—Entre paréntesis, debió de hacerles poca gracia,—dijo el doctor.

—El parque estaba, pues, desierto ó poco menos.—continuó el barón.—Me metí en él por huir de las preguntas de Virginia y de sus miradas que contenian cierta dosis de ironía. Y además tenía necesidad de estar solo. Para decirlo todo, desde que había vuelto á ver á Ana María, me sentía inquieto, atormentado, disgustado. Me faltaba algo y la tranquilidad de que gozaba antes, ó más bien, de que había gozado siempre, estaba turbada, comprometida.

Aquél día estaba el cielo ligeramente nublado, el aire era caliente y el tiempo estaba tempestuoso y pesado.

Las flores embalsamaban el ambiente.

En los prados que bordan el arroyo del Peray, había montones de heno.

En el momento en que pasaba por la estrella que forman las cinco avenidas de los grandes bosques, noté en el fondo del lado del estanque una sombra negra que se deslizaba de un árbol á otro como una gamuza.

¿Qué era aquella sombra? Evidentemente era una mujer, ¿pero qué mujer era?

Una violenta curiosidad se apoderó de mí. Me volvía la espalda y me había sido imposible reconocerla, así como á ella la era imposible verme.

Pero la idea de la pequeña bretona me asaltó en seguida la imaginación.

Me oculté detrás del tronco de un árbol y examiné con atención aquella sombra fugitiva.

Debía de ser ella, en efecto.

Tenía su estatura, su apostura, y en un rayo de sol que filtraba por entre las ramas de los árboles, creí ver relucir sus dorados cabellos.

¿A dónde iba?

A alguna cita, sin duda.

Confieso que mi primer movimiento fué de decepción y de cólera.

¡Me había engañado, pues, con su aire de ingenuidad, con aquella casta mirada de virgen que me dirigía con tanta timidez, con el rubor que subía tan repentinamente á su rostro, con las lágrimas tan prontas á salir de sus ojos!

¡Las mujeres todas son iguales!

Me acordé de la extraña entonación con

que me había contestado en la avenida Gabriel cuando la aconsejaba que se casara con el aduanero.

—¡No quiero casarme!... ¡Hubiera consentido ántes, tal vez... ahora he cambiado de parecer!

Porque, detalle singular, tenía grabadas en mi imaginación sus más insignificantes palabras, sus menores gestos.

Se explicaba muy naturalmente aquel cambio.

Algún amorello era la causa; alguna intriga de esas que ocurren todos los días en París, esta Gomorra de las costumbres, esta Sodoma moderna.

¡Estaba furioso por mi descubrimiento y dispuesto á fulminar los mas grandes anatemas contra el vicio, con un vigor muy sorprendente en mi boca!

¿Por qué? ¿De dónde procedía esta súbita indignación?

Observaba entretanto á la fugitiva con mirada celosa. La vi continuar su camino con las mismas precauciones, furtivamente, á través de los bosquecillos, como la caza que se oculta.

Desapareció, y en seguida, ¡vergüenza me da decirlo! me lancé en su persecución como el agente que sigue á un criminal, ó, mejor dicho, como un espía, para vigilarla y asegurarme de su falta.

Tomaba las mismas precauciones que ella.

Me deslizaba de árbol en árbol, procurando que la arena de los paseos ó las hojas secas no produjeran ruido bajo mis pies; me cubría con los arbustos que encontraba en mi camino; yo también avanzaba furtivamente, como un malhechor, y al cabo de diez minutos de marcha, llegué, por fin, á la orilla de los bosques que limitan por un lado el estanque de Marnes.

No había vuelto á ver á la fugitiva.

Allí me detuve á la sombra de una encina secular, cuya inmensa copa estaba sostenida por un enorme y bajo tronco, y me orienté.

## VII

El paraje que servía de marco á la escena que voy á contaros, es hermoso como un paisaje de Troyon ó de Rousseau.

Allí no se cree uno estar en un parque de las inmediaciones de Paris, sino en algún rincón de los bosques de la Nièvre ó de la Normandía.

A mi izquierda, el arroyo, detenido por una presa en una garganta profunda, formaba un estanque de unas quince fanegas de extensión.

No, es el infinito; pero ya es una extensión bastante considerable y forma un pequeño mar interior de alguna importancia.

El agua reflejaba los rayos de un ardiente sol, y ni una oscilación alteraba la superficie.

Este estanque está cercado por todas partes de bosques, excepto en un pequeño claro,

Desapareció, y en seguida, ¡vergüenza me da decirlo! me lancé en su persecución como el agente que sigue á un criminal, ó, mejor dicho, como un espía, para vigilarla y asegurarme de su falta.

Tomaba las mismas precauciones que ella.

Me deslizaba de árbol en árbol, procurando que la arena de los paseos ó las hojas secas no produjeran ruido bajo mis pies; me cubría con los arbustos que encontraba en mi camino; yo también avanzaba furtivamente, como un malhechor, y al cabo de diez minutos de marcha, llegué, por fin, á la orilla de los bosques que limitan por un lado el estanque de Marnes.

No había vuelto á ver á la fugitiva.

Allí me detuve á la sombra de una encina secular, cuya inmensa copa estaba sostenida por un enorme y bajo tronco, y me orienté.

## VII

El paraje que servía de marco á la escena que voy á contaros, es hermoso como un paisaje de Troyon ó de Rousseau.

Allí no se cree uno estar en un parque de las inmediaciones de Paris, sino en algún rincón de los bosques de la Nièvre ó de la Normandía.

A mi izquierda, el arroyo, detenido por una presa en una garganta profunda, formaba un estanque de unas quince fanegas de extensión.

No, es el infinito; pero ya es una extensión bastante considerable y forma un pequeño mar interior de alguna importancia.

El agua reflejaba los rayos de un ardiente sol, y ni una oscilación alteraba la superficie.

Este estanque está cercado por todas partes de bosques, excepto en un pequeño claro,

de donde surge una verde pradera entre dos taludes escarpados, cubiertos de brezo, por encima de los cuales proyectan los álamos sus delgadas siluetas.

Delante de mí, en el fondo, en el sitio en que las aguas son más profundas, un grupo de sauces llorones, de un efecto muy decorativo, me impedía por completo ver lo que pasaba al otro lado.

Me era imposible ver si debajo de sus ramas inclinadas, de las cuales las más largas llegaban hasta el agua, había alguna persona.

A mis piés, bajo la encina que me ocultaba, bajaba el terreno en pendiente rápida hasta la orilla del estanque de modo que lo dominaba de un extremo al otro.

Durante algunos minutos no ví nada ni oí ningún ruido.

Me creía que había equivocado el camino y que mi fugitiva habría marchado hacia otro lado, cuando un martin-pescador pasó por delante de mí lanzando ese ligero grito, tan conocido de todos los que frecuentan las orillas de los ríos.

Me pareció que el pájaro huía de los sauces.

Dirigí hacia aquel lado mis miradas.

Me pareció que llegaba á mi oído el ruido producido por un cuerpo sobre la yerba y ramas secas.

Redoblé la atención.

Muy pronto noté en el agua un cabrilleo y un movimiento raro.

Oculto por el tronco de la encina y por algunas ramas de castaños de grandes hojas, vi una cabeza rubia salir del agua entre las últimas ramas de los sauces.

Paseaba su inquieta mirada, así lo creí al menos, por todas partes: no vió á nadie y quedó tranquila al parecer, porque á partir de aquel momento pude asistir á uno de los más arrebatadores espectáculos que pueden encantar la vista de un hombre.

A través del agua distinguí un cuerpo de mujer joven, de graciosos movimientos y de una forma admirable.

Jamás nadador alguno se ha manejado con mas desahogo que la náyade misteriosa que se sumergía delante de mí ó se levantaba horizontalmente hasta la superficie, en una actitud tan rígida como la de una estatua.

De cuando en cuando se colocaba de modo que parecía que estaba en pie entre los nenúfares, que con sus hojas planas y sus corolas de un amarillo pálido, cubrían acá y allá la superficie, y entonces se mostraba por completo su garganta, blanca como la leche y tersa como el marmol de una *Hébe*.

Después hendía el agua con una rapidez admirable, atravesaba el estanque en pocas brazadas, y se entretenía en hacer saltar las ces de diamantes al sol, agitando el agua con sus diminutas manos.

Se acercó un momento á la encina en donde yo estaba oculto, y pude ver á aquella hermosa y ágil joven tendida en el húmedo lecho con un abandono y una gracia, que no olvidaré jamás.

Descubrí en ella tesoros que no había hecho más que medio sospechar, brazos perfectamente modelados, hombros encantadores, cuello de una pureza de líneas incomparable, todo, en fin, lo que es capaz de enloquecer á un hombre y excitar sus pasiones.

Yo no hacía un movimiento.

A decir verdad el corazón me latía con más violencia y contenía el aliento.

Estuvo como una media hora dentro del agua, más bien tendida en su superficie, indolente y pensativa, con una expresión de tristeza que se marcaba mucho en su hermoso rostro.

Después la ví desaparecer bajo la bóveda impenetrable de los sauces.

Por nada del mundo hubiera querido que sospechara ella el espionaje á que yo me había entregado.

Al cabo de algunos minutos abandoné mi escondrijo, feliz por creerla inocente, y turbado hasta el fondo del alma por aquella visión que había hecho vibrar en mí todas las cuerdas del deseo.

No estaba lejos de concebir por ella una verdadera admiración.

Muy apasionado por la esgrima, la equitación y todos los demás ejercicios corporales, nacido como un tritón. Esto no obstante, estaba maravillado de la suprema gracia de la bretona. ¡En verdad que al verla bajo el humilde traje de una criada, nadie hubiera sospechado tanta gracia! En lo sucesivo me era imposible olvidar los ocultos tesoros que una casualidad me había revelado. No soy ni un

tonto ni un novicio y nuestra común experiencia hace que no ignoremos nada de lo que se puede aprender en una ciudad como París. Sin embargo, no había visto jamás una perfección de formas que se pudiera comparar con los de la joven.

Ana-María, aquella hija de la miseria, aquella criada oscurecida, tal vez despreciada, era la juventud en todo su esplendor, la primavera en toda su eflorescencia.

Di un rodeo para salir al camino que ella debía seguir y tomé el paso del hombre que pasea a la casualidad, con la esperanza de encontrarla.

Del estanque al castillo hay cerca de media legua, á través de los sotos, de las praderas y de los macizos de árboles.

Yo había tomado bien mis medidas.

No tardé en verla que venía hacia mí y avancé hacia ella.

Desde que me vió se puso colorada.

Como os he dicho, desde mi llegada á Marnes, apenas la había dirigido la palabra.

—¿Sois vos, Ana-María?—la dije cuando estuvo cerca de mí. ¿Venís sola?

—Sí, señor barón.

—¿De dónde venís?

—De paseo.

—Haced bien. ¿Os gusta estar aquí, hija mía?

—Mucho, señor. Sería muy <sup>f</sup>descontentadiza si así no fuera. Esto es hermoso. ¡Este parque parece un paraíso!

—¿No os falta nada?

—¿A mí?

—Sin duda, á vos...

—¿Qué podría yo desear?

—¡En vuestro país teneis el mar!

—Es verdad.

Un prolongado suspiro, que yo había notado siempre que la hablaba de la Bretaña, inchó su pecho.

Yo repuse:

—¡Es hermoso el mar! Cuando se ha vivido cerca de él se le hecha de menos siempre. Nada le reemplaza. He oído decir esto y lo creo.

Ana-María se mordió los labios y sus ojos se humedecieron.

Al mismo tiempo murmuró en voz baja.

—¡Cuánta razón tenéis!

Me puse á su lado y echamos á andar.

Yo había vuelto atrás por acompañarla.

—Vos debeis saber nadar, Anita—la dije. Se sonrió y levantando hacia mí los ojos, me dijo.

—¿Y vos, señor barón?

—¿Yo? aprendí desde pequeño.

—Yo también sé—me dijo—Cuando éramos muy pequeños mi hermana y yo, nos arrojaba mi padre al agua como á un gato y nos dejaba que nosotras nos arregláramos para salir.

Y añadió con voz, cuya dulzura me hizo estremecer.

—No me acuerdo de haber aprendido nunca.

Las palabras no eran nada; era el sonido de música deliciosa.

—¡Pues bien!—repuse os alegrareis mucho cuando vayamos al caserío de Hennequeville, porque allí también hay mar.

Hizo un gesto de desden con los labios.

—¡Si hay mar, pero no es lo mismo que el nuestro, ¡oh no!

Y enseguida, con una vivacidad extraordinaria, que no había yo visto jamás en ella—añadió:

—El agua de vuestro mar es turbia, en la playa hay siempre una multitud que asusta á las gaviotas: la arena está cubierta de impurezas y el lodo negro, que sale no se sabe de donde, ensucia los pies desnudos que le pisan. En nuestro país, el mar está cubierto por un cielo azul, azul pálido como nuestros ojos, el agua es verde, agua de color de esmeralda, como decís vos, en el fondo de las rocas que cubre. Cuando me bañaba por la noche nadie me miraba más que las estrellas y permanecía algunas veces más de dos horas, á la claridad de la luna, adormecida, por decirlo así, por la ola que me mecía. No he conocido muchas más caricias que las suyas. Los delfines jugueteaban á mi alrededor pero no me tocaban. ¡Mi hermana Ivona murió de sentimiento por no poder ver el mar! ¡Estoy segura de que este era su gran sentimiento en su triste huardilla y en su lecho del hospital. Cuando se ha visto el mar, no se le quisiera abandonar nunca y se acuerda uno siempre de él con dolor. ¡Ah! señor, os lo ruego, no me habléis de él, no me habléis de él nunca!

Quedé lleno de estupor al escucharla. Me

acuerdo perfectamente de sus palabras y no las he cambiado en nada.

Pero me acuerdo cien veces mejor aún del tono conque fueron pronunciadas.

Vibró en mis oído y no tengo más que reconcentrarme para oírlo de nuevo.

Era la poesía del sentimiento, la pesadumbre de la separación el rencor contra el destino que arrebatara con los descarnados dedos de la miseria á esas pobres muchachas al suelo que las ha visto nacer, á su país que no las alimenta, que las arroja como ganados al mercado de esclavos, al cual quieren ellas sin embargo con todo su corazón.

No encontré una palabra que responderla. Seguí á su lado en silencio.

Los primeros toques de la campana, que anunciaban la hora de la comida, me llamaron á la realidad.

Pensé en mis deberes de amo de casa y en mis convidados, que llegaban ya porque oía un ruido de coches hacia el lado de las cocheras.

Completamente aturdido aún, me separé de Ana-María diciéndola:

—¡Hasta la vista, hija mia! ¡Animo!

Mi voz debió parecerla lijeramente alterada y me dirigí á toda prisa hacia nuestro *break* que en aquel momento se paraba al pié de la escalera del castillo.

Sin duda mi cara estaba alterada como mi voz. porque Mortimer me dijo al verme:

—¡Diablo! ¿qué teneis? ¿estais enfermo?

—No—contesté.

El barón se volvió hacia el lado del doctor y le preguntó:

—¿Os acordais de esto, doctor?

## VIII

A partir de aquella tarde, sufrí una completa transformación.

Durante ocho ó diez días que permanecimos en el campo, huía de la gente. Me puse nervioso. El menor ruido me crispaba los nervios. Me paseaba horas enteras por los sitios más retirados del parque, pero jamás hacia el lado del estanque, como si hubiera tenido miedo de encontrar allí á Ana-María.

Únicamente una mañana, cuando ella estaba ocupada en el castillo, y por consecuencia seguro de que no la encontraría, fui á dar un paseo hacia los sauces.

Comprendí que Ana-María debía haber vuelto á aquel sitio con frecuencia, porque la hierba estaba pisada en el sitio en donde se desnudaba, y hasta encontré allí un pedazo de cinta que ella había olvidado sin duda. Procuraba no encontrarme con ella.

No hubiera sabido qué decirle.

No soy tímido, y sin embargo Ana-María me causaba una cortedad, un malestar que no he sentido jamás al lado de ninguna mujer.

A veces la veía de lejos, en las ventanas del primer piso; pero ya no era la ondina que tanto me había encantado y cuya visión, entrando por los ojos, había llegado hasta el corazón.

Esta idea me perseguía y mi preocupación se hizo visible, al punto de que hasta la baronesa, tan indiferente á todo lo que no fuese mundano torbellino, lo notó.

Una tarde, á eso de las cuatro, estaba yo sentado, ó más bien tendido en un banco rústico, al lado de una canastilla de rosales completamente floridos.

Por extraordinario, aquella noche no teníamos invitados y Angela no hacia visitas.

Esto era un milagro.

No pensaba en nada. Estaba dominado por una somnolencia en medio de la cual veía flotar la imagen de mi bañista, cuando oí crujir la arena bajo los pasos de alguien que se acercaba á mi banco.

Me encontraba á unos descientos metros del castillo en un aislamiento absoluto.

Me incorporé y ví á Angela, vaporosa, con un vestido yo no sé de qué tela, lana y seda, de un color indefinible, crema y rosa té, demasiado escotado para de día.

Angela posee en grado supremo el arte de la *toilette*. No os extrañará que le haga esta justicia.

En eso es de primera fuerza, lo cual no tiene nada de sorprendente, puesto que es casi su único estudio.

Al verla, tomé mi primera posición y aquel movimiento, en el cual creyó sin duda ver una indiferencia que no existía, la puso de mal humor.

—¿Os aburro, amigo mio?—dijo.

—No lo creais.

—Os molesto al menos...

—A fé mia—repliqué yo medio incorporándome—que si así fuese no tendría razón, porque esto os ocurre tan pocas veces. ¿No tenéis hoy visitas que hacer?

—No, no hay un alma en el país; todo está vacío á nuestro alrededor.

—¿Ya?

—¿Como os lo digo! Me he asegurado de ello.

—Os creo.

—Los de Besse están en Vichy... Los Mercantil en Dieppe... Los Ménard en Aix... y así todos. Marnes se va á hacer inhabitable.

—Cuando no hay nadie es cuando gozo en él.

—Sí... lo sé... Sois filósofo...

—¿Y vos?

—¡Yo, ni pizca!

—¿Entonces?

—¡Si nos fuéramos á Henneville!

—¿Ya?

—Llega el mes de agosto... y con él las carreras de Deanville.

—¡La temporada! ¡oh! sí—dije yo bromeando.—Es preciso no faltar.

—Pero estais interesado en ello, á lo que parece... ¿Tiene suerte vuestra caballeriza?

—No lo sé. No soy yo quien tiene el mango de la sarten... Para una vigésima parte que tengo en el negocio... Por lo demás, va bien.

—¿No estais inquieto?—me preguntó la baronesa, mirándome con atención.

—¿Por qué?

—Por alguna cosa.

—¡A fé mia que no!

—¿No estais preocupado?

—¿Por qué me lo preguntais?

—Por hablar.

—¿Por qué mentir? Vos teneis una idea. Decidla.

—Una idea vaga, absolutamente vaga.

—No importa, decidla...

—Es que desde hace poco tiempo no sois el mismo...

—¿Con vos?

—Conmigo... no;—dijo haciendo carocas—pero con todo el mundo.

—¿Creeis eso?

—Estoy segura de ello. Esta misma mañana me lo hacía notar Virginia.

—¡Virginia!

—Sí. Me decía: No sé que tiene el señor desde hace cinco ó seis semanas... Está muy sombrío.

—¡Bah! Virginia se equivoca.

—¡Oh! Es muy sagaz... ¡Tiene un ojo!...

—¡Y, sobre todo, una lengua!...

—Que no es peor que las de otras.

—¡De vibora!

—Vos no la queréis, amigo mío, y no tenéis razon... Virginia no dice nunca más que bien de vos... Por otra parte, podéis estar seguro de que yo no la consentiría que hablase de otro modo.

—No lo dudo... ¡Gracias!

Debo confesarlo, para vergüenza mía.

No había allí más que un anecho diván cerca del canastillo de rosales, y aquél diván lo ocupaba yo todo.

Angela estaba en pié, delante de mí, deshojando rosas marchitas, que cortaba de los rosales.

No afirmaré que el cuadro que presentá-bamos fuese capaz de tentar el pincel de un Heilbuth; pero no era desagradable, al ménos por parte de la mujer.

El vestido color crema hubiera sido de buen efecto en aquél paisaje, freseo y perfumado, en que el verdor de la pradera se destacaba del amarillo dorado de los paseos, de la profusión de flores y del azul del cielo, que era de una fluidez y de una delicadeza extremas.

Solo que yo desempeñaba al natural un

papel de descortés, ó al ménos de egoísta. Así lo comprendí, y tomando una postura ménos invasora, ofrecí á Angela un sitio á mi lado.

Ya fuese porque agradeci6 aquella simple y por otra parte tardía atención, ya porque se encontrase en uno de esos momentos de expansión que, debo decirlo, eran muy raros en nuestra existencia conyugal, esto importa poco, el caso es que se volvió hacia mí y con un acento á que yo no estaba acostumbrado:

—¡Claudio,—me dijo,—debeis tener alguna pena.

—¿Qué os hace creer eso?

—Todo y nada... Vuestra metamorfosis...

—¿Tan cambiado estoy que todo el mundo lo nota?

—¿Qué es eso... todo el mundo?

—Os cité á todos.

—¿Quién? Mortimer, Fresneuse, De Aubagny, el mismo Desvaux, á pesar de estar tan preocupado con sus enaños y sus asuntos.

—Tienen razón. Estais enfermo tal vez... al ménos sufrís.

—No, que yo sepa...

—¿Entonces, será un padecimiento moral...

una pena?

—Pero, mi querida amiga...

Me cogió una mano.

—Vamos á ver,—dijo,—yo sé bien que tengo mucho que reprenderme...

—¡Vos!

—Cierto. Os acompaño poco. Tengo siempre en la cabeza alguna partida. Olvido los deberes de mi casa... Me gusta la sociedad. Hago mal...

—Exagerais.

—No.

—Os aseguro que yo no me quejo.

—Sois indulgente... pero comprendo que tengo muchas faltas... No me ocupo más que de la *toilette*... No hago más que recorrer los almacenes... Esto es una verdadera locura...

Estaba encantadora al acusarse.

—Es por embelleceros—la dije.

—Al ménos—repuso con viveza—si soy coqueta, no es por los demás...

Casi se enterneci6.

—Es por vos—me dijo—es por tí, Claudio.

Nos has tenido jamás grandes reprensiones que dirigirme...

—¡Dios me guarde de ello!

—En el fondo soy mejor que parezco, por mi honor, puedo jurarte que no he tenido un pensamiento serio... ya me comprendes... que no haya sido para tí. Mientras estabas alegre, lleno de salud y de buen humor, yo no pensaba en nada, cedía á mi capricho; me dejaba llevar. Pero desde que te veo pensativo, melancólico, enfermo tal vez, aunque lo niegues, pienso en que no he cumplido bien con mis deberes.

Al decirme esto me sonreía con un abandono, del cual no debería hablaros, y acercándose á mi oído añadió:

—¡Ah! ¡tienes razón para quejarte!

—¡Yo!

—Sin duda.

—No he tenido jamás esa intención, ni derecho á hacerlo, sobre todo.

—Lo dices por bondad...

—¡Vamos, basta de locuras!

—Nuestro matrimonio no es feliz.

—¿Por qué?

—¡A causa de un agravio de que no hablas jamás, y estoy segura de que lo guardas aquí, en el fondo del corazón, contra mí!

Puso una mano sobre mi pecho.

—Te equivocas, en verdad, no pienso en eso nunca.

—Yo, sí, pienso algunas veces en eso, y aun pienso con frecuencia; y, para decirlo todo, si soy tan arrojada, tan corretona, es un poco por aturdirme, porque lo siento tanto como tú.

Yo había ya comprendido á qué se refería.

—¡Sin hijos!—murmuró con un acento tan conmovedor, que la cogí en mis brazos y la dije:

—No tengas penas. ¿Qué quieres? Esa es nuestra desgracia... Cada uno tiene la suya. Si no fuera por eso, seríamos demasiado felices, pero conformémonos.

Enjugué con mis labios las lágrimas que brotaban de sus ojos.

De pronto se oyó el ruido de un carruaje que fué á pararse á la puerta del castillo. Angela se desprendió de mis brazos y me dijo sorprendida:

—¡Toma! Viene gente.

—¿Esperabas á alguien?

—¡No... á nadie!

—¿Quién puede venir?

—Voy á ver.

Marchó de prisa hacia el castillo.

Me levanté á mi vez.

En el momento en que Angela se separó de mis brazos, me pareció haber oído un ruido extraño en un macizo de lilas y de alheñas á pocos pasos del diván, á la orilla del paseo.

Me pareció haber oído un roce de ramas secas y de yerba, y un grito ahogado: pero tan ligero, que en resumen dudaba de mis oídos.

No obstante, me acerqué á aquel macizo.

Un espectáculo imprevisto me esperaba allí.

## IX

Al pié de los arbustos yacía una mujer desmayada.

Aquella mujer era Ana-María.

¿Cómo se encontraba allí? ¿De qué proveñía su indisposición?

No lo dudé un segundo.

Su cara estaba pálida como la cera. Su boca entreabierta, dejaba ver sus dientes de resplandeciente blancura; sus labios, de ordinario tan encarnalados como la sangre más pura, estaban descoloridos.

Dirigí una mirada rápida á mi alrededor.

Felizmente no habia nadie cerca de allí.

Entónces me arrodillé á su lado y la llamé despacio.

A pocos pasos de allí habia un estanque que recibía el agua del manantial. Empapé mi pañuelo y bañé la frente de la joven.

Marchó de prisa hacia el castillo.

Me levanté á mi vez.

En el momento en que Angela se separó de mis brazos, me pareció haber oído un ruido extraño en un macizo de lilas y de alheñas á pocos pasos del diván, á la orilla del paseo.

Me pareció haber oído un roce de ramas secas y de yerba, y un grito ahogado: pero tan ligero, que en resumen dudaba de mis oídos.

No obstante, me acerqué á aquel macizo.

Un espectáculo imprevisto me esperaba allí.

## IX

Al pié de los arbustos yacia una mujer desmayada.

Aquella mujer era Ana-María.

¿Cómo se encontraba allí? ¿De qué proveñía su indisposición?

No lo dudé un segundo.

Su cara estaba pálida como la cera. Su boca entreabierta, dejaba ver sus dientes de resplandeciente blancura; sus labios, de ordinario tan encarnalados como la sangre más pura, estaban descoloridos.

Dirigí una mirada rápida á mi alrededor.

Felizmente no habia nadie cerca de allí.

Entonces me arrodillé á su lado y la llamé despacio.

A pocos pasos de allí habia un estanque que recibía el agua del manantial. Empapé mi pañuelo y bañé la frente de la joven.

Pronto abrió los ojos, y al verme hizo un gesto de terror.

Un grito iba á salir de sus labios.

Poniendo un dedo en los míos, le indiqué que callara.

¿Me comprendió?

Sin duda, porque cerró los ojos y suspiró.

Este encuentro era una revelación para mí.

Anita había oído algunas palabras de mi conversación con la baronesa; había visto el beso que yo la había dado, y aquel beso la había herido en el corazón.

¡Anita me amaba!

Esta era la explicación de aquellas palabras que me habían parecido enigmáticas.

—¡Ya no quiero casarme!

¡Pobre muchacha!

Por suerte era yo el único que podía adivinar este secreto.

¿Quién es el hombre que no quiere á una niña, porque Ana-María no era más que una niña, á pesar de que por su edad era ya una mujer, que tiene por él tal sentimiento?

—¿Cómo estábais aquí?—la pregunté, ha-

ciendo que se sentara en el mismo sitio que Angela acababa de abandonar.

—La señora baronesa había salido... Virginia la vió dirigirse hacia aquí... y me envié á buscarla...

—¿Y qué os ha sucedido?

—No sé lo que he sentido... el calor... un desvanecimiento... Perdí el conocimiento.

Anita se levantó.

Los colores volvían á su culis, fino como el satén.

—Estoy mejor—dijo.—Esto no es nada. Me voy.

—¡No, quedíos aún!

—¿Por qué? Les llamará la atención mi ausencia.

—Estais demasiado débil... Esperad.

—Sobre todo, ruego al señor barón que no diga á nadie lo que me ha ocurrido... ¡Me da vergüenza!... ¡Y además la señora podría despedirme... y sería tan desgraciada no estando yo aquí!

—No diré nada, Anita. Yo tampoco quiero que os mareis.

Estaba en pie delante de mí.

Sentí vibrar todo su cuerpo como un arpa

bajo los dedos del músico que la toca, y me apresuré á añadir, para atenuar lo que hubieran tenido de demasiado expresivas mis palabras:

—Además, ¿qué tendrían que censurarnos? No temais nada! Tranquilizaos. Virginia no los echará de menos.

La decía esto sonriendo.

Leí en sus grandes ojos un infinito agradecimiento por la dulzura con que la hablaba, y como se volvía hacia el castillo, la llamé con un gesto.

—A propósito de Virginia — la dije, — acordaos de mi consejo. No seais demasiado confiada con ella. Y si teneis secretos, hija mía, guardadlos para vos sola.

—Así lo haré, señor.

Pronunció estas palabras con voz tan débil que apenas las oí, y sin atreverse á mirarme se alejó.

Sus cabellos parecían de oro á los rayos del sol, y su cuello tomaba los colores del ambar, bajo sus espesas trenzas.

Pero su talle se doblaba y su frente se inclinaba hacia la arena del paseo, como si una carga demasiado pesada la agobiara.

Quedé clavado al suelo y en una gran perplejidad.

Nada tenía que censurar á Angela, y sin embargo, para ser sincero, debo decir que ya no la amaba, en el verdadero sentido de la palabra, al menos con ardor.

No sé cómo explicar bien lo que sentía hacia ella.

Hacia quince años que estábamos casados, y creo que á ninguno de los dos nos había ocurrido la menor idea de una separación.

Al contrario.

Estábamos ligados por la costumbre, por el interés; me hubiera costado mucho abandonarla y cambiar en lo más mínimo perdiéndola; ella formaba parte de mi casa, como el mueble más precioso y más decorativo; pero no excitaba en mí, ó los excitaba por raros intervalos, los violentos deseos de otros tiempos; era indispensablemente la dueña de la casa y por nada en el mundo hubiera yo consentido que se la disputara ese título y esa autoridad; pero á pesar de ese indisputable y perseverante encanto, ya no era ella la dueña de su marido.

Desde hacía muchos años no había tenido

Angela un minuto de expansión como el que acababa de sorprenderme y de impresionarme profundamente; pero aquella explosión llegaba demasiado tarde y no removi6 más que cenizas casi apagadas.

Y además ella había dicho la verdad.

Yo tenía un agravio contra ella. Este agravio era mi casa vacía, este techo sin criaturas, esta fortuna sin herederos, nuestra unión estéril, triste como un campo sin cosecha, como un nido sin cánticos.

Yo estimaba á Angela; era para mí más que una amiga.

Era mi mujer; llevaba mi apellido y me gustaba su elegancia y su belleza; pero ya no la amaba.

No la amaba al menos como á aquella niña á quien acababa de escapársele su secreto.

Porque la chispa al saltar había prendido fuego á más de un costado.

Estaba conmovido por aquella pasión que no se atrevía á declararse y que acababa de manifestarse involuntariamente, tal vez sin saberlo.

Pensaba también que debía aprovecharse porque sería sin duda la última que inspira-

ría y que se necesitaba tener un alma sencilla ó inocente para querer á un hombre de mi edad.

Me hago justicia.

Me preparo para bajar la vertiente de la montaña y por humilde que fuese esa hija de la salvaje Bretaña, tenía al menos en su favor la juventud y un innegable encanto que podía escaparse más que á los que colocan la *toilette* antes que la belleza y dan más valor á un traje bonito que á una bonita persona.

Yo no soy de esos.

Gracias á la escena del estanque, Anita tenía para mí pocos secretos, y, francamente, mi experiencia pasada, me hacía entregarme á una serie de comparaciones que, casi todas, por no exagerar nada, eran en ventaja suya.

En fin, los sentimientos no se razonan.

Se experimentan.

Desde hacía quince días, yo no hacía más que pensar en mi bañista.

¿Y pensar en ella con tanta persistencia, no era desearla y amarla?

Reflexionando esto, me decía que la ilusión ya no era posible.

Me encontraba encantado y aquel encanto era inevitable.

¿Pero qué partido tomar?

Yo no quería cometer una ingratitud en mi casa y además aquella muchacha me inspiraba una compasión mezclada de ternura, que me impedía hacer de ella mi querida y degradarla, colocándola en la categoría de las entretenidas.

En su sencillez, con su ignorancia de las cosas del mundo, ella hubiera aceptado todo lo que yo hubiera querido proponerla, tenía seguridad de esto.

La prisión de una de esas habitaciones que exhalan el aburrimiento, en donde encierran sus amores los vividores; el cuarto mal amueblado que el propietario modesto y quincuagenario ofrece á la modesta á quien seduce; el lujo de las mundanas que se consagran al placer de los demás, y quienes con frecuencia, habiendo sido sirvientas como Ana-Maria, llegan á tener á su vez quien las sirva y reciba al amante, que se permite un hogar suplementario y clandestino.

Yo lo había leído en sus ojos.

Ana-Maria estaba á mi discreción; me per-

tenecía en cuerpo y alma, completamente y sin reserva, sometida como por hechizo, era una de esas posesiones diabólicas que se conjuraban en otros tiempos con agua bendita.

Cedía sin defensa al más irresistible de todos los poderes, á la embriaguez más capital y turbadora.

¡Al amor!

Pero os lo aseguro, sin estar dotado de excesivos escrúpulos, sin que quiera hacer creer que soy mejor que lo que en realidad soy, dos escrúpulos me detenían, el de mi casa primero, y despues, y muy principalmente, el que se tiene por la infancia ignorante y sencilla.

Dudareis tal vez de los raros sentimientos que se agitaban y confundían en mi cabeza; lo confieso sin embargo con toda sinceridad. Deseaba, es cierto, con violencia, á Ana-Maria, pero una especie de superstición me impedía ceder á aquel deseo.

Un temor de profanación me detenía.

Quise resistir aún.

Mortimer vino en mi ayuda.

—¿Yo? —dijo el médico.

—Vos mismo.

—¿Cómo?

—Me decidí á alejarme durante algun tiempo.

Faltaban unas tres semanas para las carreras de Deauville.

La misma noche de la escena del jardín, me quejé de vagos sufrimientos y como consecuencia de una consulta amistosa, fui á pasar unos quince días á Vichy.

—Francamente—interrumpió el doctor,—estaba lejos de sospechar la estratagema, pero sin que por eso tomase en serio lo de la enfermedad.

El doctor empleó una expresión más positiva y más libre.

La lengua que los académicos de hoy hablan en el boulevard, asustaría á su Diccionario de 1840.

—¿Qué supusistéis, pues, doctor.

—Yo?... una necesidad de distracción, de cambio de aire... algún encuentro premeditado... No hay aquí quien pueda ofenderse... No sé si los maridos han sido alguna vez fieles, pero de lo que sí estoy seguro, es de que no lo son hoy mucho.

—¿Y las mujeres?—observó el pintor.

El doctor sonrió con finura.

—¡Secreto profesional!

—Pues bien—repuso Chatel,—por lo que me concierne, os engañáis completamente,

—¿Marchábais por virtud?

—Como lo decís, por virtud.

—¿Luchando?

—Cuanto podía.

—No valía la pena. La experiencia me ha enseñado que en esa clase de luchas es uno siempre vencido. Es preferible someterse en seguida... Se acaba antes... En fin, ¿os pusistéis en camino?

—Angela quiso acompañarme. Su acceso de fervor persistía. Se sacrificaba por mí. Tomamos el tren los dos como dos enamorados.

—No vamos á compadecerte,—dijo Fresneuse.

—Aquello fué un veranito de San Martín para un amor que no batía más que un ala, una ráfaga de sol que hizo brotar retoños.

Angela estaba encantadora.

Yo hice cuanto pude por reconocer sus atenciones.

Pasamos quince días en el hotel de la Paz..

Teníamos allí conocimientos. Yo tragaba por fórmula algunos vasos de agua que me daban cólicos... Tomé una media docena de baños desagradables, sin ninguna utilidad para mí, y me consolaba de aquellas molestias con las acostumbradas escursiones á Randan, Chatillon y otros sitios infestados de turistas.

No tardé en cansarme y mi amable compañera de viaje participó de mi aburrimento.

¡Ah! ¡si ella hubiera comprendido la causa de aquél viaje, y, sobre todo, la de aquél aburrimento! ¡Qué cólera! ¡Con qué desdén hubiera medido aquella rivalidad imprevista! ¡Cuán vergonzosa y humillante la hubiera juzgado!

¡Una sirvienta! ¡Una de esas criaturas desheredadas que pasan inadvertidas, oscurecidas, á quienes apenas se mira y de quienes no se vuelve uno á acordar tan luego como la puerta de la calle se ha cerrado detrás de ellas!

¡Cómo se hubiera sublevado la raza!

Y, sin embargo, ¿de qué lado estaba la raza, causa de tanto orgullo?

Esas damas tan afinadas por la educación,

por el lujo de la gran vida, perfeccionadas por todas las costumbres de la elegancia moderna, son hermosas, espirituales, graciosas, sencillas; pero ¿cuántas de entre ellas poseen las exquisitas formas que la naturaleza había dado con tanta liberalidad á aquella hija de unos pescadores? ¡Aquellos incomparables cabellos, y, sobre todo, aquellos ojos, que hacían soñar y que tenían el reflejo del mar, que habían contemplado con tanta frecuencia y con tanto amor, como si él hubiera sido la verdadera pátria de Anita!

Aquellos ojos me perseguían en Vichy, día y noche, en los jardines del parque, en medio de la batahola de esas mundanas de todas las categorías, que codea uno en los sitios adonde se trasporta París, impulsado por la moda, en los salones del Casino; por todas partes, en fin.

Lejos de aquella muchacha, Vichy me pesaba terriblemente.

Por una feliz casualidad, Angela encontraba demasiado larga nuestra estancia, en aquel país, en donde se citan los enfermos crédulos esperando recobrar la salud perdida.

Ya sabéis que Angela no puede estarse

quieta nunca y que ha resuelto, ó poco menos, el problema del movimiento continuo.

Lejos de París, se apoderó de ella la nostalgia de las modistas, de las costureras, de los grandes almacenes y de los sastres de señoras.

Yo la dejé con toda intención prevenir mis deseos.

Ella fué quien dió la señal. Partimos.

Había expedido sus órdenes desde Vichy.

Todo nuestro personal estaba en camino para Hennequeville, cuando llegamos á París, en los primeros días de agosto.

Quedé en la averida Gabriel y la baronesa tomó el tren de Trouville.

Veinticuatro horas despues llegaba yo también al caserío de Lassaye.

El corazón me latía con un poco más de violencia.

Iba á verla.

## X

Ya conocéis Lassaye.

Es una vieja construcción maciza, capaz de resistir á los huracanes que sin embargo más de una vez han hecho destrozos en sus tejados.

Desde la elevación sobre que está construida la casa, se domina un panorama espléndido.

No perderé el tiempo en describíroslo.

La rada del Havre, la partida de los trasatlánticos, el faro del Heve, el mar hasta Ouistreham, y, por debajo de la casa, las costas de Hennequeville, cubiertas de villas y de verdor, llenas de árboles cuyo pie parece bañarse en el agua, forman un espectáculo que cambia á cada instante y ante el cual está prohibido el aburrimiento.

El parque que rodea la casa es estrecho, pero encantador.

En aquel fértil país, las mismas flores toman unas proporciones y un vigor que no tienen más que en los suelos privilegiados.

Cuando llegué allí, todo estaba admirable y floreciente.

Los jardines parecían verdaderamente encantados.

Debo añadir que podía gozar de ellos á mi sabor, porque estaba solo las tres cuartas partes del tiempo.

Mi mujer, muy corretona en Paris, lo es cien veces más durante nuestras estancias en Trouville.

Conoce allí á todo el mundo, desde la punta de Cabourg hasta las últimas casas de Villerville.

Así es que siempre estaba de visitas, de excursiones y de comidas, sin contar con las partidas de *law-tennis*, los bailes de por la noche y los *five o'clock*, que no me gustan ni pizea.

Se había vuelto á lanzar en su torbellino, en cuerpo y alma, siempre encantadora y de un humor tanto más agradable, cuanto que ella no ha conocido jamás ni necesidades, ni contrariedades, ni aun decepciones.

La vida le ha sido elemento.

Al día siguiente de mi llegada, á las nueve de la mañana, me paseaba en el parque, tranquilo; había recobrado la serenidad en presencia de aquella soberbia vegetación, por le magnífico espectáculo que tenía ante mis ojos y tal vez también por tener cerca de mí á Ana-Maria, á quien encontraba tal como estaba á mi partida, ó mi huida, cuando me abordó mi ayuda de cámara.

Vosotros conocéis á Fermín.

Tiene cerca de cuarenta años. Está á mi servicio hace unos doce, y ha reunido un capitalito.

Le he ayudado con mis consejos, y algunas veces con mi bolsillo.

Me gusta ver á mi alrededor caras felices.

Fermín es un hombre sério y reflexivo que da siete vueltas á la lengua antes de decir á cualquiera:

— ¡Dios os bendiga!

Juzgad el tiempo que empleará en tomar una de esas resoluciones graves que comprometen el porvenir.

Su cara, afeitada como la de un cómico, me pareció más circunspecta que de ordinario.

—Descaria hablar al señor barón—me dijo dando vueltas á su gorro con cierto embarazo.

Fermin está muy calvo y lleva gorro de punto como un sacristán.

—¿Teneis algo que decirme?

—Sí, señor barón.

—Os escucho, amigo mío.

—Quisiera pedir un favor al señor barón.

—Si puedo hacerloslo...

—Si, si puede el señor hacerme el favor que deseo:

Tomamos un sendero tortuoso que conducía á un arroyo, formado por manantiales que broan de todas partes en aquel bendito pais.

Fermin me parecía perplejo.

Al fin se decidió.

—Señor barón,—me dijo—quisiera casarme.

—¡Vos!

—Sí, señor.

—¡Me admirais!

En efecto, Fermin me habia afirmado cien veces que despreciaba el matrimonio. Y debo decir que apoyaba su desden en razonamientos bastante buenos.

Las orgías que las gentes de servicio tienen frecuentemente en París, en los rincones consagrados á las gentes de servicio, no eran lo más apropiado para animarle.

Fermin las conocia tanto mejor, enanto que habia participado de ellas en grande, y que si bien era muy escrupuloso en su servicio, lo era muy poco en sus costumbres y que llevaba hasta donde le era posible, una vida muy alegre.

Se sonrió maliciosamente, y repuso:

—No os ocultaré que estoy enamorado.

—¡Me dejais estupefacto! Un viejo zorro como vos...

—Y haberse enamorado tan locamente, ¿no es verdad, señor?

—¡Diablo!

—Yo quisiera proponer á la joven...

—Pues bien, eso no es difícil. No teneis más que hablar. Proponédselo á quien quiera que sea.

Fermin apretó los labios y meneó la cabeza con aire inquieto.

Para animarle, le dije:

—No os encontráis mal, teneis una buena colocación...

—Eso es cierto.

—Economías...

—¡Bastantes!

—El asunto marchará, pues, por sí solo.

—No estoy seguro de eso. Ya he echado el anzuelo, y el pez no ha mordido. Además tengo rivales.

—¿Quiénes?

—Tengo muchos.

—¿En dónde?

—En casa del señor barón. Marcelo, el cocinero... El cochero de la señora.

Una idea me ocurrió.

—Explicaos, Fermín—le dije con viveza, no entiendo de enigmas.

—¿De qué se trata y qué deseáis? Estoy dispuesto á hacer lo que deseis; pero es preciso que sepa...

—Pues bien, señor barón, la mujer á quien quiero es la doncella de la señora.

—¿Virginia?

—¡Ah, no, Virginia no!... La otra, la pequeña, la bretona... Ana María ó Anita. Ella trastorna la casa. ¡No se lo que sienten todos por ella!

—¿Vos también, Fermín?

—No lo niego... El señor barón sabe como ocurren las cosas... Empezamos bromeándonos en los primeros tiempos... honestamente. Pero eso no cuajaba... Por más cosas que la decíamos al oído á la pequeña, se reía; pero sin animar á nadie... con tristeza... ¡Oh, no se incomoda! Es dulce como un cordero; pero tan hourrada, que sería un pecado atormentarla. ¡Y trabajadora, viva, atenta!...

—¿Entonces?

—Si el señor barón quisiera rogar á la señora que la dijera dos palabras...

—Lo haré.

—Y hablar en mi favor.

—¿Por qué no?

—La pequeña no será desgraciada conmigo...

—Sin duda.

—Espero que el señor barón no nos despedirá de su casa.

—¡Con seguridad que no!

—Dentro de quince ó veinte años, cuando yo ya no sirva para nada, tendríamos pan que comer, podríamos retirarnos y vivir cómodamente con nuestros hijos si los tuviésemos.

—Teneis razon.

—¿Entonces el señor barón me promete?...

—Sí, Fermín, os lo prometo. Hablaré.

—Doy mil gracias al señor barón.

—No os garantizo el éxito, porque como teneis rivales, pueden haberse adelantado á vos...

Fermín movió la cabeza, como el hombre que supone libre el puesto que quiere ocupar y se alejó repitiendo:

—Cuento con el señor barón. La pequeña esenchará á la señora.

—Es posible.

Fermín se alejó.

Cai sobre un banco rústico situado á la orilla del agua, apoyé los codos en las rodillas y cogí la cabeza entre mis manos.

## XI

Apenas me atrevo á confesar lo que sentí.

Fueron unos celos atroces, como si aquella muchacha me hubiera pertenecido, y una terrible ira contra el imbécil que se creía digno, no diré de disputármela, sino solo de pensar en ella.

Me parecía tan atrevido como si hubiera tenido la pretensión de canonizar á *Nuestra Señora*.

Diré más.

Me producía una impresión de disgusto como la que produce una babosa que se arrastra sobre un lirio.

¡El casarse con Ana-María!

Esto era una especie de sacrilegio, á mis ojos.

—Y ¿por qué no, después de todo?

¡Ella era de su categoría, de su clase... porque aun hay clases; estaban dedicados al

—Teneis razon.

—¿Entonces el señor barón me promete?...

—Sí, Fermín, os lo prometo. Hablaré.

—Doy mil gracias al señor barón.

—No os garantizo el éxito, porque como teneis rivales, pueden haberse adelantado á vos...

Fermín movió la cabeza, como el hombre que supone libre el puesto que quiere ocupar y se alejó repitiendo:

—Cuento con el señor barón. La pequeña esenchará á la señora.

—Es posible.

Fermín se alejó.

Cai sobre un banco rústico situado á la orilla del agua, apoyé los codos en las rodillas y cogí la cabeza entre mis manos.

## XI

Apenas me atrevo á confesar lo que sentí.

Fueron unos celos atroces, como si aquella muchacha me hubiera pertenecido, y una terrible ira contra el imbécil que se creía digno, no diré de disputármela, sino solo de pensar en ella.

Me parecía tan atrevido como si hubiera tenido la pretensión de canonizar á *Nuestra Señora*.

Diré más.

Me producía una impresión de disgusto como la que produce una babosa que se arrastra sobre un lirio.

¡El casarse con Ana-María!

Esto era una especie de sacrilegio, á mis ojos.

—Y ¿por qué no, después de todo?

¡Ella era de su categoría, de su clase... porque aun hay clases; estaban dedicados al

mismo servicio, les esperaba tal vez la misma suerte, el mismo porvenir!

¡Ana-María vivía entre aquellos criados, comía en su mesa, dormía en el mismo piso y tal vez se dejaría seducir por sus proposiciones y por la perspectiva de un casamiento que la asegurara un compañero, un apoyo!...

La proposición de Fermín era muy natural, y sin embargo me desesperaba.

Me había costado mucho trabajo contenerme delante de él, y el tono con que yo le contestaba hubiera sonado en sus oídos con alguna ironía, si el hubiera estado menos preocupado de su propósito y de la misión de confianza con que me honraba.

Yo estaba indignado por su audacia, y porque además me había hecho saber cosas que me hacían mucho daño.

Ana-María promovía una revolución entre los criados.

¡Su encanto tenía tanto atractivo que seducía hasta á aquellos brutos!

Desde que supe que eran mis rivales, no tenía bastante desprecio para ellos. ¡Como si sus derechos no hubiesen sido iguales á los míos!

Me levanté furioso al cabo de un instante. Como Tarquino, decapité con mi bastón cuanto encontré á mi paso, y hubiera querido que lo que encontré fuera la cabeza de aquel idiota de Fermín, ó del estúpido cochero, que se permitían estar enamorados de mi estrella.

¿Por qué idiota? ¿Por qué estúpido?

En resumen eran buenas gentes, tan inteligentes como otras, bien formadas, de fisonomía simpática, y de quienes jamás había tenido que quejarme.

Y aun creo que me querían con sinceridad.

Yo no soy de esos que desprecian á las gentes que les sirven.

La suerte del nacimiento es quien hace únicamente los marqueses, los príncipes y los ricos.

Conozco ayudas de cámara y mozos de labranza que tienen más arrogancia que hijos de duques, y también mejor aspecto y mejor figura: al compararles con sus amos, se pregunta uno por qué milagro se han invertido los papeles, y si no es el amo quien debiera ser el criado.

Entre las mujeres la diferencia es menor aún: toda mujer joven, elegante y distinguida, tiene en su bolsillo sus futuros títulos de nobleza, títulos que una casualidad cualquiera puede hacer salir de él, como todo soldado del primer imperio tenía en la cartuchera su bastón de general.

Prueba de esto era la creciente pasión que se apoderaba de mí, hasta el punto de dominarme por completo y cuyo objeto era una pequeña bretona, sin un centimo, venida del fondo del Finisterre, y que un capricho de la suerte había empujado hacia mi casa, como un capricho del viento arrojaba la barca de su padre hacia alta mar ó hacia la costa.

Yo marchaba al azar, maquinalmente, acosado por mis desvarios, cuando á unos cien pasos de la puerta del castillo, estuve á punto de derribar á una persona que venía en dirección contraria.

Levanté la cabeza.

¡Era Virginia!

—Muy preocupado está el señor barón esta mañana—me dijo.

Mi primer movimiento fué de despecho, pero lo reprimí.

Ya os lo he dicho: detestaba á esa muchacha, y estaba seguro de que ella me odiaba cien veces más, sin que tuviera una razón para ello, tan sólo por instinto.

Pero ella podía darme algunos informes útiles.

Por otra parte, yo tenía necesidad de hablar con Ana-María.

En ciertos momentos, confiaba uno su amor á los árboles, á las fuentes, ántes que callarse.

Yo no quería confiar el mio á Virginia, pero me alegraba mucho de encontrar ocasión de hablarla de mi ídolo.

—¡Toma! ¿sois vos?—la dije.—Perdonadme. Estaba distraído.

—El señor barón no tiene necesidad de escusarse.

—Estaba pensando en una comisión que acaban de darme.

—¿Una comisión?

—Sí... y bastante delicada, por lo cual me alegro encontraros.

Virginia no ha sido fea. Aquellos á quienes les gustan las morenas, la hubieran encontrado muy de su agrado diez años ántes.

Alta, delgada, tiene elegante talle, posee el arte de la *toilette*, el talento de elegir lo que la favorece, y una cara de facciones delicadas y de espiritual malicia, en la cual lucen dos ojos negros de un fuego devorador.

Pero raya en los cuarenta, si es que no ha pasado ya de ellos.

Se seca de rabia.

La conduje con lentitud hácia el sitio de donde yo volvía, y cuando estuvimos algo distantes de la casa:

—Se trata de vuestra protegida,—la dije. Pareció querer recordar de quién se trataba.

—¿De mi protegida!—dijo.

—Sí, de Ana-María.

—¿Se ha fijado en ella el señor barón?

—No se trata de mí...

—Es muy buena, muy honrada y, en efecto, merece que se la proteja. Pobre chica, hermosa como es —porque cuanto más se la mira más encantadora se la encuentra— sin protección, estaría expuesta á tristes aventuras en París, que apenas conoce.

Virginia pronunció este corto discurso con un aire de inocencia muy engañador y muy hipócrita.

—Se presenta —repuse yo— una buena ocasión de que se libre de toda aventura.

—¡Bah!

—La piden en matrimonio.

—El señor barón me sorprende.

—Vos debéis saber algo de esto.

—Yo sé que la hace la corte más de uno... por galantería... ¿Cómo podría ser de otro modo? ¡Pero de eso al matrimonio!...

—¿De modo que nadie os ha hablado de esto?

—Nadie, señor barón,

—Hubiera creído que se habían dirigido á vos... desde luego...

—¿Quién?

—El cocinero... por ejemplo.

—A Marcelo no le gusta mas que burlarse de las muchachas.

—¿Creeis que no hay nada serio en ese asunto?

—¿Por parte de Marcelo?... Sin duda; de no ser así osulta con mucha habilidad su juego.

—¿Y Desrosiers?

—¿El cochero de la señora baronesa?

—Sí.

Virginia se sonrió.

—No diré nada de nuevo al señor barón al decirle que Desrosiers es libertino como ninguno... En verdad, que si mi protegida, como la llama el señor barón, se prestara en lo más mínimo á escucharle, la llevaría más allá de lo debido, pero la creo demasiado juiciosa... demasiado razonable... en una palabra, no creo que pueda haber inteligencias entre ambos.

—¿Y Fermín?

—¡Oh! ese, yo no se lo hubiera dicho al señor barón, pero está literalmente loco por ella. Y eso no me extraña... ¡Si yo fuese hombre! Ana María es un modelo adorable. ¡Yo que la visto, sé algo de esto... ¡Una alhaja!...

—Fermín es un hombre que vale tanto como cualquier otro.

Virginia movió la cabeza.

—¿A vuestro parecer hay probabilidades?

—Ninguna.

—Sin embargo, tiene una fortunita, conoceo sus economías... Además no es feo.

—¡Uf!

—En fin, ya no está en edad de cometer calaveradas.

—Sin duda.

—Me ha rogado que interceda por él. Vos podíais encargaros de esto, Virginia.

—¡Oh! el señor barón tendrá más autoridad que yo... Pero temo mucho que la gestión sea inútil.

—¿Por qué razón?

Virginia extendió las manos haciendo es gesto conocido que indica la ignorancia.

Yo la puse en un aprieto.

—¡Sed franca... Esa razón... debeis conocerla!...

—Si la conociera, no tendría motivo alguno para ocultársela al señor barón.

—La sospechais al menos...

—¡Un poco!...

—¡Sois muy inteligente... muy perspicaz!

—El señor barón me lisonjea.

—¿Cuál es vuestro parecer?

—¡Pues bien! voy á confiároslo, pero bajo el más profundo secreto, porque en el fondo la señora es muy severa... y además con una condición.

—¡Decidla!

—La de que el señor barón no ha de querer mal á esa pequeña, por quien tengo un vivo interés.

—¿Por qué la he de querer mal?

Virginia bajó la voz, y con mucho misterio añadió:

—Estoy casi segura de que tiene una pasión.

—¿De verdad?

—Muy grande!

—¿En qué lo conocéis?

—No lo sé.

—¿Pues entonces?...

—Está pensativa... Llorá á menudo cuando está sola... La he sorprendido llorando más de una vez. La he preguntado y no he podido sacarla una palabra. Eso no es natural, convendréis en ello. Temo que se deje seducir por alguno de los que la persiguen... Y eso sería una lástima... ¿El señor barón conoce el proverbio?... «Una perla...

—Muy bien.

—Es el caso más apropiado para aplicarlo.

—Tal vez. ¿De modo que suponeis que no aceptará á Fermín?

—Estoy segura de ello. Además, la he preguntado y no he conseguido nada. Si me permitiera el señor barón darle un consejo..

—¿Cuál?

—En el lugar del señor barón, he aquí lo que yo haría.

—Decid.

—La hablaría yo misma.

—¿Yo!

—Vos. Puedo enviárosla yo. La señora está en Trouville y no vendrá por lo menos hasta la hora del almuerzo! No son más que las diez. El señor barón tendrá tiempo de hablarla... Y entonces sabrá si en realidad puede tener Fermín alguna esperanza.

Yo me mostré indeciso.

En el fondo no lo estaba.

Virginia me sacó de apuros.

Me ofrecía un medio de asegurarme de los sentimientos de Ana María y de hablarla francamente, cosa que no podía hacer sin dificultad en aquella casa llena de gentes dispuestas siempre á ridiculizarlo todo y á entretener sus ocios murmurando de los demás.

—Teneis razón, Virginia,—la dije.—Enviádmela. Así sabrá Fermín á qué atenerse. Es preferible para ambos una situación clara... Id.

—¡Buena suerte tiene Fermín en tener un intermediario como el señor barón!—dijo.— Si Ana María accede, agradecido puede quedar porque no creo que piense ella en eso.

Se fué hacia la casa y poco después la ví que hablaba con mucha animación con la Bretona en una de las ventanas del primer piso. Ana María estaba vuelta de espaldas hacia mí y al poco rato desaparecieron ambas de la ventana.

## XII

Si no comprendí desde luego, la perfidia que había en las frases de Virginia, no tardé en pensar en ellas y en comprenderlo.

Pero sus sentimientos me eran conocidos y no me inquieté por esto.

En el fondo acababa de obtener más de lo que yo esperaba.

La conversación con Ana María calmaría mis secretos deseos y á Virginia era á quien se lo debía.

Aquella misma mañana me había preguntado yo por qué medio podría comunicarme con Anita.

El medio estaba hallado y salvadas las apariencias, dándome una completa libertad.

Por lo demás el tiempo era admirable y el sitio delicioso.

No hay muchos paraísos más encantadores que aquel pequeño parque de Lassey; la

atmósfera, refrescada por las brisas del mar y las corrientes aguas del arroyo, hacen de él un lugar encantador.

Al poco rato oí pasos detrás de mí y me volví.

Es pueril decir que una gran emoción oprimía mi pecho.

Era Anita quien se acercaba, vestida como todas las mañanas, con su vestido negro, un delantal blanco y una ligera cofia posada, si vale la frase, sobre sus cabellos de oro, como una mariposa sobre una flor.

Me detuve. Ella hizo lo mismo.

Estaba muy conmovida.

Yo estaba con seguridad tan conmovido como ella.

—¿Me ha mandado á llamar el señor barón?— me dijo.

Yo respondí con rudeza, como los tímidos que se muestran bruscos por ocultar su turbación.

—En efecto. Tengo que hablaros de cosas graves. Seguidme.

Los jardineros pasaban el rastrillo en los pasos, cerca de allí.

Penetré en el sitio más escondido del par-

que, y cuando llegamos á un macizo de arbustos que forma una especie de laberinto, me volví hacia la joven.

—Se me asegura que quereis casaros. ¿Es verdad?

Su pecho se hinchó. Trató de balbucear una respuesta; pero no pudo conseguirlo. La rudeza de mi voz la paralizaba.

Yo continué :

—Parece, además, que no careceis de pretendientes. Es una suerte en estos tiempos en que los maridos son tan escasos. No tendreis más inconveniente que el de la elección.

Bajó la cabeza y esperó.

Debía asfixiarse : toda la sangre de su corazón le afluí al rostro.

—Os aseguro...—murmuró.

—No necesitais disculparos. El matrimonio es lo mejor que existe para una joven de vuestra clase. ;No representa tal vez el ideal de la felicidad; pero vale tanto, por las desdichas que puede evitar á una joven sola y sin posición!

Me embrollaba horriblemente; apenas pensaba lo que decía. Estaba absorto por una sola idea.

—¡La tengo aquí entre mis manos! ¡Nadie la arrancará de ellas!

Me había detenido á la espesa sombra de un castaño.

Durante un minuto guardé un embarazoso silencio.

Ana María levantó hacia mí sus admirados y suplicantes ojos.

Parecía decirme:

—¿Por qué me tratais con tanta dureza?

Me dulcifiqué en seguida, ó mejor dicho, recobré un poco de mi sangre fría.

—Uno de los mejores criados de la casa quiere casarse con vos—la dije.—Me ha rogado que os preguntara si consentiríais en ser su mujer. Tiene un capitalito de unos veinte mil francos... y ganará otros tantos. Por nuestra parte, podríais quedaros en la casa, y con esto, al cabo de cierto número de años poseeríais una fortunita.

Ana-María movió tristemente la cabeza.

—Esperad—repuse.—Se trata de Fermín y yo le tengo tanto mayor cariño cuanto que no tengo que hacer más que elogios de sus servicios. Ved si os conviene la proposición, y contestadme.

Me expresaba tan tontamente, que mis frases se asemejaban á esas excusas que se dan á las gentes que le agobian á uno con pretensiones de una colocación que no puede dárseles.

Preciso es disculparme.

Jamás me había visto tan turbado.

¡Y era aquella infeliz mujercita, una criada, quien tenía la culpa!

Pero ¡qué flor de la juventud! ¡Qué actitud de esclava sumisa! ¡Qué labios tan suplicantes, implorando compasión! ¡Qué ojos tan llenos de fidelidad y de sumisión.

Lo que yo la decía la torturaba. ¡Era yo quien la hablaba de matrimonio, quien la aconsejaba que se uniera á un hombre, á un criado, á otro en fin!

En la mirada de sus lindos ojos había dolor, sorpresa, y una especie de tierna reconvencción por mi crueldad.

Aquella mirada decidió su destino.

—¿No quieres casarte?—la dije, apoderándome bruscamente de una de sus manos.

—No.

—Piénsalo bien.

—Es inútil.

—¿Rehusas?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—No tengo ninguna.

—Sí. Dime la verdad. Lo deseo.

—Se apoderó de ella un temblor nervioso.

—¿No te atreves?

—No.

—Voy, pues, á decírtela yo.

Cayó de rodillas y uniendo las manos dijo:

—¡Oh! ¡os lo suplico!

La levanté y estrechándola contra mi pecho:

—¡Pues bien!— la dije— si tú no quieres que diga lo que tú piensas, yo sí quiero decirte lo que yo pienso! Desde que me fijé en tí, te admiro! Desde que te admiro, no hago más que pensar en tí. Desde que pienso en tí, te amo.

Dejó escapar un quejido.

—¡Oh! ¡Dios mío!

Y dulcemente, perdiendo el conocimiento, se deslizó de mis brazos al césped.

La levanté en un transporte de amor, la coloqué sobre mis rodillas y la cubrí de besos.

Poco á poco se reanimó por mis caricias.

Y entónces se lo conté todo; la impresión que me había producido el día que había quedado sola conmigo en la avenida Gabriel; el interés que me inspiraba y que se había cambiado poco á poco en verdadera adoración; no la oculté los escrúpulos que me detenían, el viaje á Vichy, durante el cual traté, no de obligarla, sino de cambiar los violentos deseos que me atormentaban en un afecto tranquilo y sólido: la imposibilidad de conseguirlo y por último, mi deseo de hablarla, y de concluir luchas inútiles, el día en que había sorprendido su secreto.

No me interrumpió.

Me escuchaba sumergida en un verdadero éxtasis.

Puse en juego para con ella todos los razonamientos que duermen la conciencia y ahogan los remordimientos.

No me era difícil convencerla.

Hacía mucho tiempo que me pertenecía.

—Yo también os amo—murmuró.

El ruido de unos coches que llegaban al castillo deshizo el encanto.

Al mismo tiempo la campana anunció que era hora de almorzar.

—Esta noche aquí—la dije con rapidez.— Ven. Te esperaré. Ni una palabra... Estaremos solos.

Puse un dedo sobre mis labios y la besé en los suyos.

—Esta noche á las nueve, añadí.

Se arrojó otra vez á mi cuello y huyó.

Yo me fui á la casa por otro camino.

Angela acababa de entrar, después de haber recorrido Deanyville y sus inmediaciones, á fin de reclutar invitadas para un *garden party*.

(¿Por qué no hemos de decir sencillamente para una partida de jardín?)

La baronesa estaba muy satisfecha y se proponía revolver Lassez y echar la casa por la ventana para la fiesta.

Desde el día siguiente al de su llegada de Vichy había vuelto con entusiasmo á sus queridas costumbres, escaseando las expansiones demasiado cordiales y demasiado inocentes.

Resbalaba de nuevo por la pendiente, por donde ruedan las gentes de la alta sociedad con la velocidad de una avalancha.

¿Pero qué me importaba?

Angela era feliz y yo iba á serlo por mi parte.

—Todo cuanto hagais estará bien hecho, querida,—la dije galantemente.

—Sois un hombre encantador—me contestó.

Virginia andaba por las habitaciones inmediatas al comedor.

Cuando fui á entrar en él me detuvo y me dijo.

—¿Me permite el señor barón preguntarle cómo ha quedado el asunto?

—Mal.

—¿Rehusa?

—Sí.

—El señor barón debe haberle sermoneado muy duramente.

—¿Por qué?

—Porque ha vuelto consternada, con el rostro trasformado.

—He hecho lo que he pedido. Tanto peor para ella; á Fermin no le faltarán mujeres.

Virginia hizo un gesto apenas perceptible, como persona inteligente en el asunto.

—¡Oá!—dijo—como esa no las hay en to-

das partes, no se encuentran tantas... El señor barón puede recorrer por algún tiempo desde las Rocas-Negras hasta el Mosela antes de que encuentre una igual.

—Es posible. No es mala.

—El señor barón es descontentadizo. Es buena... pero muy buena... ¡y que buen corazón!

Sentí vivos deseos de contestarla con acritud, pero me contuve y me entregué a la alegría que me causaba el recuerdo de mi cita con Ana-Maria.

Estábamos invitados á pasar la *soirée* en Villers, en casa de los de Magny.

Pretesté un malestar y dejé partir sola á Angela.

No hubiera sacrificado ella una ocasión de divertirse por cuidarme, aun que hubiera estado grave.

Aquel día era excusable porque no pretesté tener nada de cuidado.

La indisposición no tenía ninguna gravedad, y en verdad sentía tantos remordimientos como enfermedad.

Desde las ocho, vagaba por el parque con el corazón palpitante.

Esperé hasta la hora convenida.

Ana-Maria fué exacta á la cita.

Me pareció divinamente hermosa electrizada por el amor que resplandecía en ella.

A la claridad de las estrellas, la estreché contra mi corazón y la llevé á un pabelloncito japonés, escondido en medio de un mazo de magnolias y de acacias cuyas flores embalsamaban el ambiente.

Allí pasé las horas más felices que puede pasar un hombre.

De esas horas se acuerda uno siempre con embriaguez.

Son suficientes para iluminar una existencia.

Por dolorosas que sean sus consecuencias, no cree uno pagarlas demasiado caras.

Aquellas debían tener siniestras consecuencias para mí y para la desgraciada niña.

## XIII

Estaba da lo el gran paso.

No insistiré acerca de lo que pasó después. Las carreras de Deauville se verificaron sin incidente particular.

Llevaron al país una afluencia increíble de gentes.

Todas las *villas* estaban ocupadas.

Aquello era un vaiven extraordinario, un cambio incesante de visitas, de comidas, de funciones de toda clase, de bailes improvisados de un extremo al otro de la playa.

Yo había hecho comprender á Ana-Maria la necesidad del silencio y recomendádola el más profundo secreto.

Inútil es decir que encontré en ella la esclava sumisa y discreta que yo había pensado, al mismo tiempo que un admirable instrumento, con cuyo acompañamiento se podía cantar todas las melodías del amor.

No lo hay más vibrante ni más armonioso.

Prolongué cuanto me fué posible nuestra estancia en Hennequeville, en donde tantas ocasiones tenía de estar solo.

Angela pasó ocho días en Dieppe, en casa de su íntima amiga la condesa de Pontenay, y durante aquellos ocho días pude gozar de una libertad casi absoluta.

En el aturdimiento de la alegría que me causaba mi amistad con Ana-Maria, no noté ciertas miradas demasiado expresivas de Virginia.

No me di cuenta de ellas hasta mucho más tarde.

Yo formaba mil proyectos para el porvenir.

Después de todo, era rico y casi libre, puesto que no tenía hijos.

¿Qué me costaría, pues, asegurar un porvenir feliz, que entonces me parecía á mí que debía ser eterno?

Sentía que en lo sucesivo me sería imposible separarme de aquella muchacha y abandonarla á las incertidumbres de la existencia que hasta entonces había llevado.

¡Era mía!

¿Podía volver á caer en la nada?

La debía los placeres más vivos de mi vida.

En nuestras misteriosas entrevistas, encontraba siempre Ana-María palabras de una poética sencillez que llegaban al corazón.

Segura de mi cariño, se animaba cada vez más; perdió parte de su timidez; adquirió una desenvoltura en sus movimientos y en la manera de andar, que duplicaron su encanto, continuando, sin embargo, tan modesta y sumisa como antes.

Supo hacerse perdonar por sus compañeros los resentimientos que tenían con ella á causa de sus negativas, y el mismo Fernán, después de algunos días de mal humor olvidó su decepción, concibiendo tal vez esperanzas para el porvenir.

Todo iba pues, á medida de nuestro deseo.

Las ausencias de Angela, su necesidad de movimiento, sus incesantes paseos, nos proporcionaban frecuentes ocasiones de encuentro, y creedme, mi afecto por Ana-María tenía tanto de duradera y profunda amistad como de pasajero y violento amor.

Una de sus angelicales sonrisas cogidas á hurtadillas, bastaba para que yo estuviera alegre todo un día.

En mis paseos á caballo pensaba en ella y era feliz.

Pensaba que ningún peligro nos amenazaba, que nadie sospechaba nuestras relaciones y que en caso de alarma, yo sabría parar el golpe y buscar para nuestra felicidad un nido en donde la pondría á cubierto de todo.

Todos los escrúpulos que en un principio me asaltaron, habían desaparecido.

Añadiré que la eventualidad del acontecimiento más crítico que puede asustar á los enamorados que se encuentran en nuestras condiciones, no me espantaba.

Al contrario.

Pensar en esto me hacía sonreír y me causaba una profunda sensación de placer.

Ana-María no dependía de nadie.

No tenía ninguna clase de parientes.

Yo lo era para ella todo, y en aquellos momentos de embriaguez, ella estaba á punto de serlo todo para mí.

Francisca Cloarec, su madrina del Finistère, se me aparecía á lo lejos como un soco-

rro y un refugio muy indicado en caso de necesidad.

Ya me veía edificando en aquel sitio salvaje de Treogat, sobre las altas rocas inmediatas á la playa, una casa sólida y espaciosa, para abrigar bajo su techo al pequeño y desconocido ser que más tarde me debería un nombre y una fortuna.

Formaba en mi imaginación toda una novela para ocupar los días de mi vejez sin comunicárselo á nadie, ni aún á Ana-María.

Me figuraba su admiración, su sorpresa, la explosión de su amor el día en que deshecha en lágrimas me anunciara ese estado, tan terrible para las pobres jóvenes á quienes un amante ha seducido.

Yo estaba, pues, lleno de alegría, no sentía ningún pesar, ningún remordimiento; vivía tranquilo é inundado de una felicidad interior que nada turbaba.

Angela no se daba cuenta y no podía darse cuenta de nada de esto.

Yo redoblaba las atenciones y las generosidades para con ella.

En las carreras de Diéppe tuve una ganancia inesperada; gané una apuesta importante

y la regalé un par de caballos; la ofrecí además unos pendientes de brillantes que había admirado ella muchas veces en casa de Boucherón.

No necesitaba más para distraer su atención durante algunos meses.

Y algunos meses ante sí, en la situación en que yo estaba, era una eternidad de amor. No veía, pues, más que caras alegres á mi alrededor.

Llegó septiembre.

Dejamos Hennequeville para volver á Marnes, pasando por París, en donde hicimos un descanso de algunos días.

La misma Virginia participaba de las consecuencias de mis buenas disposiciones de ánimo.

La hablaba con frecuencia y quería mostrarme amable con ella, hablándola con familiaridad.

La creía casi la causa de mi felicidad.

¿No era ella quien había llevado á mi casa á Ana-María?

¿No era por consecuencia á ella á quien se la debía?

La persona que hubiera doblado mi fortu-

na, lo que por otra parte me era perfectamente inútil, no hubiera adquirido más derechos á mi reconocimiento.

Agradecía además á Virginia el no intentar penetrar mi secreto.

Ella fingía ignorarlo á las mil maravillas.

Ahora bien, lo único que yo temía eran sus ojos, tan perspicaces y curiosos los consideraba yo.

Es cierto que si ella hubiera querido me hubiera sido muy difícil ocultarla mi intriga.

Demostraba en su aspecto que no sospechaba lo más mínimo.

En sus cortas conversaciones conmigo, no hacía ya ninguna alusión á su paisana.

Sólo una ó dos veces me dijo:

—¿El señor barón ha desechado su malestar.

—Qué malestar, Virginia?

—¡Oh! el señor barón no estaba bien hace poco tiempo.

—Una indisposición...

—Cuando el viaje á Vichy, por ejemplo...

—Es verdad.

—El señor barón estaba triste como un gorro de dormir.

—¿Y ahora me encontráis alegre?

—Resplandeciente, señor barón... la señora no dejaba de tener alguna inquietud.

—¿No la tiene ya?

—Naturalmente.

—Todo va bien.

Todo iba bien, en efecto.

Virginia estaba también muy complacida con Ana-María.

Se desvivía por complacerla, se esmeraba en su tocado y ella era quien con sus propias manos arreglaba á la joven.

Había conseguido que la aumentara el sueldo para que pudiera vestir con más elegancia.

Y la decía:

—En una casa como esta, hija mía, es preciso arreglarse bien.

La daba vestidos de Angela, que ella misma arreglaba á la medida de Anita, simplificándoles. La arreglaba los cabellos como los de su ama y la colmaba de regalitos útiles.

Ana-María me tenía al corriente de todo, y aunque no sea precisamente un tonto, caí en la red tendida por aquella infame, creyen-

do en verdad que es más fácil engañar á las mujeres que lo que yo me figuraba.

Ibamos á abandonar París por Marnes á causa de la caza, cuando Ana-Maria me trajo una carta de su país.

Aquella carta debía arrojar de nuestro cielo las últimas nubes que en él había.

Voy á leerla.

Está en mi gabinete.

El barón se levantó.

Los otros hicieron lo mismo.

Ya era tarde. El ruido de los Campos Eliseos llegaba á la avenida Gabriel, atenuado por la distancia pero muy distinto aun.

El hermoso Clavio sonrió con tristeza.

—Os aburro, dijo pero es preciso que acabe de contaros esta historia esta misma noche. No debo interrumpirla.

Hubo un movimiento de sorpresa entre los concurrentes.

—¿Porque no puedes interrumpirla?— preguntó Mortimer.

Chatel se encogió de hombros.

—Porque, dijo, mañana...

Vaciló.

—¿Qué?— preguntó Fresneuse.

—Mañana no tendría valor para continuarla.

Fresneuse miró á sus tres amigos.

Evidentemente el baron no decía toda la verdad.

Tenía otra razón para no querer interrumpirla.

Chatel llamó: se presentó su ayuda de cámara.

—Fermin,—le dijo—encended luces en mi gabinete, llevad cigarros y pedid té. Llevad también licores.

El ayuda de cámara salió.

—¿Veis á Fermin?— dijo el baron.—Yo hubiera sido horriblemente desgraciado si el pobre Ana-Maria se hubiera casado con él... ¿Pues bien! eso hubiera sido preferible para ella...

—¿Porqué?

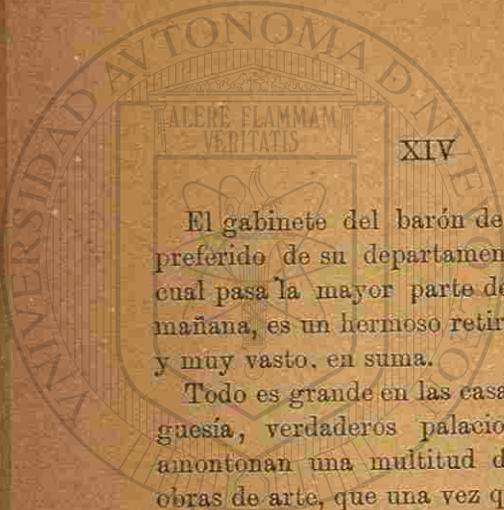
—Porque viviría aún...

—¿Y?

—Ha muerto!

Y haciendo un gesto de desesperada resignación, oprimió la frente entre sus nerviosos dedos, tal vez para ocultar una lágrima.

—Venid, dijo.



El gabinete del barón de Chatel, el sitio preferido de su departamento, aquél en el cual pasa la mayor parte de las horas de la mañana, es un hermoso retiro, muy artístico y muy vasto, en suma.

Todo es grande en las casas de la alta burguesía, verdaderos palacios en donde se amontonan una multitud de riquezas y de obras de arte, que una vez que han entrado allí, no vuelven á salir más que raras veces, y pasan de generación en generación.

El techo ha sido pintado por Chaplin, el pintor de las *Gracias*, un íntimo amigo del barón.

Las paredes desaparecen bajo los paños de damasco rojo, ó bajo los estantes de la biblioteca.

El retrato de cuerpo entero de la baronesa está incrustado en el artesonado, entre dos ventanas que dan á los Campos Elíseos.

Allí está Angela, pintada por Cabanel, inmortalizada en su juvenil frescura y el esplendor de los veinte años.

La figura es risueña, dulce, mundana, ligeramente evaporada; tan hábilmente se ha poseído el artista del carácter de su modelo, por un rasgo de su genio.

Pero, en suma, bajo aquella seductora fisonomía, no se comprende malicia.

Libros de elegantes encuadernaciones ponen sus alegres notas bajo los cristales, y algunos paisajes de buenos maestros salpican la seña de los paños que cubren las paredes.

A la derecha de la chimenea de madera esculpida, un inmenso escritorio Luis XVI con admirables broncees, está lleno de papeles, mientras que un piano de cola de Erard, cubierto por un resplandeciente tisú del Japón, ocupa el lado opuesto.

Los amigos del barón se tendieron, formando círculo, en butacas en que se hubiera podido pasar confortablemente la noche, ante un velador cargado de botellas, tazas, ci-

garros, y cuyo centro lo ocupaba un *samovar* de cobre ruso.

Dos enormes lámparas, cuya luz se suavizaba bajo pantallas de satín y encajes, alumbraban el gabinete.

El barón sacó de una especie de legajo una carta y se dispuso á leerla.

Mortimer y los otros encendían cigarros; pero se cernía en el aire cierta ansiedad.

Las últimas palabras del barón habían sido pronunciadas con un tono singular, en el cual había dolor, pena cólera y desesperación.

Era ya la segunda vez que la palabra muerte, tan desgarradora, sobre todo cuando se trata de una joven llena de vida y de salud, acudía á sus labios.

Fresneuse estaba pensativo.

Examinaba con inquieta mirada la cara de su antiguo compañero.

La encontraba demasiado tranquila.

La hora del dolor violento había pasado, el golpe estaba dado, la resolución estaba tal vez tomada.

¿Pero enál era esta resolución?

Fresneuse se lo preguntaba á sí mismo con ansiedad.

Chatel desplegó la carta.

—Era del cura de Treogat—repuso,—lo conocí en seguida en la letra.

He aquí lo que contenía :

«Mi querida Anita :

»Francisca acaba de rogarme que te participe una noticia.

»Esta es á la vez triste y feliz; triste, porque siempre es una gran desgracia ver que uno de nuestros prójimos pierde la razón; feliz, porque te deja libre de un gran temor.

»El pobre Daniel Plouet ya no está en Treogat.

»Le llevaron ayer con mucho trabajo al asilo de Quimper.

»Ha sucedido lo que se preveía.

»Esta loco, y su locura se hacía peligrosa.

»Pegó fuego á su casa.

»Felizmente acudieron los vecinos, y pudieron apagarlo sin que tomara cuerpo.

»Se quemó una parte del tejado.

»La pérdida no es grande.

»Hubiera sido preferible cien veces que se hubiera quemado toda la casa, con tal de que

el desgraciado se hubiera curado de su terrible enfermedad.

»Dios tendrá tal vez piedad de su alma y e llamará á sí, porque es una gran maldición estar reducido á ese estado.

»En fin, mi querida hija, ya estás libre y puedes venir al país sin temor.

»Tu madrina se alegraría mucho de verte á ver aquí.

»A parte de esa desgracia todo marcha bien. Jocelyn Carhel es cabo; es un pequeño ascenso bien merecido.

»Me encarga que te salude en su nombre.

»La cosecha será buena. Las patatas son abundantes y los campos en que se ha hecho la recolección han respondido á lo que se esperaba, no queda por recoger más que los trigos que están soberbios.

»El verano se va pasando bien.

»No ha habido hasta ahora desgracias excepto la de Daniel.

»No hemos perdido á nadie. Dios protege á nuestras gentes.

»Adios, mi pobre Anita.

¡Que él te guarde á tí también!

»Yo te abrazo en mi nombre y en el de

Francisca, que te ama con todo su corazón.

»Ven á vernos cuando quieras ó más bien cuando puedas, porque creo que si no dependiera más que de tí, estarías aquí mañana mismo.

»Sé buena muchacha y cree en nuestro grande y entero afecto.

»Tu viejo rector,

»J. M. PLOUDREN.

»Tréogat 10 de setiembre.»

Estaba solo con Ana-Maria en este mismo gabinete, cuando la leí esta carta.

Cuando concluí de leerla, me saltó al cuello y me dijo al oído con suplicante tono:

—¡Oh! ¡si vos quisierais!

Adiviné en seguida lo que ella deseaba, pero yo sentía un placer infinito en oirla.

—¿Qué?—la dije:

—¡Concederme un permiso de algunos días!

—¿Me abandonarías?

—Me costaría trabajo, pero... una semana por ejemplo, pasa pronto.

—¿Quieres volver á ver tu país?

Suspiró con fuerza.

—¿Tu madrina?...

—Es tan buena!

—¿El mar?

—Es tan hermoso!

Sus ojos despidieron chispas.

—Oh! sí, es hermoso—repitió.—Allí es donde se vive feliz. ¿Qué bien estaríamos allí!

Bajó la voz y subiéndose hasta mi oído.

—¡Los dos!—dijo.

—Por desgracia es imposible, pero tú puedes siempre pedir un permiso á la señora.

—No me atrevo ¡si ella supiese!...

—¡No temas nada!

—¡Tengo miedo... con frecuencia!

—¡Debilidad! ¿Puede sospechar nada?... ¡Y además no estoy yo siempre aquí!

Abrió la puerta.

Justamente ví á Virginia que andaba por el salón y la llamé.

—Aquí teneis una joven tímida—la dije.—

Acaba de recibir una carta de su país y quisiera un permiso de ocho días...

—¿Puede negársela nada?—dijo Virginia.

—Pero es muy poco ocho días...

—No pide más.

—¡Para un viaje tan largo!

—¿Queréis decirselo á la señora?

—Sí, señor.

—¿Creeis que ella consienta?

—¡La señora es tan buena!—balbució

Anita.

—Yo me encargo de eso.

Virginia se dirigió á su paisana.

—¿Cuándo quereis marchar?

—Cuando podais dejarme...

—¿Mañana?

—Mañana.

—Al regreso nos encontrareis en Marnes.

¿Teneis dinero Anita?

—No gasto nada gracias á vos... Aquí todo el mundo es bueno para mí.

—¡Oh! sí, todo el mundo—repitió la doncella con naturalidad.—Podeis hacer vuestros preparativos.

—Gracias, Virginia.

—Al señor barón es á quien es preciso dárselas sobre todo.

Y como yo miraba á Virginia no sabiendo si se burlaba, se apresuró á decir con el tono más natural del mundo.

—¡Y á la señora!

Aquella noche tuve una tierna despedida con Ana María, al separarme de ella la puse en la mano cinco billetes de cien francos dándole:

—Se los darás á tu madrina, estas son tus economías: ¡entiendes! Es tan pobre la buena mujer... Es preciso ayudarla. Tu eres rica, Anita.

—¡Yo!

—¡Puesto que te amo!

Partió á la mañana siguiente.

Ocho días después volvió: estábamos en Marnes. Salí á su encuentro y la conduje al castillo.

A pesar del cansancio del viaje me pareció de una frescura extrema, templada de nuevo, por decirlo así, por aquella visita al país natal.

Dirigía yo mismo un *break* en el que iban algunos de nuestros amigos de París que venían á cazar con nosotros.

A pesar del embarazo que me imponía su presencia, pude cambiar con ella algunas miradas expresivas.

Un agradecimiento infinito, una irradia-

ción de amor, pasaban por las suyas y cuando hubimos llegado, mientras que descargaban los pequeños equipajes de los cazadores, encontré medio de llamarla aparte haciéndola una seña y la dije:

—¿Qué tal el viaje, ha sido feliz?

—Sí.

—¿Has vuelto á ver tu país?

—Sí.

—¿Sigue agradándote?

—Sí.

Me contestaba maquinalmente, con rapidez, como para desembarazarse de mis preguntas demasiado inútiles.

Yo la hablaba lo mismo, al azar, para tener un pretexto para mirarla, para estar cerca de ella y oirla.

La encontraba soberbia, embellecida; había en ella un ardor, una fiebre de alegría, una vehemencia hacia mí que se reprimía con trabajo.

Veía que ella hubiera deseado arrojarse á mi cuello y que se contenía á la fuerza, nerviosa por tanta violencia.

De pronto me dijo con acento intraducible:

—¡Oh! ¡señor!

Al mismo tiempo la vi oprimirse el pecho con las manos, como si temiera que fuera a estallar.

Aquel gesto me llamó la atención, y la deslicé con viveza estas palabras:

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—Silencio y hasta la noche.

—En dónde?

—En el parque... A las diez... cerca de los tíos. Vete.

Esta pequeña escena no había durado medio minuto, pero me causaba una extraña emoción.

Mis deberes de amo de casa me distrajeran un momento, pero dos horas después de la comida, mientras que la baronesa improvisaba uno de esos cotillones por los cuales siento instintivo horror, pretesté tener necesidad de aire y me escurrí sin ser visto.

## XV

Eran próximamente las diez y media.

El día había sido hermoso y templado.

La reunión era numerosa y estaba muy animada. Se había cazado todo el día, desde muy de mañana, pero la juventud es infatigable.

En el exterior, las inmediaciones del castillo estaban alumbradas por las luces que se escapaban por las ventanas del piso bajo, haciendo por contraste mas espesa la oscuridad del parque.

En el piano tocaban un vals muy vivo y veía dar vueltas en el salón á siluetas entrelazadas.

¡Oh! ¡aquel torbellino del vals!

¡Como me representaba la existencia de Angela, aquel vértigo perpétuo, su delirio por el baile, su frenesí por las diversiones, sus locas escursiones de una villa á la otra, de un

Al mismo tiempo la vi oprimirse el pecho con las manos, como si temiera que fuera a estallar.

Aquel gesto me llamó la atención, y la deslicé con viveza estas palabras:

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—Silencio y hasta la noche.

—En dónde?

—En el parque... A las diez... cerca de los tíos. Vete.

Esta pequeña escena no había durado medio minuto, pero me causaba una extraña emoción.

Mis deberes de amo de casa me distrajeran un momento, pero dos horas después de la comida, mientras que la baronesa improvisaba uno de esos cotillones por los cuales siento instintivo horror, pretesté tener necesidad de aire y me escurrí sin ser visto.

## XV

Eran próximamente las diez y media.

El día había sido hermoso y templado.

La reunión era numerosa y estaba muy animada. Se había cazado todo el día, desde muy de mañana, pero la juventud es infatigable.

En el exterior, las inmediaciones del castillo estaban alumbradas por las luces que se escapaban por las ventanas del piso bajo, haciendo por contraste más espesa la oscuridad del parque.

En el piano tocaban un vals muy vivo y veía dar vueltas en el salón á siluetas entrelazadas.

¡Oh! ¡aquel torbellino del vals!

¡Como me representaba la existencia de Angela, aquel vértigo perpétuo, su delirio por el baile, su frenesí por las diversiones, sus locas escursiones de una villa á la otra, de un

almacen de modas á una tienda de ropablancas, de un mostrador de blondas á un taller de modistas!

Me alejé casi furioso.

Tenia los nervios escitados, la oscura revelación de Ana-María era la causa de esto.

Yo me preguntaba que significaba aquella ingénuca exclamación. ¡Oh! señor, cuyo sentido no podía descifrar.

¿Qué tenía que decirme Ana-María? ¿Qué misterio iba yo á penetrar?

Debo confesar de nuevo que la encontraba más hermosa que nunca, más fresca, más fuerte y que un violento deseo, más violento aun que mi curiosidad, me hacía palpitar el corazón.

El cielo estaba cubierto.

No alumbraba la luna.

Apenas algunas estrellas, más brillantes que las otras, conseguían atravesar acá y allá la tibia bruma que flotaba en el aire.

Los tilos que yo había indicado á Anita se encontraban á unos cuatrocientos pasos de la casa.

Es un paseo, ó más bien una calle bastante larga, formada por árboles seculares, que

forman con sus ramas una bóveda á doce ó quince metros del suelo.

Ni aun el sol atraviesa, sino muy raras veces, el follaje de aquella bóveda.

Me dirigí hacia este sitio con paso rápido, y no tardé en llegar á él.

No se paseaba nadie en el parque.

No se oía en él ningún ruido.

Apenas si algunos lejanos ladridos interrumpían el silencio de la noche.

Era tan profundo, que desde el pie de los tilos oía, aunque confusamente, el ritmo de los bailes, como veía á alguna distancia la niebla irisada por las arañas de cristal de roca del salón.

Hacia medio minuto apenas que estaba allí, cuando una voz temblorosa me dijo:

—¿Sois vos, señor barón?

—Sí.

—Aquí estoy yo.

La pobre joven había sido la primera en asistir á la cita.

Al mismo tiempo se destacó de un tilo, con el cual se confundía, una sombra.

La cogí en mis brazos, la levanté como á una pluma y la llevé, á un asiento.

—Ahora estamos solos—la dije.—¡Si supieses cuán feliz soy en volverte á ver!

No me contestó más que estrechándome más contra su pecho.

Yo ardía en deseos de saber lo que tenía que decirme; pero estaba ébrio de deseo y no me cansaba de besarla.

Goces del regreso, alegrías, secretos, delicias pasadas, ¿en dónde estais?

El barón se interrumpió.

Una aguda emoción le cortaba la palabra.

Se volvió hacia el otro lado para ocultar su turbación y ahogó un arranque de dolor, desgarrando el pañuelo con los dientes.

Después se volvió hacia sus amigos.

La mesa estaba llena de botellas.

Cogió un vaso y se lo presentó á Mortimer.

—Servidme aguardiente, doctor; ron, *kirsch*, lo que querais—dijo.—Necesito animarme para llegar hasta el fin.

Y de un trago vació el vaso.

—Tomé el camino más largo, el camino de los colegiales—añadió,—para llegar á mi objeto.

Hablé á mi pobre Anita de su viaje, de lo

que habría visto, de lo que la habrían dicho.

Con una poesía de encantadora sencillez, me esplicó la felicidad que había sentido en volver á ver á todas aquellas personas á quienes tanto quería; al rector, viejo y escudo, pero siempre bueno y bondadoso, á los pescadores, que la besaban en las dos mejillas, como cuando era pequeña; pero sobre todo, al ver á Francisca Cloarce, su madrina, su segunda madre, que lloraba enternecida al volverla á ver.

¡Ah! había sido bien recibida, la habían acogido con los brazos abiertos.

—¿Te han encontrado hermosa?

—¿Quién?

—Todos.

El nombre del aduanero me vino á la memoria.

—¿Carhel, Jocelyn Carhel?

—¡Ah!... ¿Os acordais?

—Me acuerdo de todo lo que te concierne y te interesa.

—No sé. El pobre Jocelyn ha dicho á mi madrina: Ana-María está perdida para nosotros.

—Por qué perdida?—preguntó mi madrina.

—Porque ya no se parece á las muchachas del país.

Estaba triste y tan tímido, que no se atrevía á besarme como lo habían hecho los otros.

Fué preciso que yo le dijera:

—Jocelyn, mucho me desprecias. ¿Por qué no me hablas?

Anita añadió:

—En nuestro país jamás se habla de otro modo; se tutea á todo el mundo.

Yo la escuchaba con arrobamiento.

Ella comprendía que era amada, amada con pasión, y la confianza renacía.

Sin embargo, yo adivinaba que tenía tantos deseos de desembarazarse de su secreto, como yo de conocerlo.

Todo me lo decía.

Veía que la confianza subía á sus labios y gozaba en alejarla con mis preguntas.

—¿Y el mar?—la pregunté.

—Me bañé todos los días, horas enteras... Así es que vengo fuerte... ¡Es tan bueno el mar! ¡Se está tan bien en él cuando nos mece! Durmiendo, por decirlo así, sobre la superficie, veía á lo lejos, porque yo avanzaba

hasta las islas, la casa de mi madrina, sobre las rocas y el campanario de Trógat, el de Pleneuf y otros con sus agudas flechas. Las barcas pasaban á mi lado y los pescadores me echaban besos.

—¿No temían que te sucediera algo?

—¿Qué me podía suceder?

—La fatiga... un desfallecimiento...

—¡Ah, bien se, bah!

¡Es preciso haberla oído tomar aquella burlesca entonación para comprender su desprecio del peligro, ó mejor dicho su ignorancia!

¡Ah sí, bah!

¡Bah! El desafío arrojado por la Bretaña trabajadora á los peligros del mar, como á los demás peligros!

¡Bah! la exclamación resignada, fatalista, que se encuentra en todas las frases de esas pobres gentes.

¡Ah, sí, bah!

¡Cuán encantadora estaba al decirlo!

¡Qué bravura! ¡Qué valentía á prueba de todas las privaciones de todos los sufrimientos!

—Me olvidaba,—dijo.—He visto allí á una de mis compañeras, la hija de un marinero

muerto en Terranova. También ha estado en París y se ha visto obligada á volverse al país. Es de Pleneuf, como yo.

—¿Por qué ha vuelto?

—¿Porque se ha perdido y tiene una criatura!

—Ana María bajó la voz. Estaba agitada por un temblor.

—Entonces se ha ido á casa de un tía... La tía criará la criatura, una niña unida á la mala suerte como las demás...

—¿Y después?—pregunté.—¿Qué será de la madre?

—¿Después? Luisa volverá á coger sus miserables zapatos y vendrá á París para ganar dinero y enviarlo al país... ¡para la pequeña!

—¿No la han regañado... no han dicho nada las gentes del pueblo... el rector?...

—Las gentes del pueblo y el rector son buenos. ¿Por qué la habían de querer mal? ¡Ese es nuestro destino!

Y añadió ocultando su cara sobre mi pecho:

—Bien lo véis vos.

—Esto fué una revelación.

—Anita—exclamé,—¿qué dices?

—¿Digo que estoy perdida como las otras!

—¿Perdida!

—¿Como Luisa!

—¡Al contrario, salvada!

No me escuchaba.

Sollozaba y tenía las manos en los ojos.

Yo estaba loco de alegría.

—¡Te adoro!—la dije.—¡Lo que me anuncias es la felicidad de mi vida! Ahora eres sagrada para mí. ¡No temas nada!

La colmé de caricias.

En aquel momento me pareció oír un ligero ruido sobre las hojas del paseo, y me levanté.

Debo decir que aquel ruido no me inquietaba.

El parque de Marnes está lleno de caza y por la noche, la caza anda de un lado para el otro.

Solo que escuchando ya no oí el sonido del piano.

Miré hacia el castillo.

La luz que coloreaba la bruma se había apagado.

—Retirémonos—dije á Ana-María—ya es hora.

La acompañé murmurando á su oído las palabras más tiernas.

No me separé de ella hasta que no estuvimos á la vista de la fachada principal del castillo, en donde iban desapareciendo las luces de los cuartos y del salón.

Era más de medía noche.

Ana-Maria se deslizó á su habitación [por una escalera de servicio.

Yo pasé por el salón.

Fernán apagaba las últimas lámparas.

Cerca de él, en la penumbra, una mujer vestida de negro parecía arreglar los muebles ó registrar, buscando algún objeto extraviado.

Era Virginia.

—¡Toma! el señor barón [entra ahora—  
dijo— la señora baronesa le creía en su cuarto.

—Estaba tomando el fresco.

—¡Tan tarde!

—¿Y vos Virginia, que hacéis ahí?

—Busco lo que no encuentro...

—¿Qué buscáis?

—Una pulsera de la señora. La señora la habrá perdido bailando.

Ha llamado á Ana-Maria... Ana-Maria no ha contestado.

—Como ha venido de viaje estará cansada y la juventud...

—Duerme á puño cerrado...

—Es preciso ser indulgente.

Virginia me miró de arriba á bajo con cierto aire.

—No seré yo nunca quien tire la piedra á los demás—dijo.—¡Es preciso perdonar las faltas ajenas!

Así lo decía ella.

No lo pensaba así.

Yo debía tener pruebas de esto.

La ambigüedad de sus conversaciones me daban en que pensar.

Pero aquella sombra se disipó. Estaba decidido á verlo todo despejado, y la tormenta, si debía estallar un día ú otro, estaba muy lejana aún para que me asustase.

Hacia mucho tiempo que había salido el sol; sus rayos penetraban desde hacía largo rato en mi habitación y yo no me había dormido aún.

El parque estaba bañado de rocío.

Ya las hojas de los árboles tomaban esos tonos rojos que tanto gustan á los pintores de paisajes.

Me levanté y fui á pasearme bajo los grandes árboles del lado de las caballerizas.

Las gentes de la cuadra estaban ocupadas en sus trabajos.

Los caballos relinchaban agitando sus cadenas.

Los jardineros pasaban con el rastro y la azada al hombro.

Los guardas salían á cumplir su turno de vigilancia, ó volvían de su ronda de noche.

En el fondo, del lado del estanque, en donde yo había tenido la visión cuyo recuerdo

no desaparecía de mi memoria, unos perros perseguían á un conejo, instigados por algún madrugador, de entre los cazadores.

En la fachada del castillo, las blancas persianas se abrían, y nuestros huéspedes se mostraban en las ventanas con sus trajes de mañana.

Aquello era la verdadera imagen de la tranquilidad y de la alegría de los ricos.

¿Qué hubiera debido temer yo?

¿No tenía con qué asegurar mi felicidad?

¿No era yo el árbitro de la situación?

¿No se disimulan todas las faltas y aun todas las locuras, con esa potencia superior á todo: el dinero?

Cuando estaba pensando en los peligros que podían sobrevenir, prometiéndome vencerlos cómodamente, ví abrirse una ventana en el piso de arriba y aparecer en el marco una cara, pálida, que se puso colorada al verme.

Era Ana-María.

Puse un dedo sobre los labios y la envié un misterioso beso.

Una indecible expresión de alegría se pintó en su rostro, y á través del espacio me devolvió aquella caricia.

No, yo no podía separarme de ella.

Tenerla cerca de mí, en mi casa, al alcance de mi mano, por decirlo así; respirar el mismo aire que ella, encontrarla en los pasillos, cambiar con ella á hurtadillas algunas palabras tiernas, gozar de cuando en cuando de esos placeres que son tanto más gratos cuanto más escasos son y más precauciones hay que tomar para procurárselos, comprenderse con un signo, adivinarse con una mirada, ¿no era esto todo lo que yo podía desear?

Permanecí algunos minutos delante del castillo.

Y, precisamente en el momento en que, olvidándome de todo, tenía mi pensamiento absorto en el recuerdo de la escena muda que poco antes había ocurrido entre Ana-María y yo, Marcelo, el jefe de cocina, que posee una bonita voz, pasó cerca de mí tarareando una canción que conozco mucho y cuya letra podía aplicarse muy bien á aquella escena. Creí que era una alusión.

Le miré con fijeza.

Me saludó sonriendo.

Evidentemente no sabía nada y sólo la ca-

sualidad había sido causa de aquella alusión que me sorprendió en un principio.

No tomé ninguna precaución por ello.

Me dormí en mi seguridad y llevé durante cinco meses una existencia por partida doble, en la cual todas las atenciones, todas las delicadezas, todos los cuidados y todas las generosidades fueron para la baronesa: todas las embriagueces del amor, todas las pasiones del corazón, para Ana-María.

El otoño pasó como un sueño é hizo plaza al invierno.

Continuamos en Marnes hasta mediados de enero.

Me gustaba tanto más aquella estancia cuanto que me proporcionaba mayor libertad.

Angela, por agradarme, no exigía una pronta vuelta á París, pero no renunciaba ni á sus excursiones ni á sus relaciones.

Todas las semanas se iba á París por cuarenta y ocho horas y yo me aprovechaba cuanto podía de aquellas momentáneas ausencias.

Ana-María no sabía negarme nada.

No hubiera tenido fuerzas para hacerlo y se dejaba guiar ciegamente.

Si la hubiera conducido al borde de un precipicio, á una señal mia se hubiera arrojado en él sin vacilar un segundo.

Se aproximaba entre tanto el tiempo en que se haría imposible ocultar su estado.

Era preciso decidirse.

Llegamos á París.

Puedo decir que nadie sospechaba nada de lo que había pasado.

Preguntaba algunas veces á Fermin y por él sabía lo que se hacía ó decía entre la servidumbre.

La reputación de Ana-María estaba intacta.

Había sabido granjearse por su dulzura y sencillez las simpatías de sus compañeras.

El honor estaba, pues, á salvo y la paz de la casa asegurada.

Pero yo tenía mi plan y había llegado la hora de llevarlo á cabo.

Una noche que la baronesa estaba en la Opera, hice venir á Anita á mi gabinete, en donde me había quedado so pretexto de una reunion, á la cual no podía faltar.

Estaba sentado en el mismo sitio en que ahora estoy.

Ana-María levantó el portier y mostró bajo él su pálido rostro.

Nada indicaba su estado.

Se hubiera creído que Virginia se complacía en disimularlo fingiendo ignorarlo.

Anita llevaba un corpiño á pliegues muy ancho, de una especie de cachemir negro, medio cubierto por una pelerina corta que la ocultaba los hombros.

Este traje, cortado por Virginia, era una obra maestra de disimulo.

Pero todo retraso podía ser funesto.

Hice una seña.

Ana se aproximó.

Estábamos solos.

La puse sobre mis rodillas y la dije:

—No puedes estar más aquí.

Suspiró.

—¡Ay de mí! lo sé. ¿Será preciso no volver á veros?

Me encogí de hombros.

¿Era posible esto?

Se lo dije y la expliqué mi deseo.

La había amueblado un piso en una casa mia, situada en la parte mas alta del arrabal Saint-Honoré, calle de Berri.

Era un nido delicioso, mullido, suave y sedoso.

Nada faltaba en él.

Allí encontraría lo necesario, hasta una mujer de confianza que la sirviera con otra criada.

Hubo un momento de emoción.

Ana-Maria derramó abundantes lágrimas.

La costaba mucho descender de la categoría de jóven honrada á la de mujer entretenida.

Verdad que no tenía más que ideas vagas sobre las diversas categorías del honor y de los escalones que hay, desde las alturas de la virtud hasta los bajos fondos de la infamia y del vicio, pero, con su pudor y su delicadeza de sensitiva, comprendía sin embargo que aquello era una decadencia para ella.

No me fué difícil convencerla.

Tenía confianza en mí y me pertenecía como os he dicho, en cuerpo y alma.

Hizo algunas tímidas objeciones.

Hubiera querido ir á su país y esperar allí la hora del alumbramiento.

Una cosa me llamaba la atención y me sor-

prendió siempre en aquella alma, tan delicada y tan pura á pesar de su falta.

Era la facilidad con que aceptaba volver á Tréogat, á casa de su madrina, en donde su vergüenza se descubriría.

No se preocupaba por esto.

Se hubiera creído que era una costumbre admitida y que allí no había sino compasión para las faltas de esas pobres muchachas, como si hubiesen sido previstas y se esperaran, un poco más tarde ó un poco más temprano.

Pero yo tenía un argumento irresistible contra ella.

En Tréogat estaría lejos de mí.

Cedió.

Se convino en que al día siguiente hablaría á la baronesa y la anunciaría su partida, fundándola en la defunción de su último pariente y la necesidad de arreglar algunos asuntos.

La costaba mucho trabajo mentir, pero se decidió á hacerlo, aunque no sin pena.

La dije cuanto me fué posible discurrir para consolarla:

Que era la madre de mi hijo, la única á quien amaría:

Que ya no me separaría de ella. Que renunciaría á los viajes que teníamos la costumbre de hacer todos los inviernos á Niza.

Que me quedaría en Paris porque me era imposible vivir sin ella.

¡Y qué movil más poderoso podría retenerme que su hijo, al cual querría tanto como quería á la madre!

¿Qué más os diré?

Vosotros sabéis tan bien como yo lo que se puede inventar para disculpar la falta de una mujer á quien se adora.

A las once iba á despedir á Ana-María y la estrechaba contra mi pecho con frenesí, cuando una puerta, esa que veis ahí, se abrió bruscamente y apareció en ella una mujer.

## XVII

Ana-María se había desprendido de mis brazos.

Estaba apoyada en la pared, cerca de la chimenea, con el terror y la vergüenza pintado2 en su rostro.

Era la baronesa quien acababa de aparecer.

A su indiferencia ordinaria, había sustituido una profunda irritación, que desfiguraba su rostro sin llegar á afearlo.

Estaba hermosa como la estatua de la indignación.

Venía evidentemente de la ópera y en su vuelta no había habido nada de premeditación.

Estaba en traje de *soirée*, con los hombros apenas cubiertos por una salida de baile, los brazos desnudos, un collar de perlas, pendientes de brillantes y en las muñecas y en

Que ya no me separaría de ella. Que renunciaría á los viajes que teníamos la costumbre de hacer todos los inviernos á Niza.

Que me quedaría en Paris porque me era imposible vivir sin ella.

¡Y qué movil más poderoso podría retenerme que su hijo, al cual querria tanto como queria á la madre!

¿Qué más os diré?

Vosotros sabéis tan bien como yo lo que se puede inventar para disculpar la falta de una mujer á quien se adora.

A las once iba á despedir á Ana-María y la estrechaba contra mi pecho con frenesí, cuando una puerta, esa que veis ahí, se abrió bruscamente y apareció en ella una mujer.

## XVII

Ana-María se había desprendido de mis brazos.

Estaba apoyada en la pared, cerca de la chimenea, con el terror y la vergüenza pintado en su rostro.

Era la baronesa quien acababa de aparecer.

A su indiferencia ordinaria, había sustituido una profunda irritación, que desfiguraba su rostro sin llegar á afearlo.

Estaba hermosa como la estatua de la indignación.

Venía evidentemente de la ópera y en su vuelta no había habido nada de premeditación.

Estaba en traje de *soirée*, con los hombros apenas cubiertos por una salida de baile, los brazos desnudos, un collar de perlas, pendientes de brillantes y en las muñecas y en

los dedos resplandecían también los brillantes y los zafiros.

¡Qué diferencia de Ana-María!

¡Qué aniquilamiento!

Hice una seña á la pobre muchacha.

—Vete—la dije—sin ocuparme de disculpar aquella sorpresa y mi falta.

La baronesa la detuvo con un gesto y una palabra.

—Quedaos—ordenó.

Cerró tras sí la puerta, dejó caer la colgadura y avanzó hacia mí, amenazadora, lívida, con las cejas fruncidas.

—No me han engañado—dijo.—Llego de improviso y os estorbo, pero tanto peor. Se necesita una explicación. La tendremos.

Sus labios estaban blancos; las palabras se la escapaban de la boca con trabajo y á intervalos.

—Calmaos—la dije con voz alterada—y puesto que lo queréis, expliquémonos.

Me levanté y, cogiéndola de la mano, la obligué á sentarse á mi lado, añadiendo:

—Ahora hablad, y procurad dominaros.

Puso su pañuelo entre los dientes, agitó

un instante sus crispados dedos y consiguió recobrar un poco de calma

—¿Estais seguro de que nadie nos escucha?—preguntó.

—Así lo creo.

—Tanto mejor. Hasta ahora hemos conservado una reputación honrosa, y odio el escándalo, sobre todo un escándalo semejante. Estaba muy lejos de esperar tal infamia; pero, en fin, existe, y nada en el mundo puede hacer en adelante que no haya existido. Nuestra tranquilidad ha concluido; pero tal vez podamos salvar las apariencias.

Se detuvo.

Se sofocaba.

—Desde luego—repuso,—no quiero que me supongais capaz de rebajarme á un indigno espionaje. Me avergonzaría de semejante papel. Os aseguro que no me he ocupado de vigilar vuestra conducta. Ha sido precisa una advertencia muy terminante para decidirme á obrar.

—¿Qué advertencia ha sido esa?

—Estaba yo muy tranquila en mi palco. Escuchaba *Fausto* y llegaban á la escena de la iglesia...

—¿Y qué ocurrió?

—La acomodadora entró y me dijo: «Acaban de traer una carta para la señora baronesa». Dádmela.

La cogí, no la leí en seguida. Pregunté á la portera que de quién era la carta.

No supo darme razón.

La había recibido de una joven que parecía dependiente de algún almacén ó doncella de casa grande.

Salió la acomodadora.

Quedé sola. Vuestro amigo Mortimer se paseaba en el pasillo con uno de sus colegas.

Miré el sobre.

La letra me era completamente desconocida.

Y para vos lo será también sin duda.

Me alargó la carta diciéndome bruscamen-

te.

—¡Leed!

No decía más que esto:

«Estais ciega! Vuestro marido sostiene en vuestra casa, desde hace mucho tiempo, relaciones con una de vuestras sirvientas, y

vos ni aun lo sospechais. En este mismo instante están en conferencia íntima. Todas vuestras ausencias son para ellos ocasiones de reunirse. Habeis rechazado á otros por ser fiel á un marido voluble que os engaña... Esto es un desquite para nosotros.

«UN ENAMORADO DESDEÑADO.»

El barón prosiguió.

Recorrí con estupor la carta, anónima por supuesto, preguntándome de quién podría ser. No lo adivinaba. La redacción era tan torpe como pérfida. No provenía de un hombre ni de una mujer instruida, esto era evidente. Pero esto me importaba poco. El daño estaba hecho.

Angela me dijo:

—No pude creer lo que leía. Esta denuncia misteriosa me admiró más que me irritó. Me parecía de tal manera inverosímil, que no me era posible darla crédito. ¡Vos, el barón Chetel, comprometeros con una sirvienta, en vuestra casa, deshonorando vuestro hogar cuando teniais tantos medios de evitar vuestra deshonor! os dispensé el honor de negarme á creerlo.

Estrujé el papel. Estuve á punto de hacerlo pedazos. Y después, vos conocéis el efecto ordinario de esa clase de infamias. Se las rechaza á primera vista, y poco á poco la calumnia surte su efecto... se inquieta uno, se irrita... se entrega á suposiciones, se vacila, y después de una lucha de algunos minutos es uno vencido, y quiere ver, enterarse.

Hice lo que los demas, quise saber; sali precipitadamente, sin esperar al doctor Mortimer, tomé el primer coche que encontré, y héme aquí.

Ahora bien; esa carta no me engañaba.

¡Decía demasiada verdad!

Se levantó como movida por un resorte, y volviéndose á Ana-María, que estaba blanca como el lienzo:

—¿De modo que érais vos, miserable!

Traté de contenerla.

—¡Perdón!—murmuré.

En mi aturdimiento, traté de dar una disculpa necia:

—Esta joven no es culpable—dije.—Venía á decirme que está enferma y que quiere volverse á su país.

—¿Enferma! ¡Ella! Y... ¿desde cuándo? Es-

taba admirablemente buena esta misma tarde... Pronto se ha apoderado de ella su enfermedad....

Y de pronro lanzó un grito de rabia.

—¡Ah, Dios mío! ¡No soy bastante estúpida, bastance ciega!... Pero es ella... ¡Ah!... ¡Lo comprendo todo!... Esta marcha... esta huida... ¡Qué marche, sí, que marche cuanto antes, esta misma noche, al instante!... ¡Marchaos, desgraciada!... ¡Os arrojo de mi casa!

Ya no era tiempo de negar.

Ana-María desfallecía; se doblaban sus rodillas.

La ví próxima á caer sobre la alfombra, y me lancé á sostenerla.

Desmayada, la tendí sobre una butaca, y dirigiéndome á Angela:

—No teneis compasión—la dije.—Dios quiera que no tengais nunca que arrepentiros de ello. Esta criatura es inocente, os lo repito, porque ella no ha hecho más que sacumbir á mis deseos, porque yo soy quien la ha perdido, ¡porque la amo, en fin!

—¡Una sirvienta! ¡una criada! ¡una miserable!

—¡Pues, bien; sí, miserable, pero no en el

sentido que queréis dar á la palabra! —exclamé exasperado. — ¡Es un ángel: una mártir de la miseria! ¡Es una de esas desheredadas á quienes el hambre arroja de su país y que se van de él á la ventura, entregadas á todas las incertidumbres, á todos los dolores, á todas las tentaciones y á toda las torturas!

¡Debierais tener piedad de ella, vos á quien la casualidad ha hecho feliz, rica, sin carecer de nada, pensando en que vos también hubierais podido nacer pobre, abandonada, expuesta como ella á todas las exigencias de un amo que puede echarla á la calle y privarla de su pedazo de pan! ¡Yo soy, yo, quien ha tenido la culpa de todo! ¡A mí es á quien debeis acusar! ¡Dirigíos á mí y os contestaré!

—¿Qué me contestaríais?

—Os contestaría que, si en lugar, de frecuentar tanto la sociedad, las fiestas los almacenes, los bailes y los teatros, loca por el deseo de brillar, hubierais estado en vuestra casa, si la hubiérais vigilado, si os hubiérais ocupado de vuestro marido, en lugar de ocuparos de los trapos y de las cosas fútiles, tal vez le hubiérais defendido y le hubiérais evitado caer en una tentación demasiado poder-

rosa para que no fuera irresistible. Mirad á esa rival á quien tanto desdenais, y decidme cuantas de vuestras amigas, de esas mujeres que acabais de dejar en el teatro cubiertas de diamantes, orgullosas de su opulencia, lisonjeadas por tanto adulador, tienen esa radiante hermosura y ese esplendor casto y sereno de primavera en toda su belleza. Decidme cuantas de ellas podrian rivalizar con esa miserable, como vos la llamais, si los hombres no se dejasen engañar por los trapos y las bagatelas que os adornan! Y el corazón, la delicadeza, el desinterés, todo en fin! ¡Hablamos de ella!

—¡Compararme con!...

—¿Por qué no? ¡Lo que el hombre busca en una unión es la felicidad! ¡Quién os dice que no la encuentre en ella completa, incomparable!

—¡Guardadla, pues!

—¡No teneis necesidad de aconsejármelo! ¡Después de semejante escena no puede haber nada común entre nosotros! ¡No niego mis culpas! No me vanaglorio de ellas. Digo que un azar lo ha hecho todo... Yo no he traído á mi casa á esta criatura... Por vos es

por quien ha entrado en ella. Vos la echáis de ella, sois libre de hacerlo. ¡Otras han caído en manos indignas que las han rechazado después de haber abusado de ellas. Yo no soy de esos. La aguardo en efecto y la protegeré... tanto más, cuanto que me es sagrada... ¡Y vos sabéis por qué puesto que lo habeis dicho!

Me detuve, temblando de cólera y de emoción.

Una exaltación extraordinaria se había apoderado de mí. Al hablar miraba á Ana-Maria con inquietud.

Parecia continuar privada de sentido.

La cogí en mis brazos y la levanté.

Sus hermosos y dorados cabellos se desataron; quedó como envuelta en ellos; sus cerrados ojos estaban anegados de lágrimas.

Angela no hizo el menor movimiento para contenerme.

Se había dejado caer sobre un diván y contemplaba aquella escena sin inmutarse.

Cerca de la puerta me volví y con tono más tranquilo.

—Si he pronunciado palabras demasiado vivas, Angela, la dije, dispensadme. Esta fal-

ta es tal vez más explicable que lo que vos creéis. Ciertas tentaciones son irresistibles. No os odio por vuestra cólera; es legitima. Jamás he tenido porque quejarme de vos y por mi parte debeis hacerme la justicia de que he hecho cuanto he podido para haceros amar la vida. Un ser cobarde y vil ha comprometido nuestra dicha con una denuncia odiosa... Que el mal caiga sobre él y adiós!

Iba á salir.

Angela se levantó galvanizada por una idea.

¡Yo esperaba un movimiento del corazón!

Pero volvió á caer en su asiento diciendo:

—¡No, no; eso es imposible. adiós!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

culpable, de un amo indigno, y consideraba la rabiosa ira que deben suscitar en almas irritadas, llenas ya de una inmensa desesperación.

¡Te arrojo!

Es decir: ¡Vete, tú que has tenido la imprudencia de olvidarte en una hora de aburrimiento y de soledad; tú que has cedido á las instancias de mi marido que te perseguía, de mi marido, ébrio de una pasión brutal:

¡Te arrojo!

Es decir, yo no me inquieto de lo que pueda suceder á esa criatura que llevas en tus entrañas. Trabaja para alimentarla; estenuate, muere de miseria. Tu vergüenza y tus sufrimientos no me importan.

¡Te arrojo!

Es decir te echo á la calle, al arroyo, al sumidero.

Y esas infortunadas se van: obedecen, con la cabeza baja, con la rabia en el alma, no con rabia, su desaliento es demasiado profundo, con desesperación solamente, con la mayor consternación, disgustadas de todo, del amor que no han conocido, de sí mismas, del mundo entero y de la vida.

¡Y no se comprende que el Sena, que serpentea en medio de esa corrupción y de esas cobardías, no arrastre más cadáveres en sus turbias aguas, cadáveres de desesperadas y de hijos de la vergüenza, mientras que la policía recogiera á sus verdugos del suelo de sus viviendas, con un cuchillo de cocina en el vientre!

Esto es lo que yo pensaba.

Ana-María seguía sollozando y con la cabeza apoyada en mi brazo.

Se detuvo el *fiacre*.

La distancia de la avenida Gabriel á la calle de Berri es corta.

Llamé.

Como sabéis, la casa es mía; el portero es uno de los antiguos criados de mi padre.

El buen hombre iba á acostarse cuando llamé.

Abrió.

Entramos Ana-María y yo.

Todos los inquilinos de la casa se habían retirado, y en toda la casa no se veía más luz que la de un mechero de gas que alumbraba débilmente en la portería.

Sin embargo, Pedro leyó en mi cara la

turbación en que me encontraba, y, por otra parte, la presencia de Ana María le sorprendía.

No me interrogó. Es demasiado discreto: sólo que no pudo contener esta pequeña exclamación:

—¡Vos, señor barón!

El ignoraba completamente mis proyectos.

Yo había hecho amueblar un cuarto en el quinto piso, por mediación de una antigua ama de llaves, á quien paso una pequeña pensión, con la cual, y los productos de sus economías reunidas durante el tiempo que estuvo á nuestro servicio, puede vivir.

—¿Está Susana?—pregunté á Pedro.

—Sí, señor barón.

—Dadme la llave...

Vió sin duda una confidencia dispuesta á asomar á mis lábios, porque animándose, dijo:

—El señor barón parece que está muy turbado.

—¡Estoy trastornado, amigo mio! ¡Me sucede una desgracia... muy grande!

—¡A vos! ¿Es posible?

—Es culpa mía. Contaba con el secreto....

No sé quien nos ha vendido. Amo á esta joven... El cuarto es para ella... Mi mujer la echa de casa... No debo abandonarla... Silencio, ¿entendéis?

Pedro me entregó la llave y una palmatoria, diciéndome:

—Si el señor barón quiere, yo le alumbraré...

—Es inútil, no os molesteis.

La casa de la calle de Berri es, en realidad, muy hermosa. La escalera, sobre todo, es grandiosa.

Ana-María iba delante de mí.

El calorífero mantenía á buena temperatura la espaciosa caja de la escalera, y una alfombra muy ancha y espesa cubría los escalones en sus tres cuartas partes.

Se sentía allí el bienestar de las casas ricas; sin embargo, yo veía que una vibración extraña sacudía el cuerpo de la bretona y oía que sus dientes se entrechocaban.

Ana-María tenía frío, un frío de fiebre, un temblor de enfermedad mezclado de graves síntomas.

La conmoción había sido demasiado ruda para aquella vibrante naturaleza.

En el descanso del quinto piso vaciló y no tuvo tiempo más que para agarrarse al balaustre; pero yo la sostuve.

Teníamos cerca la puerta.

Abri y nos encontramos en un vestíbulo helado.

Estábamos á fines de febrero y el tiempo estaba riguroso.

Yo sostenía á Ana-Maria por el talle.

Un gran temblor la agitaba.

Yo no sabía á qué atribuir aquella extrema sensibilidad.

Traté de tranquilizarla.

—No tengas miedo—la dije.—Estás en seguridad y nadie te repetirá las injurias que has oído esta noche.

Yo no había previsto una partida tan repentina de la avenida Gabriel; sin embargo, en la casa de la calle de Berri todo estaba dispuesto para recibir á su nueva inquilina.

La misma Susana la esperaba en una habitación separada de la que debía ocupar, que era espaciosa, pues ocupaba todo el ancho del piso. A esta habitación fué adonde la conduje.

La chimenea, cargada, no esperaba más que una chispa para empezar á arder.

Se encendió con facilidad.

Al mismo tiempo encendí las bujías de dos candelabros y creí que aquella luz iba á dar al rostro de mi pobre Ana una expresión de sorpresa y alegría.

Me engañé.

Permaneció triste y abatida. Sus apagados ojos apenas dirigieron una mirada indiferente á todo lo que la rodeaba.

El sitio era, sin embargo, á propósito para seducirla.

La habitación estaba arreglada con arte.

Colgaduras de seda azul guarnecían el ancho lecho, que ocupaba el centro en frente de la chimenea.

Las paredes estaban colgadas de esa misma tela brochada.

Algunos muebles antiguos suplían lo que el resto del mobiliario pudiera tener de nuevo y de trivial.

Una confortable alfombra, color gris, de armoniosos tonos, cubría el pavimento.

Las dos ventanas que daban al patio, con sus cortinas corridas, completaban aquel nido

de amor que debía cobijar el objeto de mi culto.

Ana-Maria no le concedió ninguna atención.

Se puso de rodillas cerca del lecho, ocultó la cabeza entre las manos y la ví murmurar esta sola expresión.

—¡Perdida!

Sentí un choque en el pecho. Aquello fué como un violento remordimiento que me hirió bruscamente.

No traté de consolarla.

Se levantó al cabo de algunos minutos, se acercó á mí, con los ojos secos, y presentándose la frente con una gracia adorable:

—Perdonadme! — me dijo.

Yo encontraba en su mirada y en su cara algo especial.

La convulsión que había notado en la escalera persistía.

La mano que estrechaba entre las mías abrazaba. Ana-Maria temblaba como una hoja al impulso del viento.

Su color, tan puro de ordinario, se aplo-maba y su cara se alteraba poco á poco.

—¿Qué tienes? — la pregunté.

—Nada.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—¿Tienes dolores?

Tocó su frente y me dijo con voz lastimera

—Aquí.

—¿Mucho?

—No sé.

Contestaba maquinalmente, sus ojos; sus hermosos ojos de un azul verdoso, parecían vidriados.

Apenas se podía tener en pié y se apoyaba en la cama para no caer.

La puse sobre mis rodillas y la desnudé.

Se dejó desnudar como una criatura dormida; yo leía en sus ojos un profundo reconocimiento, un abandono completo de su voluntad, una resignación á todo lo que yo podía exigir de ella.

¡Era mi dicha, mi bien!

¡Oh! sí, ¡mi bien máspreciado!

No hubiera concedido á nadie, ni aun aquella de quien había hecho la compañera de toda mi vida, el derecho de disputármela.

Angela, era mi mujer, la esposa; Ana-Maria era más que ella, era la madre.

La acosté en el lecho con las precauciones de una nodriza y me instalé á la cabecera tendido en una *chaise-longue*.

Temía vagamente aun, el ataque de una enfermedad desconocida, una fiebre, un ataque al cerebro, provocado por la violencia de Angela.

Yo estaba materialmente anonadado.

Toda la noche estuve oyendo, con el corazón afligido, las casi ininteligibles quejas de Ana-María.

Desperté á Susana é hice llamar al doctor Charvát, mi inquilino del primer piso, que no se encontraba en casa.

Llegó á las seis de la mañana, reconoció á la enferma y no se atrevió á decirme su diagnóstico.

Sin embargo me tranquilizó afirmándome que no creía un peligro inminente y que era preciso esperar.

A las nueve, Ana-María parecía mejor y Susana velaba á su lado.

Me aproveché de esto para ir á la avenida Gabriel.

Angela me esperaba en mi gabinete.

## XIX

Dí un paso atrás, con intención de retirarme.

Angela me detuvo con un gesto.

Estaba triste. La noche la había aconsejado. La irritación de sus ojos demostraba la ausencia del sueño, ó que éste había sido agitado y tal vez interrumpido por el llanto.

—Quedaos,— me dijo con dulzura.—Tenemos que hablar. ¿Dónde habeis estado toda la noche?

No contesté.

—Con esa muchacha, sin duda. Entre ella y yo, no habeis dudado. Es la más cruel injuria que habeis podido hacerme. En fin, la he sufrido... Ya comprendéis que entre nosotros todo ha concluido...

Permanecí mudo.

Ella suspiró.

—Yo no esperaba tan triste vida,—repu-

La acosté en el lecho con las precauciones de una nodriza y me instalé á la cabecera tendido en una *chaise-longue*.

Temía vagamente aun, el ataque de una enfermedad desconocida, una fiebre, un ataque al cerebro, provocado por la violencia de Angela.

Yo estaba materialmente anonadado.

Toda la noche estuve oyendo, con el corazón afligido, las casi ininteligibles quejas de Ana-María.

Desperté á Susana é hice llamar al doctor Charvát, mi inquilino del primer piso, que no se encontraba en casa.

Llegó á las seis de la mañana, reconoció á la enferma y no se atrevió á decirme su diagnóstico.

Sin embargo me tranquilizó afirmándome que no creía un peligro inminente y que era preciso esperar.

A las nueve, Ana-María parecía mejor y Susana velaba á su lado.

Me aproveché de esto para ir á la avenida Gabriel.

Angela me esperaba en mi gabinete.

## XIX

Dí un paso atrás, con intención de retirarme.

Angela me detuvo con un gesto.

Estaba triste. La noche la había aconsejado. La irritación de sus ojos demostraba la ausencia del sueño, ó que éste había sido agitado y tal vez interrumpido por el llanto.

—Quedaos,— me dijo con dulzura.—Tenemos que hablar. ¿Dónde habeis estado toda la noche?

No contesté.

—Con esa muchacha, sin duda. Entre ella y yo, no habeis dudado. Es la más cruel injuria que habeis podido hacerme. En fin, la he sufrido... Ya comprendéis que entre nosotros todo ha concluido...

Permanecí mudo.

Ella suspiró.

—Yo no esperaba tan triste vida,—repu-

so;—pero comprendo que sinó nos hubiera sucedido ninguna desgracia, hubiéramos sido una excepción en medio de los demás... Esta casa contenía demasiada felicidad para una familia. Ahora el porvenir es sombrío si el pasado ha sido risueño. ¿Qué vamos á hacer?

—Lo que queráis.

—¿Cómo lo entendéis?

—Entiendo que sois dueña de la situación. Yo he cometido una falta, no lo negaré.

—Tened cuidado,—dijo.—Porque es de esas que un caballero no confiesa. Vuestra reputación está intacta. No habeis hecho nada contra el honor... ¿Qué creéis que pensará la sociedad?

Me encorji de hombros.

—Sí, ya sé—dije—que hay preocupaciones, preocupaciones absurdas, imbéciles. Es mejor engañar á su mujer con una duquesa horrible ó una joven rica, pintada, acicalada, que con una hermosa y pura criatura cuyo nacimiento y fortuna dejan que desear. Esas preocupaciones no las tengo yo... Las pisoteo.

—Demasiado me lo habeis probado.

—No formuleis recriminaciones indignas de

vos. Vamos al objeto. ¿Qué deseáis? Os doy mi palabra de honor de que si lo que exigís es siquiera posible, os daré sin aplazamientos ni discusiones alguna completa satisfacción. ¿Pedís que nos separemos?...

—No.

—¿El divorcio?

—Menos.

—¿Qué entonces?

—Quiero salvar nuestro honor. Este descubrimiento me ha sido cruel, Claudio, pero no olvido que hemos vivido durante quince años uno al lado del otro, el uno para el otro tal vez, y aunque todo ha concluido entre nosotros, llevo vuestro apellido... Ese apellido es honroso y quiero conservarlo. ¿No me acusareis de haberlo manchado en el pasado?...

—¡Angela!

—No lo deshonraré en el porvenir... ¿Amais á esa joven?...

—No me lo preguntéis!

—¡Ah! conozco demasiado la contestación que me espera... En fin, la amais. ¿La hareis sin duda vuestra querida?

—¡Angela, os suplico!...

—Es linda, más que linda... es hermosa... no

me habia fijado en esto... yo soy, pues, la causa de mis desgracias... he sido imprudente... Pero razonemos... Sois generoso...

—Vos habeis tenido siempre la mano muy abierta.

—¿Adónde quereis ir á parar?

Angela murmuró con timidez:

—A que podriais... con una cantidad... con una gruesa suma si quereis...

—Comprendo.

—¿No es posible eso?

—No sé... pensaré... veré...

Angela repuso como hablando para sí:

—Y además hay una dificultad, lo comprendo; un lazo entre vos y ella; un abismo entre vos y yo...

Quedó un momento pensativa; por fin, con el corazón oprimido.

—Oid lo que os propongo—dijo.

—Os escucho.

—Debo deciros desde luego que he ocultado nuestra ruptura cuanto me ha sido posible. He corrido la noticia de que esa joven ha sido llamada con urgencia á su país, á causa de una defunción ocurrida en su familia.

—No la tiene ya.

—¿Qué importa? Nuestras gentes pensarán lo que quieran... Me parece imposible que no hayan sospechado nada... Vuestras relaciones datan de hace mucho tiempo...

—¿Para qué insistir?

—¿Para qué?—repitió con amargura.—No creéis que se encuentra á veces un goce en introducirse de nuevo el cuchillo en la herida? Yo obro así tal vez. ¿Fué el verano pasado cuando comenzaron?

—No me acuerdo ya.

—Sí, en Marnes ó Hennequeville, no estoy segura... ¡el afán de la sociedad me ha arrastrado, perdido! Hay detalles que me vienen á la imaginación. Esa pequeña, estaba pensativa y hasta triste, cuando no estábais allí. ¡En cuanto os presentábais, se transformaba! ¡Ya veis! ¡Tener por amante al barón de Chatel, al hermoso Claudio, al amo! ¡Qué triunfo!

—¡Oh! Os aseguro que no tiene por eso ninguna vanidad.

—Defendedla... Ese es vuestro papel. Yo la odio.

—Angela, os lo suplico, ocupémonos de

cosas serias. Os lo he dicho, ¿qué exigís?

—Yo no exijo nada... He aquí lo que os ofrezco. Para la sociedad continuaremos viviendo como hasta aquí.

—Sea.

—Ahoguemos en lo posible este escándalo.

—Lo deseo como vos.

—Nada, pues, parecerá haber cambiado en nuestra existencia. Yo me cuidaré de la casa lo mejor que pueda. En cuanto al dinero, dispondréis de él á vuestro antojo... No haremos alusión alguna á esta desgracia.. pero...

—Continuad.

—A partir de hoy, no habrá nada de común entre nosotros más que ese exterior destinado á sostener la opinión. Vos iréis libremente adonde queráis... Os ausentaréis... Yo no os pediré cuenta... Me comprometo á respetar vuestro apellido mientras lo lleva. ¿Es eso lo que vos podéis desear?

—Hablabais de generosidad hace un instante; vos sois quien da pruebas de ella en este momento.

—No es por generosidad por lo que me

conduzco así, es por prudencia y por egoísmo. Yo guardo de mi pasada felicidad todo lo que de ella puedo guardar.

En el momento en que la emoción iba á apoderarse de ella, se levantó bruscamente.

—¡Adiós—me dijo—sois libre, Claudio! ¡haced de esa chica lo que queráis! Enriquecedla... amadla; pero que su nombre no sea jamás pronunciado delante de mí. ¡La aborrezco... la aborrezco mortalmente!

Pasó cerca de mí.

Quise cogerla una mano.

La retiró con violencia y abriendo la puerta desapareció.

Quedé clavado en la alfombra algunos minutos, satisfecho de aquella resolución que nos libraba de un descrédito y parecía en resumen el mejor partido que podía tomarse.

Me senté en mi escritorio y contesté varias cartas atrasadas. Estuve cerca de una hora escribiendo.

Entró Fermin.

—El señor barón no ha pasado en casa la noche,—me dijo con la familiaridad que yo le permitía.

—En efecto.

—Es extraordinario... El señor barón no tiene costumbre de retirarse tarde y sobre todo de no pasar la noche en su casa.

Balbuocé algunas palabras explicando mi ausencia por una gran partida de juego en el círculo y terminé la explicación con estas palabras:

—¿Qué absurdo, es el juego!

Fermin me dijo:

—Al arreglar esta mañana el gabinete del señor barón, he encontrado en el suelo un papelito que puede tener su importancia... Se le habrá caído al señor barón.

—¿Qué papel?

Fermin levantó un candelero de plata sobredorada que estaba sobre la chimenea y sacó la carta anónima que yo había vuelto a meter en el sobre.

—¿No habeis leído esta carta, Fermin?

El pobre muchacho pareció escandalizado.

—El señor barón me causa pena con esa suposición, me dijo. El señor barón sabe que yo no miro jamás las cartas aun cuando estén abiertas.

—Teneis razón.

—¿No tiene nada que mandarme el señor barón?

—Nada.

En aquel momento me ocurrió una idea y dije:

—Sí, esperad.

Me preguntaba yo de dónde provenía la carta anónima que había encendido la pólvora y hecho estallar la catástrofe, cuando yo creía haber previsto tan bien todos los peligros y tomado mis precauciones.

Daba vueltas en todos sentidos á la carta. La letra era mala, desfigurada, sin duda; pero era letra de mujer, y de mujer poco acostumbrada á manejar la pluma.

Por otra parte, la redacción era torpe, embrollada.

Las ironías de Virginia me perseguían desde la aparición de la baronesa en aquella noche nefasta.

Mi inteligencia con Ana-Maria me había impresionado de tal modo, se había hecho para mí una fase de mi vida tan importante que todos sus detalles me quedaban presentes en la imaginación con una precisión increíble.

Me acordaba de las menores palabras de la doncella, de sus alusiones y de sus puntadas.

Cuanto más reflexionaba, más me persuadía de que solo ella podía ser la autora de todo.

Mis gentes me querían: querían también a la baronesa.

¿Cómo podía ser de otro modo? No había servidores mejor tratados en ninguna casa de París.

Angela era loca, ligera y caprichosa a veces, pero toda corazón en el fondo.

Queríamos que todo el mundo fuese feliz a nuestro alrededor.

Después de haber examinado largo tiempo la carta, dije a Fermin:

—Hacedme el favor de ir a buscar a Virginia.

Fermin pareció un momento sorprendido por esta orden; pero no tenía costumbre de disentir mis órdenes, y salió.

Un instante después volvió, se separó para dejar pasar a la doncella y se retiró discretamente.

## XX

Virginia estaba muy tranquila. Ningún temor se notaba en su cara morena y escuálida, de la que sus negros ojos, muy vivos, sepultados en profunda y acardenalada cavidad ocupaban una gran parte.

Aquellos grandes ojos brillaban como carbones en una caverna.

—¿Me ha hecho llamar el señor barón?— dijo con voz tan seca como su cara.

—Sí, sentaos.

Obedeció.

Una maligna sonrisa erraba por sus labios.

Abordé enseguida la cuestión.

—¿Virginia, podríais darme algún informe...?

—¿Acerca de qué, señor barón?

—De esto.

Desdoblé la carta y la puse sobre el escritorio, delante de ella.

Ni se puso colorada, ni palideció.

Su cara no expresaba más que una sorpresa moderada.

—¿Qué papel es este?— preguntó.

—Es una carta que ha causado ya una gran desgracia y que causará otras tal vez.

—No comprendo absolutamente nada, nada;— dijo con aire desenvuelto.

—¿Queréis leerla?

—¡Si lo permitís!

Se inclinó sobre el escritorio, pronunciando las palabras en voz alta, leyó la carta del principio al fin.

—Esto es una indigna maldad— dijo en seguida— ignoro de quien pueda ser, pero la persona está bien informada.

—¡Ah!

—Seguramente.

—¿Qué sabéis vos?

Me miró con aire en el cual había mucho de burlón y con el mismo tranquilo tono:

—¿El señor barón cree que todos los que le rodeamos somos ciegos?— dijo.

—Me habré equivocado.

—Por mi parte, no vacilo en convenir en ello. Hace mucho tiempo que estoy al cabo de todo lo que pasa.

—Me lo sospechaba.

—Me atrevo á decir que no ignoro nada de la intriga del señor barón con esa pequeña.

—¡Es verdad!

—Hasta puedo dar al señor barón un detalle que le probará mi completa discreción.

—¿Cuál?

—Se acuerda el señor barón de que Ana-María, á su vuelta de Bretaña, le reveló un hecho muy interesante para él?

—¿En el parque?

—Perfectamente en el parque, una noche. ¡Oh! yo no espiaba á esa pobre jóven y el señor barón puede creer que le respeto demasiado para ocuparme de sus asuntos... Pero yo estaba allí; tomaba el fresco. Os sentí venir y no me moví, ¿Es culpa mia si hablan alto cerca de mí? El señor barón debe hacerme la justicia de que no he desplegado los labios.

—En efecto.

Guardó silencio un momento.

Yo no estaba convencido de su inocencia.  
Al contrario.

Había tanta sarcástica ironía en el tono con que hablaba, en su mirada, en el pliegue de sus labios, que no podía dudar de su aversión, de sus esfuerzos para hacerme daño.

Yo no conocía su letra.

—Oid, repuse; tenéis un medio de disculparos.

—¿Creeis que he sido yo quien ha escrito esta carta?

—Francamente dudo que no seais vos quien ha cometido esta infamia.

—El señor barón me hace poco favor.

—Escribid algunas líneas y veré... compararé.

—Ruego al señor barón que se fije en que no conseguiría nada con esa prueba.

—¿Por qué?

—Porque hubiera podido dictar la carta á un desconocido.

—Lo sé... pero escribid.

—Bueno.

La di una pluma y papel, y con presteza, sin más vacilaciones, trazó estas líneas:

«Yo soy quien ha escrito esa carta; yo

quien la envió á la señora, y todo porque odiaba al señor barón, porque le odio aún.»

Quedé estupefacto de tanta audacia.

No podía creer á mis ojos.

—¿De modo que habeis sido vos?—la dije, temblando de cólera.

—Yo.

—¿Y tenéis el valor de confesarlo?

—Tengo ese valor, en efecto.

—¿Sabeis que os es imposible imaginar nada más atroz?

—Lo sé.

—¡Ni más cobarde!

—Los débiles se ven obligados á servirse de los medios que están á su alcance.

—Sabeis que herís á una inocente, y que esa inocente pagará tal vez con su vida vuestra cobardía.

—Los inocentes pagan con frecuencia por los culpables. Además, esa chica es más feliz que yo.

—¿Por qué?

—Ha gozado del bien que yo he codiciado en vano.

—¡Reflexionad! ¿Qué daño os he hecho yo?

—El más cruel de todos, el que las muje-

res perdonan ménos. ¡Me he ofrecido y me habeis despreciado!

Me pasé la mano por la frente.

Me preguntaba por qué existen seres tan malvados.

—Desgraciada—exclamé.

No se sulfuró.

Aquella muchacha estaba tan glacial como los reptiles que son animales de sangre fria.

—Ruego al señor barón que no olvide que en este momento está en mis manos su reputación. Si yo quisiera, mañana sabría todo París que el señor barón ha sacado de casa á la doncella de la señora, ó mejor dicho, á una simple criada.

Hay grados en la gerarquía de los criados.

Virginia pronunció estas palabras con una dignidad soberana.

—Si me callo—concluyó diciendo—es porque el señor barón me quede aun reconocido.

Yo sabia ya de donde había partido el golpe.

Mis presentimientos no me habian engañado.

Este desastre resultó de uno de esos odios

femeninos que no miran los medios de que se valen para vengarse.

—¡Ah! creéis—dijo Virginia—que he olvidado vuestros desprecios, devorado mi afrenta. ¡Que error! Habeis sido poco prudente para ser como sois un hombre de talento, y me habeis hecho sufrir mucho, señor barón. Os llamaban *el hermoso Claudio* y erais, en efecto, un modelo de elegancia. ¡El azar os lo había facilitado todo! ¡Lo noté bien pronto!

¡El me colocó cerca del fuego como yo he colocado á Ana María cerca de vos!

Lo que yo he sufrido pensando en vos inútilmente, no necesito decíroslo. ¿Qué os hubiera costado mostráros complaciente y generoso con una pobre muchacha que os lo hubiera agradecido y hubiera hecho los imposibles por agradaos y serviros? ¡Es tan fácil ocultar esas aventuras que causan tanto placer y cuestan tan poco! ¡No habéis querido! ¡Habeis fingido no comprenderme!

Pasó el tiempo. Mi juventud desapareció; mi rencor quedó. Entonces imaginé una venganza muy sencilla. Busqué una joven, la más hermosa, lo más atractiva que pude encontrar; la introduje en vuestra casa, la co-

loqué á vuestro paso; la he cuidado, la he adornado con mis propias manos y me he dicho que llegaría el día de mi desquite. Ese día ha llegado, y, sin embargo, no sois digno de lástima. La señora baronesa está desesperada, la casa en desorden; pero os queda la otra, con lo que os faltaba, un hijo.

¡Y es á mí á quien se lo debéis!

Nuestras cuentas están, pues, arregladas, señor barón. No habéis querido á la doncella, á la verdadera doncella; habéis querido á la otra, la segunda, la recadista, la criada... la...

Dijo una palabra más insultante que las otras, é inclinándose con cierta burla, añadió:

—¿No tiene más que preguntarme el señor barón?

La imité y no me incomodé.

—No, la dije.

—¿Entonces, puedo retirarme?

—Como os plazca.

—¿El señor barón no me odiará por esto he?

La medida estaba colmada.

La cogí por la muñeca oprimiéndola hasta hacerle daño.

No dejó de sonreír. El orgullo la sostenía.

—El señor barón—que es tan galante—se olvida de eso en este momento, dijo. Una doncella no deja de ser una mujer. Bien lo sabe el señor barón.

—Escucha la dije, obligándola arrodillarse delante de mí, has hecho más daño que tu crees y que el que querías hacer sin duda. Ana-María es víctima de una repentina enfermedad... el médico no sabe aun lo que sucederá. Ruega á Dios, si quiere oírte, que la conserve la vida por que si muere no daría yo dos sueldos por la tuya, no, en verdad, aunque tuviera que convertirme en verdugo yo mismo.

La solté.

Se levantó mirado con aire de compasión su brazo acardenalado.

—¡Esto es indigno—murmuró.—¡Una mujer!

—¡Tu no eres una mujer: tu eres una víbora.

—¿No teneis más que decir?

—¡Vete!

Se alejó lentamente, llegó á la puerta, y

cuando la hubo abierto, recobrando su audacia:

—El señor barón hace mal en tratarme así—dijo.—El señor barón sabe que es mejor tenerme por amiga que por enemiga. Que se presente la ocasión y el señor barón se convencerá de esto. ¡Hasta la vista señor barón!

Terminó de prisa mis quehaceres, puse mis papeles en orden y me dispuse á salir.

En el momento en que iba á atravesar la puerta cochera, me crucé con el portero de Ana-María que iba en mi busca.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—El doctor os ruega que vayais en seguida.

—¿Qué hay?

—La joven debe estar peor.

Era demasiado verdad.

Cogí un coche y me encaminé á la calle de Berri.

Subí á escape los cinco pisos.

Cuando llegué, encontré á Susana y al doctor al lado del lecho de Ana-María.

Esta deliraba cada vez más y el médico me llamó aparte para decirme:

—Señor barón, tal vez haya algún peligro.

—¿Qué creéis pues?

—Que una fiebre, cerebral sin duda, va á declararse.

—No se engañaba.

Aquella misma noche se presentaba la fiebre. Era imposible equivocarse.

Durante tres semanas no me visteis por el círculo.

Corrió la noticia de que yo viajaba por la Argelia.

Presa de las mayores angustias pasaba los días y las noches á la cabeza del lecho de Ana-María.

La desgraciada chica luchó entre la vida y la muerte.

La vida fué quien triunfó.

## XXXI

Aquella enfermedad debía serme tan cruel como fatal.

Os pido perdón, doctor, por no haberos llamado para asistir á aquella pobre niña.

Dejé obrar como quiso al doctor Charvet. Yo estaba aniquilado.

Durante los días de peligro no me sentía capaz ni de querer ni de pensar.

No salía de la habitación de la enferma y pasaba el tiempo á su lado, siguiendo paso á paso los progresos de la enfermedad.

Pensaba que perdiendo aquella criatura, que me era doblemente querida, iba á perder todo cuanto me quedaba de porvenir y de alegría.

La paz de mi casa había concluido para siempre.

El afecto de Angela estaba muy cruelmen-

te maltratado para que se curara de su herida.

Yo lo creía así al menos.

No tenía razón.

Hubiera debido tener más confianza en aquella unión de quince años, que no había alterado ninguna querrela. Con algunos esfuerzos, disculpando mi falta, usando caricias y lisonjas permitidas, poniendo en juego los medios con ayuda de los cuales se recupera un terreno perdido, hubiera podido atenuarla, suavizar la pesadumbre de aquella traición y conseguir la reconciliación necesaria para nuestro reposo.

No tuve tiempo de ocuparme de eso.

Esto fué una desgracia más.

Angela no podría perdonarme este abandono.

No volví á presentarme en la avenida Gabriel.

Aunque disculpando mi ausencia, explicándosela por razones más ó menos plausibles, Angela debió pensar que yo hubiera podido distribuir el tiempo entre mis dos enfermas, consolar, tanto á la que lo estaba del corazón, como á la que un mal postraba en el lecho, lo

enual ignoraba la baronesa, porque en mi turbación y mi desesperación, ni aun pensé en informarla de las causas de mi alejamiento.

—Creyó, pues, que mi pasión por Ana-María era la única causa de él y que yo había tomado en serio su declaración provocada por una legítima cólera!

«Todo ha concluido entre nosotros.»

A partir de mi conversación con Virginia, todo quedó roto en efecto entre la baronesa y yo.

Ella continuó haciendo su vida pasada: corrió como de ordinario los salones de sus amigas, los tés á donde podía ir sola; se la vió en el bosque con su coche, muy alegre siempre; hizo punto de honor no dejar traslucir ninguna pena; ¡tal vez no las dejaba traslucir porque no las tenía

Fresneuse interrumpió á su amigo:

—Querido—dijo—tú te calumnias.

El barón movió la cabeza.

Desvaux emitió su parecer.

—El marqués tiene razón.

—¿Cómo lo sabéis?

—Una mujer que os ha amado quince años no puede desligarse de vos tan fácilmente.

—¡Lo creéis así!

—¿Es uno fisonomista, ó no lo es?

—¿Qué quereis decir?

—He tenido el honor de encontrar varias veces á la señora baronesa...

—¿En dónde?

—Un poco en todas partes... En la Opera hace unos diez dias.

—Estaba conmigo—declaró el doctor Mortimer.—Mi barba gris me vale ciertos privilegios.

—¿Y qué?

—¿Qué? querido, he aquí mis impresiones: la baronesa estaba admirablemente puesta... su vestido color paja era todo lo que hay de más elegante en París... su cutis, siempre soberbio y palpitante—perdonad este detalle—sus cabellos castaños no tienen el más mínimo matiz plateado, ni un hilo blanco. Los ojos resplandecían... tal vez con el fuego de la fiebre, mas, por decirlo todo en una palabra, se la veía que sufría... ¡Había abatimiento en aquella cabeza tan joven, tan primaveral!... Sus párpados estaban amoratados y en sus labios se veía un pliegue que indicaba el dolor...

Sin duda, esto es casi imperceptible. A diez pasos de distancia, la baronesa es la misma... de cerca, se comprende que hay en ella algo, no se sabe qué, una oruga en la flor, un gusano en la manzana. La oruga y el gusano es la pena... Conozco eso, lo conozco demasiado, y apostaría veinte contra uno á que si vuestra mujer quisiese confesar la verdad, diría que tengo razón. ¡Es tan fácil ver cuando uno sufre!—Desvaux se tocó el pecho;—cuando se tiene una pena en el corazón y está interesada la cabeza!... Esas heridas, creedlo, no se curan como se quiere! ¡hablo por una experiencia que no quisiera tener!

El pintor se interrumpió.

—Soy tonto con mis sentimentales discursos! Dadme un cigarro doctor y viva la alegría! ¡El amor, la vanagloria, el vino, el dolor mismo, todo no es más que humo, ilusión y químera!

Y dirigiéndose á Chatel.

—Vamos, continuad,—le dijo.

El baron le había escuchado en silencio. El acento incisivo del pintor, su ligereza aparente, su falso escepticismo, ocultaban mal la pena profunda, ponzoñosa, incurable.

que callaba por orgullo, y de la que trataba de consolarse por el trabajo y la gloria, sin conseguirlo.

El pintor no exageraba al calificarse de buen fisonomista.

Lo era en efecto.

El hermoso Claudio sintió remordimiento al oír hablar de la pena de la baronesa.

No se podía ser impunemente el marido de una mujer hermosa, honrada y graciosa cuya única culpa es amar demasiado la sociedad, y el lazo de la costumbre, el más fuerte de todos, no se rompe sin un resentimiento de las fibras más vibrátiles del corazón.

El baron quería aún (como Desvaux quería aún á su infiel) con menos celoso ardor, pero con tanta fuerza, á la que habia sido la compañera de los mejores dias de su juventud.

La baronesa estaba siempre bella y seductora.

Su ternura no habia desmerecido jamás.

Tal vez no necesitara más que aquella prueba, aquella sacudida, aquellos celos, despertados bruscamente en ella, para que la

llama que dormitaba en el fondo de su alma se despertase por el viento de la tempestad que la volvía á encender y la daba un ardor que no había tenido jamás.

Chatel no pensó más.

No había comprendido más que una palabra del discurso del pintor.

¡Su mujer sufría! A pesar de sus esfuerzos por aparecer risueña, satisfecha y bulliciosa, se notaba la pena en su sonrisa.

He aquí todo.

Esto le conmovió profundamente.

Desvaux, con las piernas cruzadas, tendido en la ancha butaca, encendía un cigarro con ese aire desenvuelto con que las gentes de la buena sociedad disimulan sus más vivas emociones, mientras que de Aubagny, muy íntimo suyo, le decía:

—¡Vamos! no lo ocultes! Tú sufres... ¡Confíesalo! ¡Eso te consolará!

—Hacia fines de marzo—repuso el barón—Ana-María se encontraba fuera de peligro; pero su convalecencia debía de ser larga y difícil. Recuperó la salud en la primavera. ¡La juventud tiene inagotables recursos! En abril estaba ya repuesta y más hermosa que

nunca. La compré un coche cerrado y todos los días, á las horas en que el Bosque está casi desierto, la acompañaba al paseo y recorría á pie con ella, para que recobrará las fuerzas, los senderos extraviados por donde la gente de nuestra sociedad se aventura pocas veces. La colmaba de cuidados, que ella agradecía con una de esas angelicales sonrisas que penetran hasta el fondo de las almas.

La creía, pues, feliz y la ocultaba mis secretos aburrimientos y los apuros que me causaba nuestra misteriosa vida en una ciudad en donde soy tan conocido.

Jamás le hablé de la baronesa, y con un tacto que no podía pedirse á su falta de experiencia, ella no pronunciaba su nombre, ni el de Virginia, ni el de cualquiera que pudiera recordarnos mi casa.

Uno de los primeros días de mayo volvimos de nuestro paseo por el Bosque: eran las ocho de la noche.

Estábamos comiendo enfrente el uno del otro. Aquí debo confiaros un detalle que os parecerá raro, pero no dudaréis de mi palabra si os lo afirmo.

En pocas semanas la había formado, hasta el punto de que hubiera podido pasar por una joven de la buena sociedad.

Durante su enfermedad la expliqué lo que esperaba de ella, el porvenir que la preparaba.

A cada instante la repetía:

— ¡No me queda nada más que tú! Quiero verte encantadora, envidiada, digna en todo de tu destino. Tu hermosura será mi excusa.

Me escuchaba con atención y lucía en sus ojos el ardiente deseo que tenía de agradarme.

Las mujeres felizmente dotadas tienen en sí una elegancia natural y aptitudes que las transforman con una rapidez admirable.

Un profesor inteligente puede transformar en pocos meses á una guardesa de pavos en una marquesa.

Hablo del exterior.

La modista y la peinadora ayudan potentemente.

Para la imaginación, el noviciado es más difícil; pero en Ana-María el terreno estaba ya preparado, y es preciso decir que tenía en el alma una poesía extraña y un sentimiento

profundo de las cosas de la naturaleza que la prestaban el encanto exquisito de las flores silvestres y de las plantas de los campos y de los bosques, flores de agavanzo, pajarilla ó campanilla nacida al aire libre y que la mano del hombre no ha tocado nunca.

¡Qué de palabras salidas del corazón he oído!

¡Qué de seductoras palabras se han grabado en mi memoria para no salir jamás de ella!

¡Qué ingenuos arranques y qué entero abandono, conmovedor y lleno de encanto.

La comida había terminado.

Acabábamos de pasar á su habitación.

Un fuego suave ardía en la chimenea, cerca de la cual nos sentamos.

Desde hacía algunos minutos, guardaba Ana-María un silencio tímido, y yo leía en sus ojos un deseo que ella no se atrevía á expresar.

A la verdad, en aquellos momentos la amaba con una pasión tal, que era incapaz de negarla nada.

Si me hubiera pedido un hotel; si me hubiera exigido la mitad de mi fortuna, se la

hubiera dado con alegría, sin vacilar un momento.

Por otra parte, yo no dudaba que ella no fuese mía, mía sólo y para siempre.

Sería tal vez insensato esto; pero mi convicción no ha cambiado.

La atraje hacia mis rodillas y, meciéndola como á un niño, la dije con dulzura:

—¿Tienes algo que pedirme?

Ocultó su cabeza en mi pecho y la oí murmurar en voz baja:

—Sí.

## XXII

Yo no sabía cuál podría ser aquel misterioso deseo suyo.

Ana Maria vacilaba en expresarlo.

La animé cuanto pude diciéndola:

—No temas nada. Sea lo que quiera lo que desees, está concedido desde luego.

Levantó sus grandes ojos cuya mirada me atraía y con voz que despertaba en mí, yo no sé qué emoción profunda y triste.

—Comprendo demasiado que soy una molestia para vos, me dijo.

—¡Tú!

Movió la cabeza suavemente.

—No trateis de engañarme, con bondad. No conozco nada el mundo y no soy más que una ignorante, pero adivino ciertas cosas, y veo bien lo que os ocurre. Yo os privo de vuestros amigos: es obligo á estar encerrado

á mi lado: ocultais vuestra vida! En fin, ni aun os atreveis á volver á vuestra casa.

—¿Qué me importa todo eso?

—Me importa á mi que seais feliz y no podéis serlo así...

Iba á protestar.

—No lo negueis,—repuso con viveza poniéndome una mano sobre los labios, con un gesto lleno de gracia.—Sé lo que digo.

Yo me asusté de aquella lucidez.

—Pero te amo, Ana María,—la dije estrechándola con fuerza contra mi pecho...—y tú me bastas.

Inclinó la cabeza varias veces y con acento intraducible:

—¡Hoy,—replicó,—pero mañana?...

Ella lo había adivinado todo.

Quedé mudo, y entonces añadió:

—¡Yo también os amo con ardor, á vos exclusivamente. Lo que siento por vos es adoración. Si necesitáis mi sangre, os la daría sin vacilar. ¡Mi vida es vuestra, haced de ella lo que queráis! Pero no quiero atormentaros. No quiero veros triste y pensativo. ¡Que no estuviera cerca de vos como en otro tiempo en los primeros días de mi entrada en

vuestra casa!... Os admiraba de lejos, os veía sonreír entre vuestros amigos. Me asomaba á las ventanas por contemplaros un segundo. Cuando salíais á caballo, os seguía todo lo lejos que alcanzaba á veros. ¡Entonces érais feliz! ¡Ahora, qué diferencia! ¡Ah! no puedo expresar bien lo que siento, pero he dicho bastante y vos me habeis comprendido. De modo que no me negareis lo que os voy á pedir.

—Habla.

Yo no podía disimularlo.

Ana María decía la verdad.

Estaba excesivamente ligado á ella; y hasta comprendía que aquella unión sería indestructible. Encontraba un verdadero y delicado placer en formar aquella naturaleza inocente y pura; casta á pesar de su falta; en instruirle, en desarrollar su natural elegancia, en iniciarle en esos refinamientos del lujo que la convenían como á una duquesa un collar de diamantes, pero ella había leído en el fondo de mi alma.

Yo no podía separarme sin pena de todo cuanto me rodeaba ántes de nuestras relaciones.

No podía explicar mis sentimientos, pero amaba á la vez á dos mujeres con un amor diferente.

Sentía hácia Angela el cariño y la amistad engendrados por quince años de intimidad casi sin una nube.

La agradecía infinito el tacto y la delicadeza con que ocultaba nuestra ruptura á los ojos de la sociedad, el silencio que guardaba y la abnegación con que cubría nuestra derrota, porque aquello era una derrota verdadera.

La baronesa pensaba bien.

Si la sociedad hubiera conocido aquella aventura, ¡qué desencanto! La sociedad es estúpida. Juzga todo con sus ideas preconcebidas, sus imbéciles rigores, sus preocupaciones seculares. Su balanza es con frecuencia más falsa que las de la justicia, y no admitirá jamás, por ejemplo, que se recojan perlas en un muladar.

Sin el sacrificio de Angela, hubiera sido ya escarnecido, por esto la guardaba un agradecimiento profundo.

Amaba á Ana María de otro modo, y la amaba más tal vez. La amaba como á una de

esas esclavas favoritas que los musulmanes encierran en su harem, como una cosa mía, como una alhaja de la cual no quería separarme.

Estaba desesperado por no poder conciliar estos dos amores, y temblaba por mi impotencia.

La perfidia de Virginia había trastornado por completo mis planes y destruído una felicidad que, sin élla, me hubiera sido fácil conservar.

Me torturaba la imaginación por encontrar un remedio á aquella catástrofe.

No existía.

El mal estaba hecho y era irreparable.

Ana María lo sabía y medía su extensión.

Me echó los brazos al rededor del cuello, y me dijo:

—¡Echais de menos vuestra casa, vuestros amigos, todo lo que os he hecho perder! Yo también echo de menos algo...

—¿Es posible?

—¡Ay de mí, tan posible!

—¿Qué echas tú de menos?

Ana María dijo en voz tan baja, que apenas pude oírla:

—Mi país.

—¿Querías volver á verlo?

Inclinó la cabeza.

—¿Consentirías en abandonarme?—añadió.

—¡Oh! por algún tiempo nada más, por pocas semanas.

—¿En el estado en que estás?

—¿Por qué no?

—¿Pero sabrían allí?...

—Tal vez no.

—¿Puede ocultarse eso?

—La casa de mi madrina está aislada, me encerraría en ella.

—¿El rector?...

—Le confesaría todo mi secreto... Es necesario que yo pida perdón á Dios por mi falta.

—¿Qué diría la misma Francisca?

—Lloraría un poco... pero perdonaría...

¿No es una madre para mí?

—¿Los otros?... el aduanero, Carhel...

—Llegaría de noche, en las tinieblas. Me deslizaría en la casa de mi madrina... Nadie me vería... Allí al menos sería consolada, cuidada por una mujer á quien amo y que me ama.

De pronto se animó.

—¡Ah! vos no conocéis el corazón de nuestras madres, de las pobres mujeres de nuestras aldeas, obligadas á separarse de sus hijas, á enviarlas á Paris cuando ya son grandes, á ganar su vida. ¡Bien saben lo que las espera! ¿Por qué habian de escapar las unas mejor que las otras de la mala suerte; venid á nuestro país, vereis algunos niños correr descalzos, casi desnudos, por la playa llamando á sus madres que ya no están allí. Mujeres ancianas cuidan de ellos y les tienen en su casa. Viven y crecen á la voluntad de Dios. Esos son los niños de Paris. No se les trata peor que á los otros. Sus madres ausentes piensan en ellos, y les alimentan, no con su leche, sino con su sangre, que se acaba pronto. Paris no es bueno para ellas. Mueren jóvenes. Entre esos niños, hay muchos huérfanos. No conocerán jamás á supadre... No lo tienen, y esto es tal vez un afelicidad para ellos, porque esos padres son canallas.

Cerró los ojos y añadió con una ternura, un amor y un agradecimiento indecibles:

—¡Vos sois bueno! ¡El mio no será desgraciado como esos!

Yo reflexionaba. En el fondo me costaba mucho trabajo separarme de ella, aunque fuera por pocos días; pero podría preparar el porvenir durante aquella ausencia, y tal vez atenuar el mal causado por Virginia.

Noticias adquiridas respecto á Angela me habían conmovido violentamente.

Estas noticias eran poco más ó menos lo que Desvaux acababa de expresar:

¡Sufría! ¡Luego seguía amando!

Una vaga esperanza se presentaba en mi espíritu, pero solo como esas auroras que apenas atraviesan las tinieblas de la noche.

Más tarde os diré cuál era esta esperanza.

—¿De modo—repuse—que te gustaría pasar allí algún tiempo?

—¡Oh! sí.

Conté por los dedos.

—¿Pero eso llegará pronto?...

—Tenemos un médico en Plougastel.

—¿Se llama?...

—El señor Pordie.

Ese galeno de aldea no me inspiraba confianza, á decir verdad.

Ana-Maria adivinó mi inquietud.

—Y, además, está allí mi madrina—dijo

casi con alegría,—feliz con la idea de volver á Bretaña, y el señor rector, que también sabe cuidar á los enfermos. No temáis nada.

La esperanza de aquél viaje la daba una repentina alegría.

—¡Seré valiente!—añadió.—¡Amaré tanto á mi hijo, porque vendrá de vos!...

Hice una última objeción.

—Estaras muy mal en aquella cabaña, mientras que aquí...

—¡Mal!—exclamó con dulce ironía.—Aquí es donde estoy mal, en este lujo que no ha sido creado para mí, y que me humilla. ¡Ah! ¡si vos no estuviéseis aquí! ¡Pero os veo en él!... ¡En Tréogat no os veré, pero pensaré en vos sin cesar, siempre! Dirigiré los ojos hacia París, y á través del espacio os reconoceré... Me diré en dónde estáis, lo que hacéis... ¡Veré también á vuestros amigos, que os rodearán! Sabré que veis, que sois feliz como antes. ¡Qué más podré desear!

Y murmuró, estrechándose contra mí, su exclamación bretona:

—¡Oh! sí ¡bah!

—¿Lo quieres?

— ¡Yo no quiero más que lo que vos me permitais!

— ¡Pobre niña!

— ¡Después... — repuso con gravedad — dentro de algunas semanas... de algunos meses más bien, hareis de mí lo que querais.

Todas sus palabras están fijas en mi memoria, sus menores gestos han quedado en mis ojos, sus miradas penetran aún hasta el fondo de mi alma.

— Pues bien, — la dije — queda convenido.

— ¡Consentís.

— Sí.

— ¡Oh! gracias.

— Pero te llevaré yo mismo.

— ¿De veras?

— ¿No lo querías tú?

— Esa sería demasiada alegría.

— No te dejaré hasta que estés en seguridad en casa de tu madrina. Quiero asegurarme... ver por mis ojos...

Un temor la asaltó.

— He dicho por la noche... Es preciso que no sospechen...

— Ten confianza. ¿Cuándo quieres marchar?

— Lo antes posible.

Tenia razón. Era preciso apresurarse.

Hice mis preparativos al día siguiente.

Amontoné objetos de *toilette*, ropa blanca y toda una canastilla de recién nacido rico, en grandes baules.

Ana-María escribió á su madrina dos líneas:

«Llego en secreto... ¡Ni una palabra á nadie!»

El doce de mayo, á las ocho de la noche, tomé con ella el expreso de Brest.

Una profunda alegría resplandecía en su dulce rostro.

## XXIII

La distancia de París á Tréogat es tan larga como de París á Marsella, si se mide por el tiempo que se tarda en llegar.

Yo hubiera deseado que fuese más larga aún.

Sentía mucho separarme de Ana-María.

En el tren nadie hubiera podido sospechar que aquella chica á quien acompañaba era una simple sirvienta.

Susana se había cuidado de su *toilette*, como lo hacía antes Virginia, pero con otro fin.

Esa Susana es una buena mujer, muy agradecida y que nos debe mucho.

Los buenos amos hacen los buenos criados. Esto es una verdad.

Me precio de ser un buen amo y mi padre valía más que yo en eso.

Susana nos había servido muy bien y ha

sido generosamente recompensada por ello.

Mi padre la legó una renta, como á todos sus criados, y además el derecho á habitar un cuarto en su casa de la calle de Berri, durante su vida.

Susana había tomado cariño á Ana-María, pero me decía con cierta finura:

—Yo creo que os sería posible estar bien con todo el mundo.

Yo dudaba de esto.

Sabía lo que ella entendía por todo el mundo.

Ese todo el mundo no se componía más que de una sola persona: ¡Angela! y no debía ser tan fácil apaciguarla como suponía Susana.

La ofensa era demasiado grave y yo no estaba dispuesto á sacrificar á Ana-María á los justos resentimientos de su antigua ama.

Yo no sabía, pues, cómo salir del apuro.

Entretanto, estaba en Bretaña, empujado por los acontecimientos, como empuja á un barco la tempestad.

Las estaciones sucedían á las estaciones: primero la línea de Rennes á Brest, y después en la de Landernan á Quimper.

Los nombres eran raros: Pleyber-Christ,

Saint-Thégonnee, Kerhuon, Daoulas, Le Faon y, por fin, Chateaulin.

En la tarde del día siguiente al de nuestra salida, nos aproximábamos al fin de nuestro viaje, después de haber pasado la noche en Brest.

Mi compañera de viaje estaba admirablemente hermosa con su vestido claro cubierto con un guardapolvo de seda que ocultaba la deformidad de su talle.

Sus piécitos calzados con botinas del tamaño de las pantuflas de *Cendrillon*; su hermosa cabeza, pálida y fatigada, cubierta con una mantilla negra, una mantilla española, porque Ana-María no había querido sombrero para ir á su país; sus delicadas líneas, un poco marchitas á causa de su estado, atraían las miradas de los demás viajeros, y yo leía en sus miradas una forzada simpatía y casi admiración.

De Chateaulin á Quimper nos encontramos solos en el coche.

Me aproveché de esto para repetirla todos mis sentimientos por ella, todas mis ternuras, todo mi amor, todas mis esperanzas.

Las horas volaban.

Había tomado mis medidas para llegar ya de noche, á fin de que Ana-María pudiera entrar en casa de su madrina sin ser vista.

Dado ese paso, la casa estaba aislada y no la sería difícil ocultarse en ella durante algún tiempo y no recibir más visitas que las que ella quisiera.

Bajamos del tren en Quimper.

Daban las seis en la catedral.

Me procuré un buen coche, y después de comer en un gabinete los dos solos, nos pusimos en marcha.

Teníamos que recorrer unas siete leguas, distancia que debía parecerme tan corta como un sueño feliz.

Un incidente las entristeció.

Salimos de Quimper por una carretera bastante hermosa, que si no me equivooco, debe conducir á Pont-l'Abbé.

Nuestro conductor arreaba á los jacos bretones de larga crin, enganchados á una especie de calesa que tenía á la parte trasera una plataforma para colocar los equipages, cuando vimos á nuestra derecha un edificio monumental que me pareció ser uno de esos nuevos liceos con que han cubierto

de un extremo al otro el suelo de Francia. Me incliné hacia el cochero y indicando con mi bastón el inmenso edificio, le pregunté:

—¿Qué es eso?

El conductor era un mocetón de unos veinte años, de cara alegre y sin malicia aparente. Se echó á reír.

—Eso — dijo — es un hotel para particulares, que no faltan en el país.

—¿Qué particulares?

—Los locos, señor. La casa parece grande y aun es demasiado pequeña. Es el Asilo.

Me arrepentí de haber hecho la pregunta. Sentí que mi compañera temblaba.

Se estrechó contra mí y oí que sus dientes chocaban.

El bretón fustigaba á los caballos á más y mejor.

Pasé un brazo alrededor del talle de Ana María y la di un apasionado abrazo.

—Quieres que nos volvamos? — la dije al oído.

—No. Se ha pasado.

¡El asilo! Daniel Plouer, el loco de Treogat, estaba allí encerrado.

Yo no lo había olvidado, pero la pobre muchacha se acordaba de esto mejor que yo.

Hizo la señal de la cruz y murmuró algunas oraciones.

Proseguimos nuestro camino en silencio.

Mi brazo seguía rodeando el talle de Ana María.

Poco á poco se calmó el temblor que la había agitado.

El viejo coche rodaba produciendo un ruido de hierro sobre un camino duro, montuoso y accidentado, á través de un país cubierto de landas y de pobres sotos.

De cuando en cuando alguna miserable aldea alineaba sus casuchas á la orilla del camino, y los aldeanos saludaban quitándose sus anchos sombreros rodeados de una cinta de color.

Los pobres diablos vestían pantalón y chaqueta parda, chaleco, en el cual se veían huellas de groseros bordados, polainas de color de tierra y gruesos zapatos.

Las mujeres, con la cabeza cubierta por cofias parecidas á grandes alas, nos saludaban, y algunas dirigían al conductor, al pasar, palabras en ese lenguaje bretón, de las

que yo no entendía más que una, este era un nombre que repetían á menudo: Yannic Cliden.

Los caballos sacudían sus cascabeles, devorando el espacio con su velocidad.

Esos caballos bretones son infatigables.

Por otra parte, Yannic Cliden, porque yo había comprendido que debía ser este el nombre de nuestro conductor, les sostenía animándoles con energía.

El mozo tenía la mano pesada.

De cuando en cuando se volvía hacia mí y me decía mostrándome los lugares que atravesábamos:

—Eso, señor, es la capilla de Saint-Meslán; eso, el Plonbeyre; eso es el bosque de Corr.

Me di cuenta de que examinaba con atención á Ana-María, como si hubiera estado atormentado por algún recuerdo. A cada momento se volvía únicamente para mirarla, pero esto no me llamaba la atención.

Durante nuestro viaje había excitado la misma curiosidad desde la estación Montparnasse al fondo de la Bretaña.

¿Qué había de particular en que á aquel

rústico le agradara su belleza como á los otros?

El día desaparecía con rapidez.

Según mis cálculos debíamos llegar á Tréogat, á eso de las nueve.

Habíamos dejado hacía largo rato la carretera de Pont-l'Abbé para tomar un simple camino vecinal y el viento refrescaba, llevándonos las frías brisas, y por decirlo así los olores del mar, cuando, desde la cima de una cuesta, descubrimos á nuestro frente, á unos cuatro ó cinco kilómetros, el panorama del inmenso Oceano en el cual dejaban los últimos rayos del sol un resplandor rojizo parecido al de un fuego que se apaga.

Ana-María se despertó.

La mostré el mar.

Un suspiro de gozó hinchó su pecho.

Yannic Cliden, que se volvía de nuevo, vió este suspiro, y me pareció que sentía una especie de satisfacción cuya causa no comprendí.

No me dijo mas que dos palabras, indicándome un campanario que elevaba su atrevida y delgada veleta por encima de los lejanos peñascos.

—Allí es.

Durante veinte minutos corrió el coche á todo escape por un terreno triste, desierto, en donde levantaban sus negras paredes algunas casuchas medio derruidas. No encontramos ni un habitante, y á las nueve, como yo había previsto, dejando á nuestra derecha una aldea ya dormida en la pendiente de las rocosas playas, por encima de un puertecito ó más bien de una ensenada, en donde estaban amarradas algunas barcas á estacas fijadas en la roca, llegamos cerca de una casa baja, bastante sólida y cubierta de pizarras blancas por las nieblas salinas y bien cimentada para resistir á los vientos del mar.

Allí vivía Francisca Cloarec.

Al oír el ruido del coche, salió á la puerta la buena mujer.

Se precipitó á nuestro encuentro.

Cogí á Ana-María en mis brazos y la trasporté, más bien que la conduje, á la casa.

¡Qué pobreza! ¡qué miseria!

Cuando pienso en esto, me vienen las lágrimas á los ojos.

Yannie descargaba los baules.

Le puse en la mano dos luises.

—Esto es para vos—le dije.—Id á comer al pueblo y volved á buscarme á la una; pero ni una palabra á nadie, ¿entendeis?

Miró los luises á la claridad de la luna, y no me contestó más que con un signo de inteligencia.

Subió al pescante y tomó el camino del pueblo al mismo paso que había traído el coche.

Oí los cascabeles de los jacos hasta el momento en que se detuvieron en la entrada de la posada.

Quedé delante de la pobre casa, examinando con desaliento aquel sitio salvaje y miserable, y sin embargo imponente por la magnificencia del espectáculo que se descubría desde lo alto de las rocas.

Un huertecillo rodeaba la casa.

Delante de él estaba el mar con su inmensidad, y las estrellas sembraban un polvo luminoso en el torbellino de sus olas.

Detrás, del otro lado del arenoso camino por donde habíamos venido, reverdeaban los campos, mezclados de landas, de aliagas y de raquíuticos sotos.

Toda la belleza del país, su horror, más

bien, consistía en la prodigiosa altura de las negras rocas, contra las cuales se estrellaban las olas.

En realidad, yo era presa de pena mortal. Se aproximaba la hora de la separación, y la idea de abandonar á Ana-María en aquella indigencia y en aquella desolación, me era insoportable.

Entré.

## XXIV

La dueña de la casa no se había ocupado de mí.

No se ocupó más cuando me permití invadir su morada.

Estaba completamente entregada á la dicha de volver á abrazar á su ahijada, ó más bien á su verdadera hija.

Antes de atraer su atención, tuve tiempo de examinar el interior.

El exámen no podía ser largo.

Por lo que pude juzgar al primer golpe de vista, se componía de dos piezas.

Una escalera que yo había visto desde fuera, cubierta por un tejadillo, conducía al granero.

Además, en la otra extremidad de la casa, en la otra esquina, para mejor decir, una pieza estrecha, cubierta igualmente de pizarra, debía servir de bodega y de leñera, ó tal

vez de gallinero y conejera para aquellos animales que los aldeanos crían como pueden.

Estaba casi seguro de haber visto también en una gran cavidad de la roca una pequeña construcción para esas vacas bretonas, sobrias y finas, que no necesitan ni mucho sitio ni mucho forraje.

De las dos piezas del interior, la una servía de cocina.

Su aspecto era más alegre de lo que yo había pensado.

Se necesitaba sin duda una austeridad poco común para contentarse con esto; pero estaba limpio, cosa que, tengamos el valor de decirlo, me sorprendía por lo que había visto desde mi salida de Brest.

Las mesas relucían.

Los morillos de la chimenea no tenían una mancha.

En ella ardían algunos troncos de roble que con su brasa la animaban al par que ellos se consumían lentamente.

Las toscas sillas, parecidas á las de las iglesias de las aldeas, eran de paja nueva y cortinas de rojiza tela cubrían dos estrechas

ventanas que parecían haber sido encaladas aquel mismo día ó el anterior.

Desde la puerta, que estaba abierta, eché una ojeada á la otra pieza, que era sin disputa la mejor de la casa.

Contenía dos camas, no de esas camas antiguas que se ven por todas partes en la Bretaña tan amante de sus tradiciones, sino modernas, con sus alfombras al pié, y una cómoda y un tocador de cerezo recientemente llegados de París.

Mi cara expresó sin duda cierta admiración, porque Ana-María, separándose de los brazos de Francisca la hizo notar mi presencia diciéndola.

—El señor barón de Chatel.

Y en seguida continuó dirigiéndose á mi.

—¿Os sorprende este lujo? Vos sois quien lo ha pagado.

—¿Cómo?

—Acordaos de los quinientos francos que me disteis para mi madrina:

Los había olvidado.

—Ya veis continuó Ana-María, nada me faltará aquí.

Me incliné á su oído.

—¿Sabe algo?— la pregunté.

—¡Sí, la he confesado mi falta!

La madrina había aceptado todo, sin queja y sin llanto.

¡La fatalidad! ¡Paris!

Además las dos líneas de su ahijada la habían prevenido.

¿Porque llegaría de improviso y de noche?

Francisca Cloarec tenía sin embargo cara casi severa, ó más bien grave y resignada, esa cara que ponen los pescadores cuando se encuentran en alta mar ó interrogan al horizonte viendo venir la tempestad; la expresión de los bretones fatalistas dispuestos á sufrirlo todo, á quienes ningún dolor asusta y ningún golpe derriba sino el que les mata.

¡Raza de bravos y de cristianos!

La buena mujer no se atrevía á hablarme. Por otra parte se expresaba mal en francés.

Treogat está en la vieja Bretaña en la Bretaña que habla, vive y, se viste como en los tiempos de la reina Ana.

Pero sus ojos hablaban por ella.

Ellos me decían:

—Podeis confiármela, está segura, es mi

hija. No temais nada. ¿En dónde estaría mejor que aquí?

Yo comprendía su lenguaje. Era imposible engañarse.

Al mismo tiempo, como si hubiera adivinado mi ansiedad y mi indecisión, se acercó á mí Ana María y sin preocuparse de ser vista, al contrario con la satisfacción de una mujer que está orgullosa con su amante me echó los brazos al cuello y alzándose sobre las puntas de sus diminutos piés, me dijo:

—No tengais cuidado, aquí seré feliz: les conozco, son corazones de oro.

Después me llevó hacia una de aquellas ventanas que tenían vidrios verdes y fuertes como los fondos de algunas botellas, para resistir los golpes del viento, y la abrió.

Una fresca brisa me dió en la cara.

Oí la resaca, un tumulto espantoso, un ruido de guijarros movidos y arrastrados á lo largo de las rocas á cien metros por encima de la pobre casa.

Ana María me dijo:

—Es la marea que sube.

A lo lejos se extendía la inmensidad, el infinito mantel de agna, franjeado acá y allá

de una espuma de plata que rodaba hasta la superficie y hasta cerca de la pequeña ventana; las gaviotas revoloteaban en la oscuridad lanzando agudos gritos.

—Aquí —repuso Ana-María— nadie me distraerá de mis pensamientos. Pensaré en vos errando por la playa y mirando el mar. Aquí se fortalece uno. El aire es puro, el horizonte infinito. Pensaré que quisiera tener alas para volar á donde vos esteis.

Me estrechó la mano. Sus grandes y húmedos ojos brillaban en su pálido rostro.

—Me queda algo de vos, añadió. Lo esperaré y cuando haya venido, le cubriré de besos; me parecerá que sois vos quien los recibis; vos, es decir, todo lo que amo, todo lo que deseo, todo lo que quisiera para mí, para mí sola, lejos de los otros, lejos de todo; pero sé que eso es imposible.

Yo la escuchaba con arrobamiento; me hablaba con tanta libertad como si hubiésemos estado solos en un desierto.

La vieja bretona se había alejado discretamente. Disponía en la otra habitación todo lo que su ahijada necesitaría por la noche. Aquella miserable choza ofrecía un aspec-

to extraordinario. Era una mezcla de indigencia y de refinamiento con los groseros muebles de la aldeana y el abrigo de seda de Ana-María, puesto sobre el respaldo de una silla, su mantilla de blonda y sus guantes sobre la mesa.

Todo contrastaba allí.

La anciana, con la cara arrugada y vestida pobremente. Ana-María, de una gran belleza, tan joven y tan delicada, las paredes negruzcas y hasta los baules que estaban colocados en un rincón, de los cuales uno estaba abierto y dejaba ver fina ropa blanca y todo un *trousseau* de hijo de príncipe.

En aquel momento oí un ruido de casca-  
beles que se acercaba.

Se me oprimió el corazón.

El momento de la separación estaba próximo.

No podía resolverme á dejar á Ana-María en aquel desierto.

—Esto es superior á mis fuerzas — la dije. Vuélvete conmigo.

Me rogó con tanta insistencia, que cedí al cabo.

Me prometió escribirme todos los días.

—Esa será mi ocupación favorita — me dijo. — No os ocultaré nada de cuanto piense.

El coche se paró en aquel momento delante de la puerta.

Yannic Cléden hizo sonar su látigo con estrépito.

Ana-María me acompañó hasta fuera de aquella habitación.

Ella era quien animaba.

—¡Valor! — me decía. — Nos volveremos á ver... Vendreis por aquí... ¡Qué importa la distancia para quien, como vos, es rico!

Pasé á la habitación en donde había visto á Francisca arreglando los muebles, y puse sobre una mesa dos paquetes de oro.

Contenían dos mil francos, cantidad con la cual hubiera podido comprar un cuarto de legua de aquella costa, árida y solitaria.

Estreché en silencio la mano de la anciana mostrándola á Ana-María.

Me vió enjugar furtivamente una lágrima y me dijo, con un signo, que me comprendía.

Anita se arrojó por última vez en mis brazos deshecha en lágrimas.

No sé que sombrío presentimiento me agitaba.

Me separé de ella sin embargo.

Durante algunos minutos, inclinado en la portezuela del coche, la ví sobre la piedra que estaba delante de la casa de la viuda, agitando su pañuelo y llevando la mano á los labios; despues todo se borró en la plateada niebla de la noche, el lejano mar, la negruzca cabaña y la angélica visión.

Hasta la misma costa desapareció pronto completamente á mis ojos.

En el horizonte no quedaron más que dos puntos dominando la bruma.

Uno era el campanario de Tréogat; el otro una masa informe y sombría parecida á un pico de los Alpes ó de los Pirineos.

—¿Qué roca es esa? — pregunté á mi conductor.

—¿Esa? — dijo. — ¿El señor no conoce el país?

—No había estado en él jamás.

—Esa es la roca de Trébourden, la más alta de Audierne en Penmarch. El señor ha debido verla desde Tréogat. No está lejos de la casa de donde viene.

Guardé silencio.

¡Trébourden! Este nombre no me era des-

conocido. Lo había oído ya; pero ¿en dónde?  
Y de pronto me acordé.

La roca Trébourden, el rector de Tréogat hablaba de ella en la carta que yo había leído.

El loco, Daniel Plouer, estaba en ella horas enteras, en contemplación delante de la casa de la viuda en donde acababa de dejar á Ana-María.

Cai en una especie de letargo, durante el cual veía sin cesar aquella negra roca con un gigantesco buitre situado en la cúspide, devorando con sus redondos y feroces ojos la habitación en donde ahora descansaba aquella niña, hacia la cual se iba toda mi alma.

Oía vagamente el ruido de los cascabeles y el pesado trote de los caballos martillando el camino, mientras que la interminable landa, las casas bajas, parecidas á los establos de los puercos que hay en las casas ricas, las pequeñas encinas, achaparradas, raras, destrozadas por el rayo y rebatidas hacia el suelo como paseantes desmelenadas, y de cuando en cuando algún campanario, guardián de aquellos desolados cantones, desfilaban á los dos lados del coche.

Los caballos marchaban á un paso desordenado y levantaban nubes de polvo húmedo.

Allí todo es húmedo y salino; el aire, el sol, el viento y la bruma.

A cosa de la media noche acortaron la marcha y salí del atontamiento en que estaba sumergido.

Subían una cuesta bastante pendiente.

A mi izquierda elevaba sus paredes, en las cuales brillaban algunas rojizas luces, el gran edificio que me había llamado la atención á la ida.

Yannie, volviéndose hacia mí y mostrándome con el látigo aquella vasta casa, me dijo: — ¡El asilo!... ¡Quimper!

Su voz me parecía burlona, como una insolente mofa.

Se puso á cantar una infernal canción.

Su voz se perdió en el ruido de los cascabeles y de las ruedas sobre el camino.

Poco tiempo después llegamos á Quimper, y me fui al hotel, en donde debía pasar la noche.

Pagué generosamente á Yannie Cleden.

No debía volverle á ver; pero debía oír hablar de él.

## XXV

Dormí hasta por la mañana con un sueño pesado ó inquieto.

Cuando me levanté hacía ya largo rato que había salido el sol.

Las ideas se mezclaban confusamente en mi cabeza.

Mi excursión de la víspera, durante la noche, á través de aquel país raro, me quedaba en la imaginación como la visión de un sueño.

Me preguntaba si efectivamente era yo, el baron Chatel, quien venia de llevar á una joven adorada y adorable, mi querida, después de todo, para llamar las cosas por su nombre, á aquella casucha encaramada en la cima de una roca, en el fondo de un país perdido.

Me dieron ideas de ir en busca de Yaunis Cléden, decirle que dispusiera su tartana y

salir en seguida para Tréogat con el fin de volver á verla y sacarla de allí.

Y después me acordé de sus caricias, de la buena cara, grave y decidida, de su madrina, Francisca Cloarec; me dije que tenía dinero, que no carecería de nada, y que en suma pocos días se pasarían pronto.

Al cabo de diez minutos de reflexión, deseché mis temores.

¿No se había criado ella allí? ¿Se templaría de nuevo en el aire puro de aquel mar cerca del cual respiraba! Me había parecido tan feliz por mi consentimiento, que no me atrevía á sacarla de allí tan pronto.

Me prometí un verdadero placer con las cartas que debía escribirme, y volví á tomar el tren para París, á donde no debía llegar hasta el día siguiente por la mañana.

A medida que me alejaba de Quimper, mis ideas tomaron otro curso, y se hicieron menos sombrías.

En suma, admiraba el buen sentido de Ana-María. No me parecía mal estar libre por algunos días, entrar en circulación, por decirlo así, y revivir en mi antigua vida.

La enfermedad de la pobre muchacha

me había secuestrado cerca de dos meses. Esto era mucho tiempo.

El círculo y mis amigos me esperaban.

Al llegar á París, á las cinco de la mañana, me hice conducir á la avenida Gabriel.

Yo tenía una llave de mi departamento.

Cuando entré en la casa, todo el mundo dormía.

Llegué á mi gabinete.

Todo estaba en su puesto.

Confieso que sentí un verdadero bienestar en este interior, de donde me parecía que había salido la vispera.

Cierto que el recuerdo de Ana-María no me abandonaba; pero pensaba en ella como en una tierna amiga, cuyo porvenir aseguraría, y que dejaba de ser para mí una sujeción.

A las nueve llamé á mi ayuda de cámara. Fermín sabía mi vuelta: se había esparcido la noticia por la casa.

—¿Ha tenido buen viaje el señor?—me preguntó.

—Bastante bueno; gracias.

Me dijo que la baronesa acababa de partir para Marnes, dejando para mí una carta en su secreter.

Fuí allí en seguida.

Sentía una profunda emoción, un vivo remordimiento al volverme á encontrar en aquella habitación, llena de tantos recuerdos, y me detuve un minuto ante el retrato de Angela, uno de los más perfectos de Chaplin, colocado entre las dos ventanas, precisamente encima de su secreter.

Allí estaba Angela, con la gracia de sus veinte años, con el aire de bondad que siempre tiene y que no engaña en ella, porque, aparte de sus defectos, más bien superficiales que graves—¿y quién de nosotros no los tiene?—es verdaderamente generosa, delicada y decidida, bella también, de distinto modo que Ana-María, pero de una belleza resplandeciente y capaz de inspirar la pasión que yo había sentido largo tiempo, y que se reavivaba tanto más cuanto que me estaba prohibida en adelante.

Suspiré y abrí el secreter.

Al llegar había oído ruido de puertas que se cerraban.

Supe después que Virginia no debía incorporarse á su ama hasta la tarde, y la agradecí mucho el evitarme su odiosa presencia.

Como me había dicho Fermín, encontré una carta en el secreter dirigida á mi.

Decía así:

«Amigo mío:

- »Me anuncian vuestro regreso.
- »Nuestra situación frente á frente sería penosa.
- »Parto para Marnes.
- »Lo sé todo.
- »La casualidad me ha hecho saber la enfermedad de la que nos ha perdido, el piso que la habíais amueblado y el viaje que acabais de hacer con ella.
- »Si Dios quisiera que no la volviéseis á ver.
- »Suceda lo que quiera, no me queda ya ninguna esperanza de ser feliz en el mundo. Estad seguro de que no podré perdonar una injuria tan completa y tan deshonrosa para mí.
- »Será, pues, inútil intentar un arreglo imposible entre los dos.
- »Os agradeceré que me eviteis el disgusto de saber que lo intentáis.
- »¿Para qué tratar de reparar lo que es irreparable?

»No haré frases.

»Mi vida está destrozada; pero tengo el valor de ocultárselo á todos.

»He puesto una careta de alegría sobre mi rostro, profundamente triste.

»Puedo aseguraros que no se ha pronunciado una palabra mal intencionada acerca de vuestra desaparición.

»Los criados han creído, ó aparentado creer, lo que yo he hecho que les digan.

»Vos ireis cuando os plazca á Marnes.

»Por mi parte, estaré algunos días sin aparecer en París.

»La violencia que me veo obligada á imponerme, me pesa; pero el tiempo y un poco de soledad devolverán, como espero, la calma á mi espíritu y á mi corazón.

»Adios Claudio.

»Tal vez tengais más tarde muchos disgustos. No os lo deseo; el odio es sentimiento que deseo que me sea siempre desconocido.

»Pero, ¿quién hubiera dicho que una vida tan felizmente comenzada tendría un fin tan doloroso?

»Adios una vez mas.

»ANGELA.»

Esta carta me reanimó.  
Era suave y amistosa.  
Afronté el porvenir con cierta satisfacción.  
Me creía casi feliz de que Angela supiese á que atenerse.

En el fondo, si ella me creía caballero ó simplemente hombre honrado, desde el momento en que la falta estaba cometida, ¿podía admitir que yo debiese abandonar á una desgraciada joven en el estado en que se encontraba Ana-María?

Cierto que no.

Era indudable que entre nosotros estaba abierto el foso y abierto profundamente.

Pero en fin, yo estaba conmovido por la moderación de la baronesa y la delicada amistad con que ella encubría mi falta y salvaba el honor de la casa.

Hice ensillar mi caballo y me fui al bosque.

Un cuarto de hora de paseo disipó el resto de mi tristeza.

Encontré algunos amigos, muchos conocidos, y me convencí, por los saludos que me acogieron, de que toda aquella gente ignoraba mi escapatoria.

Fresneuse estaba en el paseo de las Viudas

Volvimos juntos y fuimos á almorzar á la Masion Dorée con un tiempo soberbio.

La misma noche volví á tomar el curso de mi vida ordinaria.

Iba á la calle de Berri á dar una vuelta y á ver la habitación que Anita había abandonado tres días antes.

Susana me servía de confidente.

Allí, al menos, podía hablar de Ana-María libremente, y aquello era un consuelo para mí.

Supe que la baronesa había ido á ver la casa, que había visitado la habitación que Anita había ocupado, que había llorado mucho, pero sin manifestar ninguna cólera.

Debía haberme hecho seguir por Virginia para saber adonde iba.

¡Escribí á Anita una carta larga, en la cual la expresaba todo mi amor, todas mis esperanzas!

Ella prestaba á la atmósfera en donde la había dejado, un encanto poético; y yo me decía que la choza de Tréogat cobijaba la esperanza de mi vejez, todo lo que amaría más tarde; es decir, el hijo que la debería, su hijo y el mio.

Al día siguiente recibí estas ingenuas líneas:

«Amigo mío:

»Soy feliz.

»Veo el mar desde la ventanita que vos le visteis, y pienso en vos, en vos sólo.

»Vuestro recuerdo llena para mí esta soledad.

»No salgo más que por la noche, en la oscuridad.

»Durante el día estoy encerrada en la casita en la cual parece que os veo aun.

»El tiempo es muy suave y me fortalezo.

»¡Una súplica!

»Os la hago de lejos.

»He ofendido gravemente á una persona cuyo nombre no me atrevo á pronunciar.

»Ella es ama y os perdonará: á mi jamás!

»Se lo he confiado todo á nuestro rector, que ha venido á verme ayer, de noche oscuro.

»Me regañó mucho; ¿pero que hacer?

»Yo no quisiera ser causa de eterna división entre vos y la persona á quien me referí!

»¡Se bien que esto os causaría mucha pena y preferiría morir á causárosla!

»Si podeis, decidsele á la señora que tan buena ha sido para conmigo ántes, y disponed de mi lo que querais.

»Soy vuestra y os amo.

»ANA-MARIA.

«P. D.—Francisca está avergonzada por el dinero que le habeis dejado, dice que no sabe que hacer de él. Ella no creía que se pudiese tener tanto á la vez.»

Pasaron algunos días.

Desde mi vuelta, pasaba el tiempo para mí con una rapidez extraordinaria.

Escribía casi todos los días á Ana-Maria.

Recibí tambien varias veces carta de ella.

Hacia fines de mes, me dijo que se acercaba el momento, que seguía bien y que no tenía por que inquietarme.

La había dado mis instrucciones para el caso de que diera á luz durante mi ausencia.

Si era una niña debería llamarse Ana-Maria como ella, si era un niño, Claudio como yo.

Pero no estaba tranquilo.

Tuve más de una vez la tentacion de tomar el tren é irme á Tréogat; el miedo de dar

que sospechar en el país y de atraer la atención sobre ella me contuvo.

Por fin, el tres de junio, recibí un despacho expedido desde Plougastel por el excelente rector de Tréogat.

»Esta noche ha nacido un niño, bautizado esta mañana con el nombre de Claudio-María Le Guer.

»La madre y el niño siguen bien.»

Corrí al tren, y al día siguiente por la noche, llegué á la casa de Francisca.

No fué Yannie Cleden quien me condujo.

Estuve tres días al lado de Ana-María: el médico de Audierne me aseguró que no corría ningún peligro.

En efecto, estaba ya casi repuesta y su convalecencia debía ser corta.

¡Qué encantadora estaba! ¡Qué ternura para aquel hijo del amor, y qué dulzura tan resignada! ¡Qué abandono de sí misma y qué desinterés!

Me separé de ella lleno de alegría para volver á buscarla algunos días después.

No debía volverla á ver más que algunas horas.

¡Y cómo, Dios mío!

## XXVI

La voz del barón se había alterado.

— Llego á las horas terribles— repuso bruscamente,— y voy á contáros las á la carrera. ¡Es un suplicio haberlas vivido. Es una tortura recordarlas!

Durante cinco semanas recibí noticias satisfactorias; algunas me eran enviadas por el rector; la mayor parte por Ana-María.

Adoraba aquellas cartas tan sencillas en las cuales, su alma pura y delicada, se mostraba sin velo.

Las guardaba con cuidado en la habitación que Ana-María había ocupado y en la que no quería volver á recibirla desde que Angela la había visitado.

Me había echado en busca de una casa de campo en donde pudiera verla con toda seguridad y que fuera un nido encantado para ella y mi hijo.

Busqué durante unos quince días y encontré lo que quería en los alrededores de la avenida de Madrid.

Era una encantadora quinta con uno de esos jardines plantados de grandes árboles y llenos de flores y de sombra que no se encuentran más que en las inmediaciones del Bosque de Bolonia.

Me dije que en aquel barrio extraviado, en aquella casa perdida en medio de los bosquecillos y de los parques vecinos, me sería fácil cubrir las apariencias, ocultar el lazo imposible de romper en lo sucesivo y dar al mismo tiempo á este niño, esperanza de mis días de vejez, aire sano y el espacio necesario para sus juegos.

¿Qué me costaría procurar al hijo y á la madre el bienestar de que quería rodearles?

Poco, y además ¿qué me importaba el dinero?

¿De qué sirve amontonarlo para separarse de él tarde ó temprano?

Me forjaba las más halagüeñas ilusiones, cuando una noche descargó la tempestad sobre mi cabeza.

Me hirió el rayo bajo la forma de un telegrama que recibí de Plougastel.

Este telegrama no contenía más que una palabra:

«Venid.»

Imposible ser á la vez más lacónico y más amenazador.

Todas las desastrosas profecías germinaban en aquel corto despacho.

Angela había vuelto á París por algunos días.

No tomé más tiempo que el necesario para escribiría dos líneas:

«Parto. Me ocurre una gran desgracia.

»No os inquieteis. Os escribiré.»

Y casi sin equipaje, con una maleta en la cual había echado al azar los objetos más necesarios en un viaje, tomé un *fiacre* y me hice conducir á la estación Montparnasse.

Eran las ocho de la noche.

Justamente el tren directo iba á salir en aquel momento.

Me coloqué en un rincón de uno de los coches y me aislé para pensar en la situación. ®

Mis impresiones eran raras.

El telegrama flotaba ante mis ojos.

Se cernía sobre mi cabeza como una de esas aves de rapiña que os adormecen para cogeros mejor.

Me fascinaba.

¿Qué significaba aquel despacho? ¿Era el rector quien me lo había puesto? ¿Por que se mostraba tan lacónico?

Ni aun había tomado las precauciones que usaba de ordinario.

Cuando el excelente hombre me escribía, dirigía las cartas ó los despachos á la calle de Berri.

Esta vez, el despacho había venido directamente á la avenida Gabriel, sin duda para evitar un retraso que podía ser funesto.

Yo tenía, pues, razón, para temblar.

Pasé la noche en medio de las más terribles angustias.

Para mí, una sola hipótesis se presentaba.

Ana María había muerto ó estaba moribunda.

¿Llegaría yo á tiempo?

El tren marchaba con poca velocidad, deteniéndose, por el servicio de correos en una serie de estaciones secundarias. Aun cuando hubiera tenido alas yo hubiera encontrado

que su marcha era demasiado lenta aún.

Pero era preciso resignarse.

A cada momento consultaba el indicador y veía con terror que no podría estar en Tréogat hasta el día siguiente á eso de las cinco de la tarde.

Ningún poder humano hubiera podido hacerme llegar antes.

Désde Mans, expedí un telegrama al rector; telegrama que no debía llegar á su destino hasta el día siguiente por la mañana.

«¡Llego!»

Esto era un consuelo y algunas horas ganadas.

Me parecía que aquella hoja de papel azul sostendría á Ana-María y la daría fuerzas para esperarme.

Hubiera dado una cantidad enorme por estar ya á su lado.

El alba apuntaba en el horizonte en el momento en que el tren llegó á las inmediaciones de Lamballe.

Estaba en Bretaña, pero Ana-María me lo había dicho, el día que por vez primera me fijé en ella cuando me servía el almuerzo. ¡La Bretaña es grande! Y, desde Rennes,

había acortado su marcha el tren y acortábala más aún después de Landerneau, en la línea de Quimper.

Fué un viaje interminable.

¡Cuántas veces maldije aquella desesperante lentitud! ¡Qué sorda cólera rugía en mí contra mi impotencia!

Pero era preciso someterse.

Bajé por fin del vagón en la estación de Quimper.

Eran las dos de la tarde.

Corrí al hotel.

Pedí un coche, ofreciendo cinco luises al mozo de cuadra porque estuviera dispuesto en seguida.

Los bretones son apáticos, ó me lo parecieron aquel día, á causa de mi impaciencia. Tal vez también aquel mozo tomó mi oferta á broma, porque no se apresuró,

Enganché yo mismo los caballos á una mala victoria que me ofrecieron, y durante esta operación ví á Yannic Cléden, y quise llamarle; pero desapareció como una sombra, en las cuadras y no se volvió á presentar.

No sé por qué, me pareció que él debía estar al corriente de lo que ocurría en Tréogat.

Un hombrecito seco y negro, de aspecto **horrado**, fué quien me sirvió de conductor.

Esperé á que hubiésemos salido de Quimper, y le dije:

—Cien francos para vos, si marchamos á buen paso.

Me miró con admiración, y lo mismo que había hecho su colega, debió tomarme por un loco.

Adiviné su pensamiento por la expresión de su cara, y le tranquilicé:

—Tengo toda mi razón—le dije;—pero daría una gruesa suma por haber llegado ya.

—¡Mucha prisa tiene el señor!

—Tengo mucha, en efecto.

—¿Es al mismo Tréogat adonde va el señor?

—Sí.

—¿Viene el señor de Paris?

—Justamente:

—Yannic decía esta mañana que habría un señor de Paris que no estaría contento.

—¿Yannic decís?

—Sí, Yannic Cléden.

—¿Qué puede él saber de eso?

—¡Ah! el señor no comprende...

—¿Qué quereis decir?

—¿El señor no sabe que Yannic Cléden es de Tréogat?

—¿Qué más?

—¿Y que hereda?

—¿De quién?

—De su primo que está loco.

Yo no adivinaba adónde quería ir á parar aquel rústico.

—¿Qué primo?—dije, ya muy impaciente.

—Daniel Plouer, de Tréogat... Ese Daniel Plouer estaba encerrado allí desde hace cerca de un año.

Mi conductor me indicaba el asilo, aquella casa grande, fatal, que me había impresionado de una manera tan extraña cuando fui por primera vez al país.

—Apresurémonos un poco—le dije, —si quereis los cien francos.

El pobre hombre no deseaba otra cosa.

Fustigó á los caballos, que tomaron un buen paso y esperó mis preguntas.

Yo no me apresuré á hacérselas.

Temía lo que iba á decirme.

La huída de Yannic Cléden, que se había esquivado como si hubiera tenido miedo de

encontrarse enfrente de mí; su dicho sobre el parisiense, que no estaría contento; la historia de Daniel Plouer, que había muerto y que debía encontrarse mezclada á la de Ana-María; el oscuro telegrama que dejaba todo en la sombra, me asustaban.

Imaginaba un drama siniestro, pareciéndome que, por mi desgracia, conocería pronto el desenlace.

Permanecí silencioso durante dos horas.

Anduvimos el desierto camino que yo había recorrido dos veces ya.

Eran las cinco cuando percibí, desde lo alto de una cuesta, la inmensidad del Océano, el campanario de Tréogat con su aguda flecha, la negra casa de Francisca Clearec y la roca de Trébourden, que se elevaba á su izquierda.

Mi conductor se volvió entonces hacia mí.

—¿Adónde quiere el señor que le conduzca?—me dijo.

Le mostré la casa de Francisca.

—Allí.

Hizo oír un refunfuño.

—Me lo sospechaba—repuso.—¿Entonces el señor está al corriente?

- ¿De qué?  
 —¿De lo que ha ocurrido en el país?  
 —¿Cuándo?  
 —Hace dos días.  
 —Explicaos.  
 —Un lance bien desgraciado, señor.  
 —¿Qué ha sido?  
 —Daniel estaba loco.  
 —¿Y bien, qué?  
 —Era por causa de una muchacha de Tréogat.  
 —¿Ana-Maria Le Guer?  
 —¡Ah! ¿el señor sabe su nombre?  
 —¿Qué más?  
 —Yannic Cléden había conducido á Ana-Maria á casa de la viuda Cloarec con un caballero de París. Al volver á Quimper fué al asilo á ver á su primo para decirle que la pobre muchacha estaba de vuelta en el país.  
 —¿Y entonces?  
 —El loco se escapó del asilo... no se sabe cómo.  
 —¿Y?...  
 —Siguió á Ana-Maria una noche por la playa y...  
 —¡Concluid!

- No me atrevo á decirlo... el señor verá...  
 Lancé una exclamación.  
 —¡La ha asesinado!...  
 El coche llegaba á la casa de la viuda.  
 El bretón volvió la cabeza y no contestó.

## XXVII

Salté del coche y entré.

En la primera pieza de la casa estaba un hombre sentado delante de la chimenea, sombrío, con la cabeza apoyada sobre la mano izquierda, y los ojos fijos en el suelo.

No se levantó sino al ruido de mis pasos.

El del coche no le había sacado de sus meditaciones dolorosas, á juzgar por la expresión de su rostro.

Al verme se levantó, y por instinto hizo un saludo militar.

Era un aduanero, cosa que era fácil conocer por su traje azul marino.

—¿Sois el señor Carhel?—le dije.

No pareció admirado de mi pregunta.

—Sí señor,—respondió.

Y añadió:

—Yo soy quien ha llevado el despacho á Plongastel.

Al mismo tiempo me mostró la puerta de la habitación de Ana-María, diciéndome:

Ella está ahí bastante mal...

Allí estaba, en efecto, viva aún, tendida sobre su lecho; el rector estaba en pie á la cabecera.

Mas allá, cerca de la cuna, la anciana Francisca Cloarec estaba inclinada sobre un niño que dormía.

Al verme tuvo Ana-María una de esas sonrisas inefables que nos quedan grabadas eternamente en el corazón y en los ojos.

Su hermosa cabeza estaba pálida como la cera: sus manos descansando sobre las sábanas esta an casi diáfanas y más blancas que el mármol, sus hermosos ojos verdes se ahogaban en una especie de bruma que los oscurecía.

Quedé como clavado sobre el piso de la habitación.

—Acercáos, señor,—me dijo el rector— Ana-María os esperaba para morir!

El anciano lloraba en silencio.

Hizo una seña á Francisca Cloarec y se retiró.

La viuda le siguió.

Quedamos solos Ana-María y yo.

El niño dormía en su cuna.

—Besale— murmuró la madre.

Era la primera vez que me tuteaba.

Y añadió con angelical sonrisa:

—Me permito tutearte porque voy á separarme de ti para siempre.

Obedecí.

El niño no se despertó; ¡era mi hijo, todo lo que me quedaba, todo lo que hoy me queda en el mundo!...

Volví al lado de ella.

—Le amarás mucho cuando yo ya no exista. La señora es buena... comprenderá que tú no puedes abandonarle, y después te perdonará, me perdonará tal vez también á mí, que habré muerto, porque ya no me encontraré entre vosotros.

—Pero tú vivirás— la dije.

Yo no tenía, sin embargo, ninguna esperanza.

La palidez de su cara era la palidez de la muerte: no debía tener una gota de sangre en sus venas.

La cubrí de besos.

Ví sus hermosos dientes entre sus labios

ya helados; besé su frente, sus cabellos, sus ojos, y los inundé con mis lágrimas.

—¡No llores!— me dijo.— Tal vez sea una suerte que yo desaparezca... Yo hubiera sido un obstáculo para tu reposo... ¡Y si hubieras llegado á no amarme, un día hubiera muerto de pena, de una pena más cruel que la puñalada que me ha matado!

Me mostró la cuna.

—Te lo dejo, á él. Será hermoso y bueno como su padre, y viéndole pensarás en mí, en esta pobre loca que te ama con la fidelidad de un perro y que estaba orgullosa de ti...

Su voz era tan débil, que tuve que aproximar el oído á sus labios para oirla.

—Más cerca aún— dijo.— Hace un momento temía mucho morir sin verte—añadió.— Ahora puedo irme. Soy feliz. He hecho, sin embargo, lo que he podido por salvarme... ¡porque hubiera querido vivir por tí! Carhel... y el Rector... te dirán... yo... no puedo más... Amale mucho... por mí... que te he amado tanto.

Se calló.

Aspiré su último aliento con mis labios pegados á los suyos...

¡Estaba muerta!

Cerré sus hermosos ojos, que ya no veían.

Crucé sus manos sobre su pecho.

Entraron el rector y el médico.

El médico era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto muy respetable, de fisonomía inteligente y buena.

Me reconoció en seguida.

—¿El señor barón de Chatel?—me dijo.

—Sí, señor.

—La pobre Ana-María nos lo ha confiado todo. No temía la muerte: era valiente. No temía más que morir antes de veros. Os esperaba con impaciencia. Ya no sufre, pero ningún poder humano hubiera podido salvarla. Es un milagro que haya podido vivir lo que ha vivido con tan horrible herida.

El médico levantó la sábana que cubría el pecho de la muerta.

Una herida enorme, ancha como la que pudiera hacerse con la cuchilla de un carnicero, profunda, atroz, la atravesaba de un lado al otro por encima del pecho izquierdo.

Toda su sangre había salido por allí.

Mi conductor de Quimper me había explicado el drama en pocas palabras.

Hé aquí lo que había ocurrido.

Hay criaturas malignas y venenosas.

Yannic Cléden era una de ellas.

Cuando yo fui con Ana María á dejarla en casa de su madrina, según ella deseaba, Yannic, á quien la fatalidad nos dió por conductor, reconoció á la joven.

Desde entonces se lo explicó él todo, mi posición de fortuna, el interés apasionado que yo tenía por Ana-María, su estado y... su falta y la mía.

Yannic se calló. Guardó un silencio profundo y pérfido, pero trazó en seguida su plan.

Primo y heredero de Plouer, iba algunas veces á visitarle al asilo.

No dejó de ir á verle.

Daniel Plouer estaba loco, pero comprendía aun ciertas cosas.

Yannic le dijo:

—¿Sabes? ahí está Ana-María. Un señor de París, rico, millonario, es quien le ha acompañado. Ese es quien te la ha quitado. Pronto tendrá un hijo... Ella no te ama á tí, á quien ama es á él, á ese señor... Está en casa de Francisca, su madrina. El señor ha vuelto á París.

El pescador había retenido lo necesario de este aviso.

Con la sagacidad de un aldeano y la idea fija de los locos, no había tenido, desde la visita de su primo, mas que un pensamiento: evadirse y correr á Tréogat.

¡Ay de mí! Esto era demasiado fácil.

Su estado mejoraba y no ejercían sobre él una activa vigilancia.

Y hasta le empleaban en los trabajos del inmenso jardín que rodea el asilo.

Una tarde escaló una pared de doce metros y se dejó caer del otro lado en un campo de trigo y se deslizó como una liebre.

De allí ganó el campo.

La distancia que hay de Tréogat á Quimper, la atravesó con la rapidez de una fiera que va en busca de su presa.

Nada más fácil que atravesar ese país desierto, esas landas interminables, esos claros sotos sin que nadie le vea á uno, pues nadie transita por allí.

Al anoecer había llegado á la roca de Trébourden, en donde tantas veces se había apostado en otro tiempo para contemplar la vacía choza en que Ana-Maria había vivido.

Una sola idea quedaba en aquella insensata cabeza: la de vengarse de la desgraciada que no había tenido otra culpa que la de ser hermosa y excitar en él una pasión bestial, pasión que ella, en su delicadeza de sensitiva, rehusaba satisfacer.

La oscuridad de la noche se había esparcido sobre el llano y nadie sospechaba la presencia del loco en el país.

Allí estaba, sin embargo, como un lobo, acurrucado en una hendidura de la roca, acechando el momento en que su víctima saliera á tomar el aire y dar un paseo por la orilla de aquel mar que adoraba.

Su espera no debía ser larga ni vana.

Ana-Maria salió en efecto en el momento en que los últimos resplandores del sol poniente enrojecían el horizonte.

Pero no salió sola.

Jocelyn Carhel la acompañaba con su carabina al hombro.

El pobre muchacho estaba sumamente triste, pero era también sumamente decidido y cariñoso.

Carhel es uno de esos seres llenos de abnegación que quieren, sobre todo, la felici-

dad del ser adorado antes que su propia felicidad.

Estos seres son raros, pero existen.

Jamás había salido de sus labios una palabra de reprensión.

Carhel envidiaba al hombre que había podido hacerse amar de aquella joven á quien él idolatraba, pero no la hablaba de su amor.

Hacía cuantos favores podía á las dos mujeres; llevaba al niño en los brazos como si hubiera sido suyo; se conceptuaba demasiado feliz con ver y hablar á Ana-Maria.

Fueron juntos unos doscientos pasos por la cima de las rocas. Yo recorrí aquel camino con el aduanero y me lo contó todo llorando; él hubiera acompañado á Ana-Maria hasta casa de su madrina, cuando se hubiera retirado, pero le reclamaba la hora de su servicio y tuvo que separarse de ella.

¡Hay fatalidades!

Se quedaron hablando aún unos minutos á mitad del camino, poco más ó menos, de Tréogat, adonde él iba, á casa de la viuda.

La marea estaba alta.

Las olas iban á estrellarse á unos cien pies por debajo de donde ellos estaban.

Por fin se separaron.

Jocelyn Carhel se dirigió hacia Tréogat, mientras que Ana-Maria bajaba por un sendero á la orilla del agua, para subir en seguida por aquel mismo sendero, hecho en la roca, hasta la casa de su madrina.

No había andado aún cien pasos el aduanero, cuando oyó un grito desgarrador, desesperado.

Se volvió y he aquí lo que vió:

Daniel Plouer, que se había arrastrado desde la roca de Trébourden hasta el sitio por donde pasaba Ana-Maria, acababa de precipitarse sobre ella.

No había acabado de desaparecer el día.

Jocelyn Carhel vió que Daniel Plouer rodeaba con uno de sus brazos el talle de Anita y que levantando el otro la hirió.

Resonó un segundo grito.

Y en seguida se desprendió la joven de los brazos de Plouer y se arrojó al mar huyendo de él.

El loco se lanzó en su persecución.

Aquello fué una siniestra caza.

Durante algunos instantes, Jocelyn Carhel pudo creer que Ana-Maria le llevaría ven-

taja. Conocía su destreza; pero Daniel Plouer nadaba con vigor mientras que la joven parecía presa de un gran desfallecimiento.

El adnanero hizo fuego en el momento en que el loco iba á alcanzar á Ana-María.

La bala hirió á Plouer en medio del pecho. Abrió los brazos, batió el agua con ellos y desapareció.

Al día siguiente se encontró su cuerpo, arrojado por la marea, sobre los guijarros de la playa.

Su víctima luchó un minuto y desapareció también.

Carhel se desnudó y corrió en su auxilio. Tuvo la suerte de alcanzarla y conducirla á tierra.

Pero entonces comprendió la causa de su extraño desfallecimiento.

La desgraciada tenía el pecho agujereado por el puñal, y la sangre salía á borbotones por aquella horrible herida.

Ya sabeis el resto.

## XXVIII

—Ahora—continuó el barón—debeis comprender la tristeza que os llamaba la atención en mí.

El mal era irreparable, mi desaliento no tenía límites, y además yo debía atribuir aquella catástrofe á mi imprudencia.

Yo hubiera debido comprender la advertencia del azar que por dos veces había puesto ante mis ojos aquellas lúgubres paredes del asilo de Quimper. Además, las irónicas risas de Yannic Cleden, debieron ponerme en guardia.

Yo estaba abatido, consternado.

¿Qué me quedaba que hacer?

Ana-María no tenía ningun pariente.

No la abandoné hasta que fué conducida á su última morada.

Aun veo aquel pequeño cementerio bretón situado alrededor de la iglesia y mirando al

mar, al cual domina desde lo alto de las rocas, con las negras cruces apenas fijas en tierra, su calvario y su osario abierto en el granito, en donde están los restos de los antepasados.

Allí es donde descansa aquella hermosa y desgraciada joven, bajo una gran lápida en la cual hice grabar esta sencilla inscripción:

ANA-MARIA LE GUER

MUERTA A LOS VEINTE AÑOS

Yo quería traerme conmigo el niño.

Francisca Cloarec me suplicó que se lo dejara, al menos por algún tiempo.

—Estará bien entre nosotros —me dijo el rector. ¡Ya no hay nada que temer!

El dolor tranquilo y resignado de aquellas buenas gentes era conmovedor.

Cedí á sus súplicas.

Además yo no sabia que resolver. Los más sombríos proyectos se presentaban á mi imaginación.

Vací mi bolsa en las manos del excelente sacerdote y partí, incierto y, para decíroslo

todo, desesperado, con la cabeza perdida.

Al llegar á París, recobré un poco de sangre fría.

La baronesa estaba de paso en la avenida Gabriel.

Entró en el salón en el momento en que yo lo atravesaba.

Debia estar horriblemente pálido, trastornado, porque vino á mí y me preguntó:

—¿Qué pasa?

La respondí simplemente:

—¡Ha muerto!

—¡Muerta!

—¡Asesinada por un loco!

Hizo un gesto de horror y en seguida dijo:

—¿Y el niño?

—Vive.

—¿En dónde está?

—Allá, en su país, en el fondo del Finisterre.

Angela no dijo nada.

Los celos de las mujeres son feroces.

Creí ver brillar un relámpago de alegría en sus ojos.

La baronesa se retiró á sus habitaciones.

Aquella misma tarde me hizo prevenir que se volvía á Marnes y que estaria de vuelta á los tres ó cuatro días.

Hace tres días de este encuentro.

He vuelto á entrar en el curso de mi vida ordinaria, pero maquinalmente, como un cuerpo sin alma, agobiado por ese gran abatimiento que os admiraba.

He montado á caballo, he ido al Círculo, me he paseado como ántes, pero mi espíritu no estaba aquí.

Esta noche me encuentro mejor.

Me he descargado de un secreto que me pesaba.

Os doy las gracias por vuestra paciencia y vuestra amistad.

El barón se calló.

Le había dicho todo.

Hay desgracias tan terribles, que para ellas serían impotentes todos los consuelos.

Nadie intentó calmar aquél dolor tan profundo y tan verdadero.

Los cuatro amigos se levantaron en silencio y estrecharon la mano de Chatel.

Únicamente el doctor le dijo:

—¡El tiempo!... ¡Y, además, existe el niño! Es preciso pensar en él.

El barón respondió con una mirada, que quería decir:

—En él pienso. ¡Gracias!

Desvaux le dijo al salir.

—¿Teneis su retrato?

—No.

—Os lo haré de memoria... muy parecido.

Se tocó la frente y añadió:

—¡La tengo aquí, viva! ¡Era admirable!

—De Aubagny—murmuró.

—¡Valor!

Y se marcharon, pensativos y tristes.

El marqués de Fresneuse les seguía, cambiando con su íntimo amigo un apretón de manos, cuando se sintió retenido.

El barón le dijo:

—¡Quedate!

Se quedó.

—Tengo que hablarte—repuso Claudio.

Fresneuse le examinó con atención.

Una irremediable tristeza se veía pintada en la cara de su amigo, la desesperación tranquila del hombre enérgico unida á una incurable pena y á ideas de suicidio.

—¿No tienes idea de suicidarte?—le preguntó.

—¿Porque me dices eso?

—¿Porque no me respondas francamente?

—repuso Fresneuse.

—Me acusas de carecer de franqueza dijo.

—¿He tenido jamás secretos para tí?

—Has tenido ese—replicó Fresneuse—y hubieras hecho bien en confiármelo. Hubiéramos visto... hubiéramos pensado... buscado un medio...

—Ya no es tiempo... He hecho mal.

—¿Pero á que recordármelo? ¿Es perfectamente inútil pensar en lo irremediable, no es verdad? y mirar atrás.

—Sin duda.

—Ese horrible fin me ha desconcertado. Es un pesadilla que me enloquece... Ya no soy hombre... Mi cabeza se va... Puedo confesártelo... He pensado en efecto en matarme, pero fué allí... en la primera sorpresa.

—¿Y ahora?

—Eso ha concluido... Os he vuelto á ver. Me he encontrado lejos de ese cementerio en donde dejé una parte de mi mismo.

El barón hablaba como en un sueño.

Se animó.

—No habiéndola conocido—repuso,—no se puede saber cuánta elevación, cuánta dulzura, cuánto encanto y bondad había en aquella alma, en aquel corazón de una muchacha pobre, sin educación y en la mayor ignorancia de las cosas de la vida. ¡Yo lo sé bien! Sus palabras eran de ángel, sus miradas de hada; su muerte fué la de un valiente, la de una santa. ¡Ah! ¡amigo mío, ese recuerdo quedará aquí grabado—se tocó en el pecho—como un remordimiento y un dolor!

—Ella te lo dijo: «Tal vez sea una suerte el que yo no exista»... Era un obstáculo á tu reposo... una causa de división en tu casa... ¿Qué hubieras hecho de ella? Hubiera llegado el cansancio, el aburrimiento, el sentimiento del pasado... ¡qué se yo! Piensa en ese niño que te queda...

—Justamente de él es de quien quiero hablarle.

—¿Qué quieres?

—Recomendártelo.

—¿No estás aquí tú?

—Sin duda... hoy... ¿pero después?

El barón comprendió que sus palabras ha-

bisn despertado las sospechas de su amigo.  
Le tranquilizó.

— Soy cristiano—le dijo,—no muy ferviente, pero sincero... No tengas miedo.

—¿Entonces?

—Tú has estudiado derecho... como yo—repuso Chatel, tratando de animarse;—no eramos de lo más laboriosos, y por mi parte me encontraría muy embarazado para defender un negocio, pero sé lo suficiente para comprender hasta qué punto es precaria é incierta la situación de ese niño.

—Es verdad.

—Yo debo asegurarla... No tengo más que parientes lejanos... Apenas los conozco: por otra parte, son ricos y no me necesitan.... Quiero, pues, que ese niño herede mi fortuna... en caso de desgracia.... Y puesto que también debo atender á Angela... que no entiendo de asuntos... Es preciso que me prometa protegerles... á los dos. En mi escritorio encontrarás un testamento en regla, que no tendrás más que ejecutar.

—Quedo enterado. ¿Pero á qué tantas precauciones?

—Se olvida uno de temarlas y después lo-

das son complicaciones. Se haga lo que yo he hecho, ocurre la desgracia y tú te cuidas de ellos en caso de necesidad.

—Te lo prometo... solo que espero que sea una promesa sin objeto...

—¿Quién sabe!

—Te pones lúgubre.

—En fin, ¿cuento contigo?

—Sí.

—Gracias.

El marqués de Fresneuse, que se había sentado, se levantó para marcharse.

—Escucha,—dijo,—no estoy tranquilo.

—¿Tú?

—Tus precauciones me inquietan.

—¿Por qué?

—Esas historias de testamento... esas recomendaciones... tu aparente tranquilidad, me dan que pensar... Me dan ganas de quedarme aquí como un llavero ó como un centinela...

—Te chanceas.

—No en verdad. No es por tu hijo por quien es necesario velar. El pobre pequeño no sabe aún lo que es sufrir. Está muy tranquilo en su choza, bajo la custodia de su nodriza... ignorando las desgracias pasadas...

mientras que tú... palabra de honor, estás trastornado. Permíteme decirte que serías indigno, si te faltara valor, si desertases de tu puesto en semejantes momentos, cuando los demás necesitan de tí. ¡El fin de esa pobre muchacha es un desastre; convenido! ¿Eres tú la causa de él? En eso ha habido, como tu mismo lo has dicho, una fatalidad. Cometiste una falta, ¡es verdad! Has hecho lo que has podido para repararla. Te has conducido como un hombre de honor con la madre. En el porvenir te conducirás lo mismo con el hijo. El honor está á salvo... eso es lo importante.

—Tienes razón.

—¿Convienes en esto?

—Seguramente.

—¡Pues no más locuras!

El barón Chatel cogió la mano de su amigo y le acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Estate sin cuidado y vé á dormir. Yo no puedo.

Atravesaron juntos el gran salón, apenas alumbrado, y llegaron al recibimiento.

Fermin y un lacayo estaban medio dormidos tendidos sobre un ancho divan.

Mientras que el lacayo puso el abrigo al marqués, Fresnense hizo una seña Fermin

Con un espresivo gesto llevó una mano á la frente, indicó á Chatel al ayuda de cámara y dijo con rapidez:

—No le abandoneis, vigiladle... sin que sospeche.

Estrechó otra vez la mano de su amigo y salió.

Chatel oyó cerrarse la puerta cochera con un ruido sonoro, el coche del marqués tomó por la avenida de Marigny, y el barón, con pesado paso, se dirigió hacia su gabinete.

## XXIX

El reloj daba la una.  
 En la casa no se oía ningún ruido.  
 El exterior estaba completamente silen-  
 cioso.

En la orilla del mar hay momentos en que se retira tan lejos que apenas se le oye.

Lo mismo ocurre á París, llega un momento que se tranquiliza y se duerme.

Su tumultuoso ruido cesa ó se retira lejos, á las cavernas sin número de los boulevares exteriores, al fondo de losfangosos subsuelos.

Ese momento es de las dos á las cuatro, en las profundidades de la noche.

El barón Claudio Chatel, sentado delante de su pupitre, á la luz de una lámpara, escuchaba, por decirlo así, ese silencio nocturno á propósito para los delirios de los pensadores y para las meditaciones profundas.

Las suyas eran sombrías.

Fresneuse no se engañaba. Las resoluciones más siniestras le asaltaban.

La tumba del pequeño cementerio de Tréogat le atraía. Hubiera deseado volver á encontrar en las regiones desconocidas del otro lado, á aquella muchacha cuya acariciadora y sumisa imagen tenía para él un encanto inexplicable.

No necesitaba el auxilio de su amigo Desvanx para verla.

Ella tenía muy presente, viva aun, en su memoria: ella le miraba con sus grandes ojos verdes; le llamaba con aquella dulce voz que tenía el don de hacerle vibrar y estremecerse.

Se preguntaba si él no había sido juguete de una ilusión; si Ana-Maria había muerto efectivamente de una puñalada, dada por un insensato; si él la había visto en su féretro, y si dormía, en efecto, bajo la losa de granito que la cubría; si, Jocelyn Carhel, Daniel Plouer, Yannic Cléden, no eran fantasmas evocadas por su imaginación.

Era preciso rendirse á la realidad. El la había visto allí, en aquella casa; allí había vivido ella; él la había amado.

¡Y ahora ya no existía. Todo había concluido. ¡No la volvería á ver jamás!

Entonces cogió papel y una pluma y, lentamente, con la cabeza serena, escribió lo que sigue:

«Mi querido amigo:

»Te he engañado: no tengo valor para sobrevivir á la pérdida que me ha llegado al alma.

»Tú cumplirás tu promesa y te cuidarás de la viuda y del huérfano.

»Dejo mis instrucciones en mi secreter. En él las encontrarás.

»Por lo demás, estoy seguro de la grandeza de alma de Angela.

»No me perdonará jamás. Comprendo su aversión y sus resentimientos; pero no pondrá ningún obstáculo á la ejecución de mi última voluntad.

»Gracias y adiós.

»Tu antiguo compañero,

«CLAUDIO CHATEL.»

Metió la carta en un sobre, y puso esta dirección:

«Al señor marqués de Fresneuse.»

Después redactó su testamento en pocos renglones:

«Yo, el que abajo firma, Claudio Chatel, declaro por la presente acta instituir por mi heredero universal á Claudio María Le Guer, hijo único de Ana-María Le Guer, muerta en Tréogat, el diez y siete del actual.

»Le recomiendo á la generosidad de la baronesa Angela Chatel, mi mujer, y la ruego que le conceda su protección, en recuerdo de nuestros buenos años.

»Lego á la baronesa Chatel, mi mujer, el goce de las dos terceras partes de mis bienes de toda especie.

»Dejo á todos mis servidores quienes quiera que sean, cinco años de sueldo.

»Nombre por ejecutor testamentario á mi amigo el marqués Luis Carlos de Fresneuse, suplicándole que acepte el cargo y que le desempeñe con arreglo á su conciencia.

»Pido perdón á quienes he ofendido, y en

particular á mi mujer, suplicándola que olvidase nuestros malos días, para no pensar más que en los felices.

Hecho en París á veinticinco de julio de mil ochocientos noventa.

BARÓN CLAUDIO CHATEL.

Después se quedó pensativo algunos momentos, con los codos apoyados en el escritorio.

Embebido en la escritura, no había oído el ligero ruido producido por puertas que se abrían y cerraban con precaución.

Parecía indeciso, vacilante, no sabiendo qué decidir, dudando tal vez ante una determinación que le costaba mucho trabajo tomar.

¿Para quién había tenido la vida más sonrisas?

Por fin se decidió:

Cogió de uno de los cajones del secreter una pistola de lujo, con la culata incrustada en oro, de un solo cañón, hizo jugar los muelles y viendo que estaban corrientes, introdujo en ella una capsula.

Una expresión de alegría animó entonces su rostro. Sus facciones se iluminaron.

—Esto es muy fácil—murmuró en voz alta.—Un segundo, y todo ha concluido. ¡Pobre chica! ¡Mas habrá sufrido que yo! ¡Y Angela!...

La contestación á esta pregunta era dudosa.

¿Qué pensaría la baronesa?

¿Se alegraría de encontrarse libre?

¿Lloraría el amor perdido?

¿Quién habría podido decirlo? ¿No es un abismo insondable el corazón de las mujeres? El barón tomó una última precaución, metió el testamento en un ancho sobre y lo puso en donde pudiera verse en seguida y á su lado colocó la carta dirigida al marqués de Fresneuse.

Después se tendió en una butaca tomando una postura cómoda y conveniente, como el hombre de buena sociedad que no quiere ser sorprendido en una postura ridícula y que piensa en la elegancia aun para la hora en que ya no exista, y montó la pistola.

La levantó con lentitud hacia la sien derecha.

Una mano se posó en su hombro, mientras que una voz murmuraba á su oído.

—¡Clandio!

Se volvió.

Bajó la colgadura de la puerta, hacia la cual estaba vuelta la butaca, estaba una mujer inclinada hacia él, espionando sus menores movimientos.

Llevaba un traje de viaje de color gris pizarra y no había tenido tiempo de reparar el desorden del camino.

—No me esperabais—le dijo.

—¡En efecto, á semejante hora!...

Aquella mujer era la baronesa.

Clandio había deslizado la pistola con mucho disimulo en un cajón que se cerró con suavidad.

—¿Qué haceis aquí?—le dijo Angela con dulce acento.

—¡Yo! ya lo veis... Velaba...

—¿Tan tarde?

—¿Y vos?

—Yo, llevo de viaje.

—Estabais en Marnes...

—¿En Marnes?... Tal vez... En todo caso llevo oportunamente.

—¿Por qué?

El barón y su mujer hablaban con calma, con el tono de las gentes que tratan de sorprender un secreto y tantean el terreno.

La baronesa se acercó al secreter.

—¿Escribáis?—dijo.

—Sí.

—¿A quién?

Se inclinó sobre la carta.

—¿A Fresneuse?

—Justamente.

—Es extraño. Acaba de separarse de vos.

—¿Lo sabéis?

—Fermín me lo ha dicho. ¿Es eso algún crimen?

—Con seguridad que no. Me olvidé de decir á Fresneuse una cosa y por eso le escribía.

—Bueno.

—¿Está ahí Fermín?

—Espera, sin duda, á que os decidais á recogeros. Teme que le necesiteis.

—Eso es un exceso de celo.

—Que debe agradecerse. Ese no es un defecto, á mi juicio.

—Es verdad.

nido. ¡Ah! Claudio, yo soy mejor que vos. Yo no hubiera abandonado la vida sin deciros adiós, sin pesar y sin remordimiento de dejaros solo.

Y exclamó mirándole con tristeza:

—¡En verdad, no teneis corazón! Hemos vivido el uno al lado del otro quince años. Nuestra unión no ha sido turbada más que una sola vez, por una de esas tempestades que dejan destrozos tras de sí, pero que al fin se apacignan. Y por una falta que no es mía, ibais á destrozarme á mi vez, á perder mi vida entera, á hacer de mí una de esas viudas á quienes se muestra con el dedo contando su historia con palabras encubiertas, pérfidas y cobardes. Este mal es peor que vuestra traición. ¡Habeis cumplido vuestros deberes para con esa desgraciada joven, no seré yo quien os lo ceasure! A vuestros deberes para conmigo, ¿qué importancia les dais?

Estaba hermosa de ternura y emoción, de dulzura y de piedad.

Cogió una mano á su marido y continuó:

—Os decía hace poco: Hay una última razón, esa es vuestro hogar desierto, la casa sin

hijos, esta casa vacía que tanto os pesa y tanto os entristece.

¡He pensado en esto!

He partido hace tres días; no iba á Marnes!

—¿Adonde, pues?

Estaba pendiente de los lábios de su mujer.

Entreveía vagamente un consuelo supremo, una deslumbradora esperanza.

—Iba á Bretaña yo también—dijo—á la aldea que acababais de dejar.

—¿Tréogat?

—Sí.

—¿Angela!

—Allí he visto la casa en donde esa desgraciada exhaló el último suspiro. Fui á rezar sobre su tumba.

—¡Mujer querida!

—He espareido el oro para que bendigan su memoria.

—¡Como se os debe querer!

—Por último, he vuelto á casa de su madrina. En ella había una cuna... En aquella cuna un niño. . Ese niño me lo he traído.

—¡Es posible!

—Habíais hecho preparar una casa para vuestra querida...

—¡Perdon!

—Allí podeis besar á vuestro hijo... Os espera.

—¡Angela!

Se dejó caer de rodillas á los pies de su mujer.

—Es huérfano—añadió la baronesa. ¡Por amor á vos le serviré de madre!

Claudio la atrajo hacia sí rodeandola la cintura con sus dos brazos.

Ella se inclinó suavemente y sus labios se unieron en un beso.

FIN DE LA NOVELA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA